



M. R. James

Historias de  
Fantasmas de un  
Anticuario



**E** LEJANDRIA

The background of the cover is a textured, aged parchment-like surface. At the top, there are faint, golden, symmetrical decorative flourishes that resemble stylized wings or floral motifs. The central text is overlaid on this background. Below the text, a man with a beard and glasses, wearing a dark suit and tie, is depicted in profile, looking down at a small, rectangular object he is holding in his hands. He appears to be an antique dealer or collector. The overall color palette is muted, consisting of various shades of brown, tan, and olive green.

M. R. James

Historias de  
Fantasmas de un  
Anticuario

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **HISTORIAS DE FANTASMAS DE UN ANTICUARIO**

**M. R. JAMES**

**PUBLICADO: 1904**  
**FUENTE: PROJECT GUTENBERG**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**  
**EDICIÓN ORIGINAL: GHOST STORIES OF AN ANTIQUARY**

## **PRÓLOGO DEL AUTOR**

Si alguien siente curiosidad por mis escenarios locales, conste que San Bertrand de Comminges y Viborg son lugares reales, y que en «Oh, silba y acudiré» tenía en mente Felixstowe. En cuanto a los fragmentos de ostensible erudición que se hallan esparcidos por mis páginas, casi todo en ellos es pura invención; nunca existió, naturalmente, un libro como el que cito en «El tesoro del abad Thomas». «El álbum de recortes del canónigo Alberico» fue escrito en 1894 y publicado poco después en la National Review ; «Corazones perdidos» apareció en el Pall Mall Magazine ; de las cinco historias siguientes, la mayoría de las cuales fueron leídas a amigos en la época navideña en el King's College de Cambridge, solo recuerdo que escribí «Número 13» en 1899, mientras que «El tesoro del abad Thomas» fue compuesto en el verano de 1904.

M. R. JAMES

# EL ÁLBUM DE RECORTES DEL CANÓNIGO ALBERICO

San Bertrand de Comminges es una ciudad en decadencia en las estribaciones de los Pirineos, no muy lejos de Toulouse y aún más cerca de Bagnères-de-Luchon. Fue sede episcopal hasta la Revolución y tiene una catedral que es visitada por un cierto número de turistas. En la primavera de 1883, un inglés llegó a este lugar de aire antiguo; apenas puedo dignificarlo con el nombre de ciudad, pues no cuenta con mil habitantes. Era un hombre de Cambridge, que había venido especialmente desde Toulouse para ver la iglesia de San Bertrand, y había dejado a dos amigos, arqueólogos menos entusiastas que él, en su hotel de Toulouse, con la promesa de reunirse con él a la mañana siguiente. Media hora en la iglesia les bastaría, y los tres podrían entonces proseguir su viaje en dirección a Auch. Pero nuestro inglés había llegado temprano aquel día, y se proponía llenar un cuaderno de notas y usar varias docenas de placas en el proceso de describir y fotografiar cada rincón de la maravillosa iglesia que domina la pequeña colina de Comminges. Para llevar a cabo este propósito satisfactoriamente, era necesario monopolizar al sacristán de la iglesia durante todo el día. El sacristán o vigilante (prefiero esta última denominación, por inexacta que sea) fue, por tanto, requerido por la dama algo brusca que regenta la posada del Chapeau Rouge; y cuando llegó, el inglés lo encontró un objeto de estudio inesperadamente interesante. El interés no residía en la apariencia personal del hombrecillo seco, consumido y arrugado, pues era exactamente igual a docenas de otros guardianes de iglesias en Francia, sino en un curioso aire furtivo, o más bien acosado y oprimido, que tenía. Estaba perpetuamente mirando a medias por encima del hombro; los músculos de su espalda y hombros parecían encorvados en una continua contracción

nerviosa, como si esperara a cada momento encontrarse en las garras de un enemigo. El inglés apenas sabía si considerarlo un hombre atormentado por una idea fija, uno oprimido por una conciencia culpable o un marido insoportablemente dominado por su mujer. Las probabilidades, una vez sopesadas, ciertamente apuntaban a esta última idea; pero, aun así, la impresión que transmitía era la de un perseguidor más formidable incluso que una esposa megera.

Sin embargo, el inglés (llamémosle Dennistoun) pronto estuvo demasiado absorto en su cuaderno y demasiado ocupado con su cámara para prestar más que una mirada ocasional al sacristán. Cada vez que lo miraba, lo encontraba a poca distancia, ya sea acurrucado contra la pared o agazapado en una de las suntuosas sillas del coro. Dennistoun comenzó a sentirse algo inquieto al cabo de un tiempo. Sospechas mezcladas de que estaba retrasando al anciano de su déjeuner, de que era considerado propenso a llevarse el báculo de marfil de San Bertrand o el polvoriento cocodrilo disecado que cuelga sobre la pila bautismal, comenzaron a atormentarlo.

—¿No quiere irse a casa? —dijo al fin—. Soy perfectamente capaz de terminar mis notas solo; puede encerrarme si quiere. Necesitaré al menos dos horas más aquí, y debe de hacer frío para usted, ¿no es así?

—¡Santo cielo! —dijo el hombrecillo, a quien la sugerencia pareció sumir en un estado de terror inexplicable—. Ni pensar en tal cosa por un momento. ¿Dejar a monsieur solo en la iglesia? No, no; dos horas, tres horas, me da igual. Ya he desayunado, no tengo nada de frío, muchas gracias, monsieur .

—Muy bien, hombrecillo —se dijo Dennistoun—, advertido queda; ahora, aténgase a las consecuencias.

Antes de que expiraran las dos horas, las sillerías del coro, el enorme y ruinoso órgano, el trascoro del obispo Jean de Mauléon, los restos de vidrieras y tapices, y los objetos de la cámara del

tesoro, habían sido bien y verdaderamente examinados; el sacristán seguía pisándole los talones a Dennistoun, y de vez en cuando se giraba bruscamente como si le hubieran picado, cuando uno u otro de los extraños ruidos que perturban un gran edificio vacío llegaba a sus oídos. Ruidos curiosos eran a veces.

—Una vez —me dijo Dennistoun—, podría haber jurado que oí una voz delgada y metálica riendo en lo alto de la torre. Lancé una mirada inquisitiva a mi sacristán. Estaba pálido como la cera. «Es él... es decir... no es nadie; la puerta está cerrada», fue todo lo que dijo, y nos miramos el uno al otro durante un minuto entero.

Otro pequeño incidente desconcertó bastante a Dennistoun. Estaba examinando un gran cuadro oscuro que cuelga detrás del altar, uno de una serie que ilustra los milagros de San Bertrand. La composición del cuadro es casi indescifrable, pero hay una leyenda en latín debajo, que reza así: *Qualiter S. Bertrandus liberavit hominem quem diabolus diu volebat strangulare*. (Cómo San Bertrand liberó a un hombre a quien el diablo durante mucho tiempo quiso estrangular.)

Dennistoun se volvía hacia el sacristán con una sonrisa y un comentario jocosos de algún tipo en los labios, pero quedó desconcertado al ver al anciano de rodillas, contemplando el cuadro con la mirada de un suplicante en agonía, las manos fuertemente entrelazadas y un torrente de lágrimas en sus mejillas. Dennistoun, naturalmente, fingió no haber notado nada, pero la pregunta no se apartaba de él: «¿Por qué un mamarracho de este tipo afectaría a alguien tan fuertemente?». Le pareció que estaba obteniendo alguna pista sobre la razón de la extraña mirada que lo había estado desconcertando todo el día: el hombre debía de ser un monomaniaco; pero ¿cuál era su monomanía?

Eran casi las cinco; el corto día llegaba a su fin, y la iglesia comenzaba a llenarse de sombras, mientras que los curiosos ruidos —los pasos ahogados y las lejanas voces que habían sido perceptibles todo el día— parecían, sin duda debido a la luz

menguante y al consiguiente agudizamiento del sentido del oído, volverse más frecuentes e insistentes.

El sacristán comenzó por primera vez a mostrar signos de prisa e impaciencia. Soltó un suspiro de alivio cuando la cámara y el cuaderno de notas fueron finalmente guardados y empaquetados, y apresuradamente hizo señas a Dennistoun para que se dirigiera a la puerta oeste de la iglesia, bajo la torre. Era hora de tocar el Ángelus. Unos pocos tirones a la reacia cuerda, y la gran campana Bertrande, en lo alto de la torre, comenzó a hablar, y lanzó su voz entre los pinos y hacia los valles, sonoros de arroyos de montaña, llamando a los habitantes de aquellas solitarias colinas a recordar y repetir la salutación del ángel a aquella a quien llamó Bendita entre las mujeres. Con eso, una profunda quietud pareció caer por primera vez ese día sobre la pequeña ciudad, y Dennistoun y el sacristán salieron de la iglesia.

En el umbral, entablaron conversación.

— Monsieur parecía interesarse por los viejos libros de coro en la sacristía.

—Sin duda. Iba a preguntarle si había una biblioteca en la ciudad.

—No, monsieur ; quizás solía haber una perteneciente al cabildo, pero ahora es un lugar tan pequeño... —Aquí hubo una extraña pausa de irresolución, al parecer; luego, con una especie de impulso, continuó—: Pero si monsieur es amateur des vieux livres , tengo en casa algo que podría interesarle. No está a cien metros.

De inmediato, todos los preciados sueños de Dennistoun de encontrar manuscritos de valor incalculable en rincones ignotos de Francia resurgieron, para apagarse al momento siguiente. Probablemente sería un estúpido misal impreso por Plantin, hacia 1580. ¿Qué probabilidad había de que un lugar tan cercano a Toulouse no hubiera sido saqueado hacía mucho por los coleccionistas? Sin embargo, sería una tontería no ir; se lo reprocharía para siempre si se negaba. Así que se pusieron en marcha. En el camino, la curiosa irresolución y súbita determinación

del sacristán volvieron a la mente de Dennistoun, y se preguntó, de manera avergonzada, si estaba siendo atraído a algún arrabal para ser asesinado por ser un supuesto inglés rico. Se las arregló, por lo tanto, para comenzar a hablar con su guía, y para introducir, de manera bastante torpe, el hecho de que esperaba que dos amigos se unieran a él temprano a la mañana siguiente. Para su sorpresa, el anuncio pareció aliviar al sacristán de inmediato de parte de la ansiedad que lo oprimía.

—Eso está bien —dijo con bastante alegría—, eso está muy bien. Monsieur viajará en compañía de sus amigos; estarán siempre cerca de él. Es bueno viajar así en compañía... a veces.

La última palabra pareció ser añadida como una ocurrencia tardía y traer consigo una recaída en la melancolía para el pobre hombrecillo.

Pronto llegaron a la casa, que era una de las más grandes de sus vecinas, construida en piedra, con un escudo tallado sobre la puerta, el escudo de Alberico de Mauléon, un descendiente colateral, me dice Dennistoun, del obispo Jean de Mauléon. Este Alberico fue canónigo de Comminges de 1680 a 1701. Las ventanas superiores de la mansión estaban tapiadas, y todo el lugar presentaba, como el resto de Comminges, el aspecto de una vejez decrepita.

Llegado al umbral de su puerta, el sacristán se detuvo un momento.

—Quizás —dijo—, quizás, después de todo, ¿monsieur no tiene tiempo?

—En absoluto, tengo tiempo de sobra, nada que hacer hasta mañana. Veamos qué es lo que tiene.

En ese momento se abrió la puerta y un rostro se asomó, un rostro mucho más joven que el del sacristán, pero que mostraba algo de la misma mirada angustiada; solo que aquí parecía ser la marca, no tanto del miedo por la seguridad personal como de una aguda ansiedad por otra persona. Claramente, la dueña del rostro era la hija del sacristán; y, de no ser por la expresión que he

descrito, era una muchacha bastante hermosa. Se animó considerablemente al ver a su padre acompañado por un forastero de cuerpo robusto. Se cruzaron algunas palabras entre padre e hija, de las cuales Dennistoun solo captó estas, dichas por el sacristán: «Se estaba riendo en la iglesia», palabras que solo fueron respondidas con una mirada de terror por parte de la joven.

Pero en otro minuto estaban en la sala de estar de la casa, una cámara pequeña y alta con suelo de piedra, llena de sombras móviles proyectadas por un fuego de leña que parpadeaba en un gran hogar. Algo del carácter de un oratorio le era conferido por un alto crucifijo, que casi llegaba al techo en un lado; la figura estaba pintada con los colores naturales, la cruz era negra. Debajo de este se encontraba un arcón de cierta edad y solidez, y cuando trajeron una lámpara y dispusieron las sillas, el sacristán se dirigió a este arcón y sacó de él, con creciente excitación y nerviosismo, según pensó Dennistoun, un libro grande, envuelto en un paño blanco, sobre el cual estaba toscamente bordada una cruz con hilo rojo. Incluso antes de que se retirara la envoltura, Dennistoun comenzó a interesarse por el tamaño y la forma del volumen. «Demasiado grande para un misal», pensó, «y no tiene la forma de un antifonario; quizás sea algo bueno, después de todo». Al momento siguiente, el libro estaba abierto, y Dennistoun sintió que por fin había dado con algo mejor que bueno. Ante él yacía un gran folio, encuadernado, quizás, a finales del siglo XVII, con las armas del canónigo Alberico de Mauléon estampadas en oro en las cubiertas. Podría haber unas ciento cincuenta hojas de papel en el libro, y en casi cada una de ellas estaba pegada una hoja de un manuscrito iluminado. Tal colección Dennistoun apenas la había soñado en sus momentos más febriles. Aquí había diez hojas de una copia del Génesis, ilustradas con imágenes que no podían ser posteriores al 700 d.C. Más adelante había un conjunto completo de imágenes de un salterio, de ejecución inglesa, de la más fina calidad que el siglo XIII podía producir; y, quizás lo mejor de todo, había veinte hojas de escritura uncial en latín que, como unas pocas palabras vistas aquí y allá le dijeron de inmediato, debían pertenecer a algún tratado

patrístico muy antiguo y desconocido. ¿Podría ser posiblemente un fragmento de la copia de Papías Sobre las palabras de Nuestro Señor , que se sabía que había existido hasta el siglo XII en Nîmes?<sup>[^1]</sup> En cualquier caso, su decisión estaba tomada; ese libro debía regresar a Cambridge con él, incluso si tenía que retirar todo su saldo del banco y quedarse en San Bertrand hasta que llegara el dinero. Levantó la vista hacia el sacristán para ver si su rostro daba algún indicio de que el libro estaba en venta. El sacristán estaba pálido y sus labios se movían.

<sup>[^1]</sup>: Ahora sabemos que esas hojas contenían un fragmento considerable de dicha obra, si no de esa copia concreta de la misma.

—Si monsieur quiere pasar hasta el final —dijo.

Así que monsieur pasó las páginas, encontrando nuevos tesoros a cada vuelta de hoja; y al final del libro se encontró con dos hojas de papel, de fecha mucho más reciente que cualquier cosa que hubiera visto hasta entonces, que lo desconcertaron considerablemente. Debían de ser contemporáneas, decidió, del inescrupuloso canónigo Alberico, quien sin duda había saqueado la biblioteca del cabildo de San Bertrand para formar este álbum de recortes de valor incalculable. En la primera de las hojas de papel había un plano, cuidadosamente dibujado e instantáneamente reconocible para una persona que conociera el terreno, de la nave sur y los claustros de San Bertrand. Había curiosos signos que parecían símbolos planetarios, y algunas palabras en hebreo en las esquinas; y en el ángulo noroeste del claustro había una cruz dibujada con pintura dorada. Debajo del plano había unas líneas de escritura en latín, que decían así:

Responso 12mi Dec. 1694. Interrogatum est: Inveniamne?  
Responsum est: Invenies. Fiamne dives? Fies. Vivamne invidendus?  
Vives. Moriarne in lecto meo? Ita . (Respuestas del 12 de diciembre de 1694. Se preguntó: ¿Lo encontraré? Respuesta: Lo encontrarás. ¿Me haré rico? Te harás. ¿Viviré siendo objeto de envidia? Vivirás. ¿Moriré en mi lecho? Sí.)

—Un buen espécimen del registro de un buscador de tesoros; me recuerda bastante al señor canónigo menor Quatremain en La vieja catedral de San Pablo —fue el comentario de Dennistoun, y pasó la hoja.

Lo que vio entonces lo impresionó, como me ha contado a menudo, más de lo que podría haber concebido que cualquier dibujo o imagen fuera capaz de impresionarlo. Y, aunque el dibujo que vio ya no existe, hay una fotografía de él (que yo poseo) que corrobora plenamente esa afirmación. El cuadro en cuestión era un dibujo a sepia de finales del siglo XVII, que representaba, a primera vista, una escena bíblica; pues la arquitectura (el cuadro representaba un interior) y las figuras tenían ese sabor semiclásico que los artistas de hace doscientos años consideraban apropiado para las ilustraciones de la Biblia. A la derecha había un rey en su trono, el trono elevado sobre doce escalones, un dosel sobre su cabeza, soldados a cada lado; evidentemente, el rey Salomón. Estaba inclinado hacia adelante con el cetro extendido, en actitud de mando; su rostro expresaba horror y disgusto, pero también había en él la marca de un mandato imperioso y un poder confiado. La mitad izquierda del cuadro era, sin embargo, la más extraña. El interés se centraba claramente allí. En el pavimento, ante el trono, se agrupaban cuatro soldados, rodeando una figura agazapada que debe ser descrita en un momento. Un quinto soldado yacía muerto en el pavimento, con el cuello torcido y los globos oculares saltando de su cabeza. Los cuatro guardias que lo rodeaban miraban al rey. En sus rostros, el sentimiento de horror se intensificaba; parecían, de hecho, solo refrenados de huir por su confianza implícita en su señor. Todo este terror era claramente provocado por el ser que se agazapaba en medio de ellos. Desespero por completo de transmitir con palabras la impresión que esta figura causa en quien la mira. Recuerdo haberle mostrado una vez la fotografía del dibujo a un profesor de morfología, una persona de, iba a decir, hábitos mentales anormalmente cuerdos y poco imaginativos. Se negó en rotundo a quedarse solo el resto de esa noche, y me dijo después que durante muchas noches no se había atrevido a apagar la luz antes de dormir.

Sin embargo, los rasgos principales de la figura puedo al menos indicarlos. Al principio solo se veía una masa de pelo negro, áspero y enmarañado; luego se apreciaba que esto cubría un cuerpo de una delgadez espantosa, casi un esqueleto, pero con los músculos resaltando como alambres. Las manos eran de una palidez oscura, cubiertas, como el cuerpo, de pelos largos y ásperos, y con garras horrendas. Los ojos, perfilados con un amarillo ardiente, tenían pupilas intensamente negras y estaban fijos en el rey entronizado con una mirada de odio bestial. Imaginen una de las terribles arañas cazadoras de pájaros de Sudamérica convertida en forma humana, y dotada de una inteligencia apenas inferior a la humana, y tendrán una vaga concepción del terror inspirado por la espantosa efigie. Una observación es universalmente hecha por aquellos a quienes he mostrado la imagen: «Fue dibujado del natural».

Tan pronto como el primer impacto de su irresistible espanto amainó, Dennistoun echó un vistazo a sus anfitriones. El sacristán se cubría los ojos con las manos; su hija, mirando al crucifijo en la pared, desgranaba su rosario febrilmente.

Al fin se hizo la pregunta:

—¿Está en venta este libro?

Hubo la misma vacilación, el mismo arranque de determinación que había notado antes, y luego llegó la bienvenida respuesta:

—Si monsieur lo desea.

—¿Cuánto pide por él?

—Aceptaré doscientos cincuenta francos.

Esto era desconcertante. Incluso la conciencia de un coleccionista se conmueve a veces, y la de Dennistoun era más sensible que la de un coleccionista.

—¡Mi buen hombre! —dijo una y otra vez—, su libro vale mucho más de doscientos cincuenta francos, se lo aseguro, mucho más.

Pero la respuesta no varió:

—Aceptaré doscientos cincuenta francos, no más.

Realmente no había posibilidad de rechazar semejante oportunidad. Se pagó el dinero, se firmó el recibo, se bebió una copa de vino para cerrar el trato, y entonces el sacristán pareció convertirse en un hombre nuevo. Se enderezó, dejó de lanzar aquellas miradas recelosas a sus espaldas, incluso rió o intentó reír. Dennistoun se levantó para irse.

—¿Tendré el honor de acompañar a monsieur a su hotel? —dijo el sacristán.

—¡Oh, no, gracias! No está ni a cien metros. Conozco el camino perfectamente, y hay luna.

La oferta fue insistida tres o cuatro veces, y rechazada otras tantas.

—Entonces, monsieur me llamará si... si tiene ocasión; camine por el centro de la calle, los lados están muy desiguales.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Dennistoun, que estaba impaciente por examinar su premio a solas; y salió al pasillo con su libro bajo el brazo.

Aquí se encontró con la hija; ella, al parecer, estaba ansiosa por hacer un pequeño negocio por su cuenta; quizás, como Giezi, para «tomar algo» del extranjero a quien su padre había perdonado.

—Un crucifijo de plata y una cadena para el cuello; ¿monsieur tal vez tendría la bondad de aceptarlo?

Bueno, la verdad es que Dennistoun no tenía mucho uso para esas cosas. ¿Qué quería la señorita por ello?

—Nada, nada en el mundo. Monsieur es más que bienvenido a aceptarlo.

El tono en que esto y mucho más se dijo era inequívocamente genuino, de modo que Dennistoun se vio reducido a profusos agradecimientos y se sometió a que le pusieran la cadena alrededor del cuello. Realmente parecía como si hubiera prestado al padre y a

la hija algún servicio que apenas sabían cómo pagar. Mientras se marchaba con su libro, ellos se quedaron en la puerta mirándolo, y seguían mirando cuando él les hizo un último saludo de buenas noches desde los escalones del Chapeau Rouge.

La cena había terminado, y Dennistoun estaba en su dormitorio, encerrado a solas con su adquisición. La posadera había manifestado un interés particular en él desde que le dijo que había visitado al sacristán y le había comprado un libro viejo. Creyó también haber oído un diálogo apresurado entre ella y dicho sacristán en el pasillo, fuera de la *salle à manger* ; unas palabras en el sentido de que «Pierre y Bertrand dormirían en la casa» habían cerrado la conversación.

Todo este tiempo, una creciente sensación de desasosiego se había ido apoderando de él; una reacción nerviosa, quizás, tras el deleite de su descubrimiento. Fuera lo que fuese, resultó en la convicción de que había alguien detrás de él, y que estaba mucho más cómodo con la espalda contra la pared. Todo esto, por supuesto, pesaba poco en la balanza frente al valor evidente de la colección que había adquirido. Y ahora, como dije, estaba solo en su dormitorio, haciendo inventario de los tesoros del canónigo Alberico, en los que cada momento revelaba algo más encantador.

—¡Bendito sea el canónigo Alberico! —dijo Dennistoun, que tenía el inveterado hábito de hablar solo—. Me pregunto dónde estará ahora. ¡Cielo santo! Desearía que esa posadera aprendiera a reír de una manera más alegre; hace que uno se sienta como si hubiera un muerto en la casa. ¿Media pipa más, decías? Creo que quizás tengas razón. Me pregunto qué será ese crucifijo que la joven insistió en darme. Del siglo pasado, supongo. Sí, probablemente. Es una cosa bastante molesta para llevar al cuello, demasiado pesada. Lo más probable es que su padre lo haya estado llevando durante años. Creo que podría darle una limpieza antes de guardarlo.

Se había quitado el crucifijo y lo había dejado sobre la mesa, cuando su atención fue captada por un objeto que yacía sobre el paño rojo, justo junto a su codo izquierdo. Dos o tres ideas de lo

que podría ser revolotearon por su cerebro con su propia e incalculable rapidez.

«¿Un limpiaplumas? No, no hay tal cosa en la casa. ¿Una rata? No, demasiado negra. ¿Una araña grande? Confío en que no... no. ¡Dios santo! ¡Una mano como la del cuadro!».

En otro destello infinitesimal lo había comprendido todo. Piel pálida y oscura, cubriendo nada más que huesos y tendones de una fuerza espantosa; pelos negros y ásperos, más largos de los que jamás crecieron en una mano humana; uñas que surgían de las puntas de los dedos y se curvaban bruscamente hacia abajo y adelante, grises, córneas y arrugadas.

Saltó de su silla con un terror mortal e inconcebible atenazándole el corazón. La forma, cuya mano izquierda descansaba sobre la mesa, se estaba levantando a una postura erguida detrás de su asiento, con la mano derecha encorvada sobre su cuero cabelludo. Había un ropaje negro y andrajoso a su alrededor; el pelo áspero la cubría como en el dibujo. La mandíbula inferior era delgada —¿cómo podría llamarla?—, poco profunda, como la de una bestia; los dientes se veían detrás de los labios negros; no había nariz; los ojos, de un amarillo ardiente, contra los cuales las pupilas se mostraban negras e intensas, y el odio exultante y la sed de destruir la vida que allí brillaban, eran los rasgos más horripilantes de toda la visión. Había inteligencia de algún tipo en ellos, una inteligencia más allá de la de una bestia, por debajo de la de un hombre.

Los sentimientos que este horror despertó en Dennistoun fueron el más intenso miedo físico y la más profunda repugnancia mental. ¿Qué hizo? ¿Qué podía hacer? Nunca ha estado del todo seguro de las palabras que dijo, pero sabe que habló, que agarró ciegamente el crucifijo de plata, que fue consciente de un movimiento hacia él por parte del demonio, y que gritó con la voz de un animal en un dolor espantoso.

Pierre y Bertrand, los dos robustos y pequeños sirvientes, que entraron corriendo, no vieron nada, pero se sintieron empujados a

un lado por algo que pasó entre ellos, y encontraron a Dennistoun desmayado. Se quedaron con él esa noche, y sus dos amigos estaban en San Bertrand a las nueve de la mañana siguiente. Él mismo, aunque todavía conmocionado y nervioso, estaba casi recuperado para entonces, y su historia encontró crédito entre ellos, aunque no hasta que hubieron visto el dibujo y hablado con el sacristán.

Casi al amanecer, el hombrecillo había venido a la posada con algún pretexto, y había escuchado con el más profundo interés la historia relatada por la posadera. No mostró sorpresa.

—¡Es él, es él! Lo he visto yo mismo —fue su único comentario; y a todas las preguntas, solo una respuesta se concedió—: *Deux fois je l'ai vu; mille fois je l'ai senti*. No quiso contarles nada sobre la procedencia del libro, ni ningún detalle de sus experiencias. —¿Por qué habrían de molestarme? —dijo—. Pronto dormiré, y mi descanso será dulce.[^2]

[^2]: Murió ese verano; su hija se casó y se estableció en St. Papoul. Nunca comprendió las circunstancias de la «obsesión» de su padre.

Nunca sabremos lo que él o el canónigo Alberico de Mauléon sufrieron. En el reverso de aquel fatídico dibujo había unas líneas de escritura que pueden suponerse que arrojan luz sobre la situación:

*Contradictio Salomonis cum demonio nocturno.*

*Albericus de Mauléone delineavit.*

*V. Deus in adiutorium. Ps. Qui habitat.*

*Sancte Bertrande, demoniorum effugator, intercede pro me miserimo.*

*Primum uidi nocte 12(mi) Dec. 1694: uidebo mox ultimum. Peccauit et passus sum, plura adhuc passurus. Dec. 29, 1701* .[^3]

[^3]: Es decir, La disputa de Salomón con un demonio de la noche. Dibujado por Alberico de Mauléon. Versículo. Oh, Señor,

apresúrate a socorrerme. Salmo. El que habita (XCI). San Bertrand, que ahuyentas a los demonios, ruega por mí, desdichadísimo. Lo vi por primera vez la noche del 12 de diciembre de 1694: pronto lo veré por última vez. He pecado y he sufrido, y aún he de sufrir más. 29 de diciembre de 1701 . La «Gallia Christiana» da la fecha de la muerte del canónigo como el 31 de diciembre de 1701, «en su cama, de un ataque repentino». Detalles de este tipo no son comunes en la gran obra de los Samartani.

Nunca he entendido del todo cuál era la opinión de Dennistoun sobre los sucesos que he narrado. Una vez me citó un texto del Eclesiástico: «Hay espíritus que han sido creados para la venganza, y en su furor descargan duros golpes». En otra ocasión dijo: «Isaías era un hombre muy sensato; ¿no dice algo sobre monstruos nocturnos que viven en las ruinas de Babilonia? Estas cosas están un poco más allá de nuestro alcance por el momento».

Otra de sus confidencias me impresionó bastante, y simpatiqué con ella. El año pasado habíamos ido a Comminges para ver la tumba del canónigo Alberico. Es una gran construcción de mármol con una efigie del canónigo con una gran peluca y sotana, y un elaborado elogio a su erudición debajo. Vi a Dennistoun hablando un buen rato con el vicario de San Bertrand, y mientras nos alejábamos en el coche me dijo: —Espero que no esté mal: ya sabes que soy presbiteriano, pero... yo... yo creo que habrá «rezos de misas y cantos de réquiems» por el descanso de Alberico de Mauléon. — Luego añadió, con un toque del acento británico del norte en su tono—: No tenía idea de que salieran tan caros.

El libro se encuentra en la Colección Wentworth de Cambridge. El dibujo fue fotografiado y luego quemado por Dennistoun el día que abandonó Comminges en la ocasión de su primera visita.

# CORAZONES PERDIDOS

Fue, hasta donde puedo averiguar, en septiembre del año 1811 cuando una silla de postas se detuvo ante la puerta de Aswarby Hall, en el corazón de Lincolnshire. El niño que era el único pasajero en la silla, y que saltó tan pronto como se detuvo, miró a su alrededor con la más viva curiosidad durante el corto intervalo que transcurrió entre el toque de la campanilla y la apertura de la puerta principal. Vio una casa alta, cuadrada, de ladrillo rojo, construida en el reinado de la reina Ana; se había añadido un pórtico de pilares de piedra en el estilo clásico más puro de 1790; las ventanas de la casa eran muchas, altas y estrechas, con cristales pequeños y carpintería blanca y gruesa. Un frontón, perforado por una ventana redonda, coronaba la fachada. Había alas a derecha e izquierda, conectadas por curiosas galerías acristaladas, sostenidas por columnatas, con el bloque central. Estas alas contenían claramente los establos y las dependencias de la casa. Cada una estaba rematada por una cúpula ornamental con una veleta dorada.

Una luz vespertina brillaba sobre el edificio, haciendo que los cristales de las ventanas resplandecieran como otros tantos fuegos. Frente a la mansión se extendía un parque llano, salpicado de robles y bordeado de abetos, que se recortaban contra el cielo. El reloj del campanario de la iglesia, oculto entre los árboles al borde del parque, del que solo su veleta dorada captaba la luz, daba las seis, y el sonido llegaba suavemente, arrastrado por el viento. Fue, en conjunto, una impresión agradable, aunque teñida con la especie de melancolía propia de una tarde de principios de otoño, la que se transmitió a la mente del niño que estaba de pie en el porche, esperando que la puerta se abriera para él.

La silla de postas lo había traído desde Warwickshire, donde, unos seis meses antes, había quedado huérfano. Ahora, gracias a la

generosa oferta de su anciano primo, el señor Abney, había venido a vivir a Aswarby. La oferta fue inesperada, porque todos los que sabían algo del señor Abney lo consideraban un recluso algo austero, en cuyo hogar de costumbres tranquilas la llegada de un niño pequeño importaría un elemento nuevo y, al parecer, incongruente. La verdad es que se sabía muy poco de las ocupaciones o del temperamento del señor Abney. Se había oído decir al profesor de griego de Cambridge que nadie sabía más de las creencias religiosas de los últimos paganos que el dueño de Aswarby. Ciertamente, su biblioteca contenía todos los libros entonces disponibles sobre los Misterios, los poemas órficos, el culto a Mitra y los neoplatónicos. En el vestíbulo de mármol se erguía un magnífico grupo de Mitra matando a un toro, que había sido importado del Levante con gran costo por el propietario. Había contribuido con una descripción del mismo al *Gentleman's Magazine*, y había escrito una notable serie de artículos en el *Critical Museum* sobre las supersticiones de los romanos del Bajo Imperio. Era considerado, en fin, como un hombre absorto en sus libros, y fue motivo de gran sorpresa entre sus vecinos que se hubiera enterado de la existencia de su primo huérfano, Stephen Elliott, y mucho más que se hubiera ofrecido a hacerlo un residente de Aswarby Hall.

Independientemente de lo que esperaran sus vecinos, es cierto que el señor Abney —el alto, el delgado, el austero— parecía dispuesto a dar a su joven primo una amable bienvenida. En el momento en que se abrió la puerta principal, salió disparado de su estudio, frotándose las manos con deleite.

—¿Cómo estás, muchacho? ¿Cómo estás? ¿Qué edad tienes? —dijo él—. Es decir, espero que no estés demasiado cansado del viaje para cenar.

—No, gracias, señor —dijo el joven Elliott—; me encuentro bastante bien.

—Así me gusta —dijo el señor Abney—. ¿Y qué edad tienes, mi niño?

Parecía un poco extraño que hubiera hecho la pregunta dos veces en los dos primeros minutos de conocerse.

—Cumpló doce años en mi próximo cumpleaños, señor —dijo Stephen.

—¿Y cuándo es tu cumpleaños, mi querido niño? ¿El once de septiembre, eh? Eso está bien, eso está muy bien. Dentro de casi un año, ¿no es así? Me gusta... ¡ja, ja!... me gusta anotar estas cosas en mi libro. ¿Seguro que son doce? ¿Absolutamente seguro?

—Sí, completamente seguro, señor.

—¡Bien, bien! Llévelo a la habitación de la señora Bunch, Parkes, y que tome su té... su cena... lo que sea.

—Sí, señor —respondió el formal señor Parkes; y condujo a Stephen a las dependencias inferiores.

La señora Bunch fue la persona más reconfortante y humana que Stephen había conocido hasta entonces en Aswarby. Lo hizo sentirse completamente como en casa; se hicieron grandes amigos en un cuarto de hora, y grandes amigos siguieron siendo. La señora Bunch había nacido en los alrededores unos cincuenta y cinco años antes de la llegada de Stephen, y su residencia en la mansión era de veinte años. En consecuencia, si alguien conocía los entresijos de la casa y el distrito, la señora Bunch los conocía; y no era en absoluto reacia a comunicar su información.

Ciertamente, había muchas cosas sobre la mansión y sus jardines que Stephen, que era de natural aventurero e inquisitivo, estaba ansioso por que le explicaran. «¿Quién construyó el templete al final del paseo de los laureles? ¿Quién era el anciano cuyo retrato colgaba en la escalera, sentado a una mesa, con una calavera bajo la mano?». Estos y muchos otros puntos similares fueron aclarados por los recursos del poderoso intelecto de la señora Bunch. Había otros, sin embargo, de los cuales las explicaciones proporcionadas eran menos satisfactorias.

Una tarde de noviembre, Stephen estaba sentado junto al fuego en la habitación del ama de llaves, reflexionando sobre su entorno.

—¿Es el señor Abney un buen hombre, e irá al cielo? —preguntó de repente, con la peculiar confianza que los niños poseen en la capacidad de sus mayores para resolver estas cuestiones, cuya decisión se cree reservada para otros tribunales.

—¿Buen hombre? ¡Dios bendiga al niño! —dijo la señora Bunch—. ¡El señor es el alma más bondadosa que he visto en mi vida! ¿No te conté nunca lo del niño que recogió de la calle, como quien dice, hace ya siete años? ¿Y lo de la niña, dos años después de que yo llegara aquí?

—No. ¡Cuéntemelo todo, señora Bunch, ahora mismo!

—Bueno —dijo la señora Bunch—, de la niña no parece que me acuerde mucho. Sé que el señor la trajo consigo de su paseo un día, y le dio órdenes a la señora Ellis, que era el ama de llaves entonces, de que la cuidaran con todo esmero. Y la pobrecilla no tenía a nadie que le perteneciera, me lo dijo ella misma, y aquí vivió con nosotros cosa de tres semanas, puede ser; y luego, fuera que tuviera algo de gitana en la sangre o qué sé yo, pero una mañana se levantó de la cama antes de que ninguno de nosotros hubiera pegado ojo, y ni rastro ni huella de ella he vuelto a ver desde entonces. El señor se disgustó muchísimo e hizo dragar todos los estanques; pero yo creo que se la llevaron los gitanos, porque hubo cantos alrededor de la casa durante casi una hora la noche que se fue, y Parkes, él declara que los oyó llamar en los bosques toda esa tarde. ¡Ay, ay! Una niña extraña era, tan silenciosa en sus maneras y todo, pero yo le había cogido un cariño enorme, tan casera que era... sorprendente.

—¿Y qué hay del niño? —dijo Stephen.

—¡Ah, ese pobrecito! —suspiró la señora Bunch—. Era extranjero, Jevanny se hacía llamar, y vino a tocar su organillo por los alrededores del camino de entrada un día de invierno, y el señor lo hizo entrar en el acto, y le preguntó de dónde venía, y qué edad tenía, y cómo se ganaba la vida, y dónde estaban sus parientes, y

todo tan amable como se pueda desear. Pero con él pasó lo mismo. Son una gente revoltosa, supongo, esas naciones extranjeras, y una buena mañana se marchó, igual que la niña. Por qué se fue y qué hizo fue nuestra pregunta durante casi un año después; porque nunca se llevó su organillo, y ahí está, en el estante.

El resto de la tarde lo pasó Stephen en un interrogatorio misceláneo a la señora Bunch y en esfuerzos por extraer una melodía del organillo.

Esa noche tuvo un sueño curioso. Al final del pasillo en el piso de arriba de la casa, donde estaba su dormitorio, había un viejo cuarto de baño en desuso. Se mantenía cerrado con llave, pero la mitad superior de la puerta era de cristal y, como las cortinas de muselina que solían colgar allí habían desaparecido hacía tiempo, se podía mirar adentro y ver la bañera revestida de plomo, adosada a la pared de la derecha, con la cabecera hacia la ventana.

La noche de la que hablo, Stephen Elliott se encontró, según le pareció, mirando a través de la puerta acristalada. La luna brillaba a través de la ventana, y él contemplaba una figura que yacía en la bañera.

Su descripción de lo que vio me recuerda a lo que una vez contemplé yo mismo en las famosas criptas de la iglesia de San Michan en Dublín, que poseen la horrible propiedad de preservar los cadáveres de la descomposición durante siglos. Una figura inexpresablemente delgada y patética, de un color plomizo y polvoriento, envuelta en una vestidura similar a un sudario, los delgados labios torcidos en una sonrisa débil y espantosa, las manos apretadas fuertemente sobre la región del corazón.

Mientras la miraba, un gemido distante, casi inaudible, pareció brotar de sus labios, y los brazos comenzaron a moverse. El terror de la visión hizo retroceder a Stephen, y despertó al hecho de que, en efecto, estaba de pie en el frío suelo de tablas del pasillo, bajo la plena luz de la luna. Con un coraje que no creo que sea común entre los niños de su edad, fue a la puerta del cuarto de baño para

asegurarse de si la figura de su sueño estaba realmente allí. No lo estaba, y volvió a la cama.

La señora Bunch quedó muy impresionada a la mañana siguiente por su historia, y llegó al extremo de volver a colocar la cortina de muselina sobre la puerta acristalada del cuarto de baño. El señor Abney, además, a quien confió sus experiencias en el desayuno, se mostró muy interesado e hizo anotaciones sobre el asunto en lo que él llamaba «su libro».

Se acercaba el equinoccio de primavera, como el señor Abney recordaba con frecuencia a su primo, añadiendo que los antiguos siempre lo habían considerado un momento crítico para los jóvenes; que Stephen haría bien en cuidarse y cerrar la ventana de su dormitorio por la noche; y que Censorino tenía algunas observaciones valiosas sobre el tema. Dos incidentes que ocurrieron por esa época dejaron una impresión en la mente de Stephen.

El primero fue después de una noche inusualmente inquieta y opresiva que había pasado, aunque no podía recordar ningún sueño en particular que hubiera tenido.

La tarde siguiente, la señora Bunch se ocupaba de remendar su camisón.

—¡Santo cielo, señorito Stephen! —exclamó con cierta irritación—. ¿Cómo se las arregla para hacer trizas su camisón de esta manera? ¡Mire aquí, señor, qué molestias les da a los pobres sirvientes que tienen que zurcir y remendar lo que usted estropea!

Había, en efecto, una serie de cortes o rasguños de lo más destructivos y aparentemente deliberados en la prenda, que sin duda requerirían una aguja hábil para repararlos. Se limitaban al lado izquierdo del pecho: cortes largos y paralelos, de unas seis pulgadas de longitud, algunos de los cuales no llegaban a perforar la tela del lino. Stephen solo pudo expresar su total ignorancia sobre su origen; estaba seguro de que no estaban allí la noche anterior.

—Pero —dijo—, señora Bunch, son exactamente iguales que los arañazos en el exterior de la puerta de mi dormitorio; y estoy seguro

de que no tuve nada que ver en hacerlos.

La señora Bunch lo miró con la boca abierta, luego cogió una vela, salió apresuradamente de la habitación y se la oyó subir las escaleras. En pocos minutos bajó.

—Bueno —dijo—, señorito Stephen, me resulta muy curioso cómo han podido aparecer esas marcas y arañazos; demasiado altos para que los haya hecho un gato o un perro, y mucho menos una rata; parecen, por todo el mundo, las uñas de un chino, como nos contaba mi tío del comercio del té cuando éramos niñas. Yo no le diría nada al señor, si fuera usted, mi querido señorito Stephen; y eche la llave a la puerta cuando se vaya a la cama.

—Siempre lo hago, señora Bunch, en cuanto termino mis oraciones.

—Ah, ese es un buen niño: reza siempre tus oraciones, y entonces nadie podrá hacerte daño.

Con esto, la señora Bunch se dedicó a remendar el camión dañado, con intervalos de meditación, hasta la hora de acostarse. Esto fue un viernes por la noche de marzo de 1812.

La tarde siguiente, el dúo habitual de Stephen y la señora Bunch se vio aumentado por la repentina llegada del señor Parkes, el mayordomo, quien por lo general se mantenía bastante apartado en su propia despensa. No vio que Stephen estuviera allí; además, estaba alterado y hablaba con menos lentitud de lo habitual.

—El señor puede subir su propio vino por la noche, si le place — fue su primer comentario—. O lo hago durante el día o no lo hago en absoluto, señora Bunch. No sé qué pueda ser; muy probablemente sean las ratas, o el viento que se ha metido en las bodegas; pero ya no soy tan joven como antes, y no puedo seguir con esto como lo he hecho.

—Bueno, señor Parkes, ya sabe que la mansión es un lugar sorprendente para las ratas.

—No lo niego, señora Bunch; y, desde luego, muchas veces he oído la historia de los hombres en los astilleros sobre la rata que podía hablar. Nunca antes le di crédito a eso; pero esta noche, si me hubiera rebajado a pegar el oído a la puerta del último nicho, casi podría haber oído lo que estaban diciendo.

—¡Oh, vamos, señor Parkes, no tengo paciencia con sus fantasías! ¡Ratas hablando en la bodega, vaya cosa!

—Bueno, señora Bunch, no tengo ningún deseo de discutir con usted; todo lo que digo es que, si decide ir al último nicho y pegar el oído a la puerta, puede comprobar mis palabras en este mismo instante.

—¡Qué tonterías dice, señor Parkes, no son aptas para que las escuchen los niños! ¡Va a asustar al señorito Stephen y a dejarlo sin aliento!

—¡Cómo! ¿El señorito Stephen? —dijo Parkes, dándose cuenta de la presencia del niño—. El señorito Stephen sabe de sobra cuándo estoy bromeando con usted, señora Bunch.

De hecho, el señorito Stephen sabía demasiado bien que el señor Parkes no había tenido la intención de bromear en un principio. Estaba interesado, aunque no del todo gratamente, en la situación; pero todas sus preguntas fueron infructuosas para inducir al mayordomo a dar un relato más detallado de sus experiencias en la bodega.

Hemos llegado ahora al 24 de marzo de 1812. Fue un día de experiencias curiosas para Stephen: un día ventoso y ruidoso, que llenó la casa y los jardines con una impresión de inquietud. Mientras Stephen estaba de pie junto a la valla de los terrenos y miraba hacia el parque, sentía como si una procesión interminable de gente invisible pasara barriando junto a él con el viento, arrastrada irresistible e inútilmente, esforzándose en vano por detenerse, por agarrarse a algo que pudiera detener su vuelo y devolverlos al contacto con el mundo de los vivos del que habían formado parte. Después del almuerzo de ese día, el señor Abney dijo:

—Stephen, muchacho, ¿crees que podrías venir a mi estudio esta noche, tan tarde como a las once? Estaré ocupado hasta esa hora, y deseo mostrarte algo relacionado con tu vida futura que es de suma importancia que conozcas. No debes mencionar este asunto a la señora Bunch ni a nadie más en la casa; y será mejor que te vayas a tu habitación a la hora de siempre.

He aquí una nueva emoción añadida a la vida: Stephen aprovechó con avidez la oportunidad de quedarse despierto hasta las once. Echó un vistazo a la puerta de la biblioteca de camino a su habitación esa noche, y vio un brasero, que a menudo había notado en un rincón de la estancia, sacado frente al fuego; una vieja copa de plata dorada estaba sobre la mesa, llena de vino tinto, y algunas hojas de papel escritas yacían cerca. El señor Abney estaba esparciendo incienso en el brasero desde una caja de plata redonda mientras Stephen pasaba, pero no pareció notar sus pasos.

El viento había amainado, y había una noche tranquila y una luna llena. Hacia las diez, Stephen estaba de pie en la ventana abierta de su dormitorio, mirando el campo. A pesar de la quietud de la noche, la misteriosa población de los lejanos bosques iluminados por la luna aún no se había adormecido. De vez en cuando, extraños gritos como de vagabundos perdidos y desesperados sonaban desde el otro lado del lago. Podían ser los cantos de búhos o aves acuáticas, pero no se parecían del todo a ninguno de los dos sonidos. ¿No se estaban acercando? Ahora sonaban desde el lado más cercano del agua, y en pocos momentos parecieron flotar entre los arbustos. Luego cesaron; pero justo cuando Stephen pensaba en cerrar la ventana y reanudar su lectura de Robinson Crusoe, divisó dos figuras de pie en la terraza de grava que corría a lo largo del lado del jardín de la mansión: las figuras de un niño y una niña, al parecer; estaban uno al lado del otro, mirando hacia las ventanas. Algo en la forma de la niña le recordó irresistiblemente su sueño de la figura en la bañera. El niño le inspiró un miedo más agudo.

Mientras la niña permanecía quieta, medio sonriendo, con las manos entrelazadas sobre el corazón, el niño, una figura delgada, de

pelo negro y ropas raídas, alzaba los brazos al aire con un ademán de amenaza y de un hambre y anhelo insaciables. La luna brillaba sobre sus manos casi transparentes, y Stephen vio que las uñas eran terriblemente largas y que la luz las atravesaba. Mientras estaba de pie con los brazos así levantados, reveló un espectáculo aterrador. En el lado izquierdo de su pecho se abría una herida negra y abierta; y cayó sobre el cerebro de Stephen, más que sobre su oído, la impresión de uno de esos gritos hambrientos y desolados que había oído resonar sobre los bosques de Aswarby toda esa tarde. En otro instante, esta espantosa pareja se había movido rápida y silenciosamente sobre la grava seca, y no los vio más.

Inexpresablemente asustado como estaba, decidió tomar su vela y bajar al estudio del señor Abney, pues la hora señalada para su encuentro estaba cerca. El estudio o biblioteca se abría desde el vestíbulo principal por un lado, y Stephen, acuciado por sus terrores, no tardó mucho en llegar. Entrar no fue tan fácil. No estaba cerrada con llave, estaba seguro, pues la llave estaba en el exterior de la puerta como de costumbre. Sus repetidos golpes no produjeron respuesta. El señor Abney estaba ocupado: estaba hablando. ¡Qué! ¿Por qué intentaba gritar? ¿Y por qué el grito se ahogaba en su garganta? ¿Había visto él también a los misteriosos niños? Pero ahora todo estaba en silencio, y la puerta cedió al empuje aterrorizado y frenético de Stephen.

Sobre la mesa del estudio del señor Abney se encontraron ciertos papeles que explicaron la situación a Stephen Elliott cuando tuvo edad para entenderlos. Las frases más importantes eran las siguientes:

«Era una creencia muy fuerte y generalmente sostenida por los antiguos —de cuya sabiduría en estos asuntos he tenido tal experiencia que me induce a confiar en sus afirmaciones— que, al realizar ciertos procesos, que para nosotros los modernos tienen algo de bárbaro, se puede alcanzar una iluminación muy notable de las facultades espirituales del hombre: que, por ejemplo, al absorber las personalidades de un cierto número de sus semejantes, un

individuo puede obtener un completo dominio sobre aquellos órdenes de seres espirituales que controlan las fuerzas elementales de nuestro universo.

»Se cuenta de Simón el Mago que era capaz de volar por el aire, de volverse invisible o de asumir cualquier forma que quisiera, por la acción del alma de un niño a quien, para usar la frase difamatoria empleada por el autor de las Reconocimientos Clementinos , había "asesinado". Encuentro además consignado, con considerable detalle en los escritos de Hermes Trismegisto, que resultados felices similares pueden producirse por la absorción de los corazones de no menos de tres seres humanos menores de veintiún años. A la prueba de la veracidad de esta receta he dedicado la mayor parte de los últimos veinte años, seleccionando como los corpora vilia de mi experimento a personas que pudieran ser convenientemente eliminadas sin ocasionar un vacío sensible en la sociedad. El primer paso lo efectué con la eliminación de una tal Phoebe Stanley, una muchacha de origen gitano, el 24 de marzo de 1792. El segundo, con la eliminación de un muchacho italiano errante, llamado Giovanni Paoli, la noche del 23 de marzo de 1805. La "víctima" final —para emplear una palabra repugnante en el más alto grado a mis sentimientos— debe ser mi primo, Stephen Elliott. Su día debe ser este 24 de marzo de 1812.

»El mejor medio para efectuar la absorción requerida es extraer el corazón del sujeto vivo, reducirlo a cenizas y mezclarlas con aproximadamente una pinta de algún vino tinto, preferiblemente de Oporto. Los restos de los dos primeros sujetos, al menos, será bueno ocultarlos: un cuarto de baño en desuso o una bodega resultarán convenientes para tal propósito. Puede experimentarse alguna molestia por parte de la porción psíquica de los sujetos, que el lenguaje popular dignifica con el nombre de fantasmas. Pero el hombre de temperamento filosófico —a quien únicamente es apropiado el experimento— será poco propenso a dar importancia a los débiles esfuerzos de estos seres por descargar su venganza sobre él. Contemplo con la más viva satisfacción la existencia ampliada y emancipada que el experimento, si tiene éxito, me

conferirá; no solo poniéndome fuera del alcance de la justicia humana (así llamada), sino eliminando en gran medida la perspectiva de la muerte misma».

El señor Abney fue encontrado en su silla, con la cabeza echada hacia atrás, el rostro marcado por una expresión de rabia, espanto y dolor mortal. En su costado izquierdo tenía una terrible herida lacerada, que exponía el corazón. No había sangre en sus manos, y un largo cuchillo que yacía sobre la mesa estaba perfectamente limpio. Un gato montés salvaje podría haber infligido las heridas. La ventana del estudio estaba abierta, y la opinión del forense fue que el señor Abney había encontrado la muerte por la acción de alguna criatura salvaje. Pero el estudio de Stephen Elliott de los papeles que he citado lo llevó a una conclusión muy diferente.

## **LA MEZZOTINTA**

Hace algún tiempo, creo que tuve el placer de contarles la historia de una aventura que le sucedió a un amigo mío llamado Dennistoun, durante su búsqueda de objetos de arte para el museo de Cambridge.

No divulgó mucho sus experiencias a su regreso a Inglaterra; pero no pudieron por menos que llegar a oídos de un buen número de sus amigos y, entre otros, del caballero que en aquel entonces presidía un museo de arte en otra universidad. Era de esperar que la historia causara una considerable impresión en la mente de un hombre cuya vocación seguía una línea similar a la de Dennistoun, y que estuviera ansioso por aferrarse a cualquier explicación del asunto que tendiera a hacer parecer improbable que alguna vez se

viera en la necesidad de enfrentarse a una emergencia tan agitada. De hecho, le resultaba algo consolador reflexionar que no se esperaba de él que adquiriera antiguos manuscritos para su institución; esa era tarea de la Biblioteca Shelburniana. Las autoridades de dicha institución podían, si así lo deseaban, registrar oscuros rincones del continente en busca de tales asuntos. Él se alegraba de verse obligado en ese momento a limitar su atención a ampliar la ya insuperable colección de dibujos y grabados topográficos ingleses que poseía su museo. Sin embargo, como resultó, incluso un departamento tan hogareño y familiar como este puede tener sus rincones oscuros, y a uno de ellos fue introducido inesperadamente el señor Williams.

Quienes hayan tenido el más mínimo interés en la adquisición de imágenes topográficas saben que hay un marchante londinense cuya ayuda es indispensable para sus investigaciones. El señor J. W. Britnell publica a cortos intervalos catálogos muy admirables de un amplio y constantemente cambiante inventario de grabados, planos y viejos bocetos de mansiones, iglesias y ciudades de Inglaterra y Gales. Estos catálogos eran, por supuesto, el abecé de su materia para el señor Williams; pero como su museo ya contenía una enorme acumulación de imágenes topográficas, era un comprador regular, más que copioso; y más bien esperaba que el señor Britnell llenara los huecos en las filas de su colección que le proveyera de rarezas.

Ahora bien, en febrero del año pasado apareció sobre el escritorio del señor Williams en el museo un catálogo del emporio del señor Britnell, y acompañándolo había una comunicación mecanografiada del propio marchante. Esta última decía así:

ESTIMADO SEÑOR:

Nos permitimos llamar su atención sobre el n.º 978 de nuestro catálogo adjunto, que con gusto le enviaremos a prueba.

Atentamente,

J. W. BRITNELL.

Dirigirse al n.º 978 en el catálogo adjunto fue para el señor Williams (como observó para sí mismo) obra de un momento, y en el lugar indicado encontró la siguiente entrada:

978.—Anónimo. Interesante mezzotinta: Vista de una casa señorial, de principios de siglo. 15 por 10 pulgadas; marco negro. 2 £ 2 s.

No era especialmente emocionante, y el precio parecía alto. Sin embargo, como el señor Britnell, que conocía su negocio y a su cliente, parecía darle importancia, el señor Williams escribió una tarjeta postal pidiendo que el artículo fuera enviado a prueba, junto con algunos otros grabados y bocetos que aparecían en el mismo catálogo. Y así pasó, sin mucha emoción ni anticipación, a las labores ordinarias del día.

Un paquete de cualquier tipo siempre llega un día más tarde de lo que se espera, y el del señor Britnell demostró, como creo que dice la frase correcta, no ser una excepción a la regla. Fue entregado en el museo por el correo de la tarde del sábado, después de que el señor Williams hubiera terminado su trabajo, y por consiguiente fue llevado a sus aposentos en el colegio por el asistente, para que no tuviera que esperar hasta el domingo antes de examinarlo y devolver aquellos de sus contenidos que no se proponía conservar. Y allí lo encontró cuando entró a tomar el té, con un amigo.

El único artículo que me concierne era la mezzotinta bastante grande, de marco negro, de la cual ya he citado la breve descripción dada en el catálogo del señor Britnell. Habrá que dar algunos detalles más, aunque no puedo esperar poner ante ustedes el aspecto del cuadro tan claramente como está presente en mi propio ojo. Un duplicado casi exacto del mismo puede verse en muchos salones de posadas antiguas, o en los pasillos de mansiones rurales imperturbadas en el momento actual. Era una mezzotinta bastante mediocre, y una mezzotinta mediocre es, quizás, la peor forma de grabado conocida. Presentaba una vista frontal de una casa señorial no muy grande del siglo pasado, con tres hileras de ventanas de guillotina lisas con sillería rústica a su alrededor, un parapeto con

bolas o jarrones en los ángulos, y un pequeño pórtico en el centro. A cada lado había árboles, y al frente una considerable extensión de césped. La leyenda A. W. F. sculpsit estaba grabada en el estrecho margen; y no había más inscripción. Todo el conjunto daba la impresión de ser obra de un aficionado. Qué demonios podía querer decir el señor Britnell al fijar el precio de 2 £ 2 s. a tal objeto era más de lo que el señor Williams podía imaginar. Le dio la vuelta con bastante desprecio; en el reverso había una etiqueta de papel, cuya mitad izquierda había sido arrancada. Todo lo que quedaba eran los finales de dos líneas de escritura: la primera tenía las letras —ngley Hall; la segunda, —ssex.

Quizás valdría la pena identificar el lugar representado, lo que podría hacer fácilmente con la ayuda de un nomenclátor, y luego se lo devolvería al señor Britnell, con algunas observaciones que pusieran en entredicho el juicio de aquel caballero.

Encendió las velas, pues ya había oscurecido, preparó el té y atendió al amigo con el que había estado jugando al golf (pues creo que las autoridades de la universidad de la que escribo se entregan a esa actividad a modo de relajación); y el té se tomó acompañado de una discusión que las personas aficionadas al golf pueden imaginar por sí mismas, pero que el escritor concienzudo no tiene derecho a infligir a ninguna persona que no sea aficionada al golf.

La conclusión a la que se llegó fue que ciertos golpes podrían haber sido mejores, y que en ciertas emergencias ninguno de los dos jugadores había experimentado esa cantidad de suerte que un ser humano tiene derecho a esperar. Fue entonces cuando el amigo —llamémosle profesor Binks— cogió el grabado enmarcado y dijo:

—¿Qué lugar es este, Williams?

—Justo lo que voy a tratar de averiguar —dijo Williams, yendo al estante en busca de un nomenclátor—. Mira el reverso. Algo-ngley Hall, ya sea en Sussex o en Essex. La mitad del nombre ha desaparecido, como ves. ¿No lo conoces por casualidad?

—Es de ese hombre Britnell, supongo, ¿no? —dijo Binks—. ¿Es para el museo?

—Bueno, creo que lo compraría si el precio fuera de cinco chelines —dijo Williams—; pero por alguna razón sobrenatural quiere dos guineas por él. No puedo concebir por qué. Es un grabado pésimo, y ni siquiera hay figuras que le den vida.

—No creo que valga dos guineas —dijo Binks—; pero no creo que esté tan mal hecho. La luz de la luna me parece bastante buena; y habría pensado que había figuras, o al menos una figura, justo en el borde, al frente.

—Veamos —dijo Williams—. Bueno, es cierto que la luz está bastante bien lograda. ¿Dónde está tu figura? ¡Ah, sí! Solo la cabeza, en el primer plano del cuadro.

Y en efecto, allí estaba —apenas más que una mancha negra en el borde extremo del grabado— la cabeza de un hombre o una mujer, bastante abrigado, de espaldas al espectador y mirando hacia la casa.

Williams no lo había notado antes.

—Aun así —dijo—, aunque es una obra más ingeniosa de lo que pensaba, no puedo gastar dos guineas del dinero del museo en un cuadro de un lugar que no conozco.

El profesor Binks tenía trabajo que hacer y se fue pronto; y casi hasta la hora de la cena en el Gran Comedor, Williams estuvo ocupado en un vano intento de identificar el tema de su cuadro. «Si tan solo hubiera quedado la vocal antes de "ng", habría sido bastante fácil», pensó; «pero tal como está, el nombre puede ser cualquier cosa, desde Guestingley hasta Langley, y hay muchos más nombres que terminan así de lo que pensaba; y este libro de pacotilla no tiene índice de terminaciones».

La cena en el colegio del señor Williams era a las siete. No es necesario detenerse en ella; tanto menos cuanto que allí se encontró con colegas que habían estado jugando al golf durante la tarde, y

palabras que no nos conciernen fueron intercambiadas libremente a través de la mesa —meras palabras de golf, me apresuraría a explicar.

Supongo que una hora o más se pasó en lo que se llama la sala común después de la cena. Más tarde, por la noche, algunos se retiraron a los aposentos de Williams, y tengo pocas dudas de que se jugó al whist y se fumó tabaco. Durante una pausa en estas operaciones, Williams recogió la mezzotinta de la mesa sin mirarla y se la entregó a una persona ligeramente interesada en el arte, contándole de dónde había venido y los otros detalles que ya conocemos.

El caballero la tomó con indiferencia, la miró y luego dijo, con un tono de cierto interés:

—Es realmente una muy buena obra, Williams; tiene toda la sensación del período romántico. La luz está admirablemente manejada, me parece, y la figura, aunque es un tanto grotesca, es de alguna manera muy impresionante.

—Sí, ¿verdad? —dijo Williams, que en ese momento estaba ocupado sirviendo whisky con soda a otros de la compañía y no podía cruzar la habitación para mirar de nuevo la vista.

Era ya bastante tarde por la noche, y los visitantes estaban a punto de marcharse. Después de que se fueran, Williams tuvo que escribir una o dos cartas y terminar algunos cabos sueltos. Finalmente, pasada la medianoche, se dispuso a acostarse, y apagó su lámpara después de encender la vela de su dormitorio. El cuadro yacía boca arriba sobre la mesa donde el último hombre que lo miró lo había dejado, y captó su atención mientras bajaba la mecha de la lámpara. Lo que vio casi le hizo dejar caer la vela al suelo, y ahora declara que si se hubiera quedado a oscuras en ese momento, le habría dado un ataque. Pero, como eso no sucedió, pudo dejar la luz sobre la mesa y echar un buen vistazo al cuadro. Era indudable —absolutamente imposible, sin duda, pero absolutamente cierto—. En medio del césped, frente a la casa desconocida, había una figura

donde no había habido ninguna figura a las cinco de esa tarde. Se arrastraba a cuatro patas hacia la casa, y estaba envuelta en una extraña prenda negra con una cruz blanca en la espalda.

No sé cuál es el curso de acción ideal en una situación de este tipo. Solo puedo decirles lo que hizo el señor Williams. Tomó el cuadro por una esquina y lo llevó a través del pasillo a un segundo juego de habitaciones que poseía. Allí lo encerró en un cajón, cerró con llave las puertas de ambos juegos de habitaciones y se retiró a la cama; pero primero escribió y firmó un relato del extraordinario cambio que el cuadro había sufrido desde que había llegado a su posesión.

El sueño lo visitó bastante tarde; pero le consolaba reflexionar que el comportamiento del cuadro no dependía de su propio testimonio sin apoyo. Evidentemente, el hombre que lo había mirado la noche anterior había visto algo parecido a lo que él había visto; de lo contrario, podría haberse sentido tentado a pensar que algo gravemente malo le estaba sucediendo a sus ojos o a su mente. Afortunadamente, esta posibilidad quedaba excluida, y dos asuntos le esperaban al día siguiente. Debía examinar el cuadro con mucho cuidado y llamar a un testigo para ello, y debía hacer un esfuerzo decidido por averiguar qué casa era la representada. Por lo tanto, invitaría a su vecino Nisbet a desayunar con él, y posteriormente pasaría una mañana con el nomenclátor.

Nisbet estaba libre y llegó sobre las 9:30. Su anfitrión no estaba del todo vestido, lamento decirlo, ni siquiera a esta hora tan tardía. Durante el desayuno, Williams no dijo nada sobre la mezzotinta, salvo que tenía un cuadro sobre el que deseaba la opinión de Nisbet. Pero aquellos que están familiarizados con la vida universitaria pueden imaginar por sí mismos la amplia y deliciosa gama de temas sobre los que la conversación de dos miembros del Canterbury College es probable que se extienda durante un desayuno de domingo por la mañana. Apenas quedó tema sin tocar, desde el golf hasta el tenis. Sin embargo, debo decir que Williams estaba bastante distraído; pues su interés se centraba naturalmente en ese cuadro

tan extraño que ahora reposaba, boca abajo, en el cajón de la habitación de enfrente.

Finalmente se encendió la pipa matutina, y llegó el momento que él esperaba. Con una emoción muy considerable —casi trémula— corrió al otro lado, abrió el cajón y, extrayendo el cuadro —aún boca abajo—, volvió corriendo y lo puso en manos de Nisbet.

—Ahora —dijo—, Nisbet, quiero que me digas exactamente lo que ves en ese cuadro. Descríbelo, si no te importa, con bastante detalle. Después te diré por qué.

—Bueno —dijo Nisbet—, tengo aquí una vista de una casa de campo —inglesa, supongo— a la luz de la luna.

—¿Luz de la luna? ¿Estás seguro de eso?

—Ciertamente. La luna parece estar en cuarto menguante, si deseas detalles, y hay nubes en el cielo.

—De acuerdo. Continúa. Juraría —añadió Williams en un aparte— que no había luna cuando lo vi por primera vez.

—Bueno, no hay mucho más que decir —continuó Nisbet—. La casa tiene una, dos, tres hileras de ventanas, cinco en cada hilera, excepto en la de abajo, donde hay un pórtico en lugar de la del medio, y...

—¿Pero qué hay de las figuras? —dijo Williams, con marcado interés.

—No hay ninguna —dijo Nisbet—; pero...

—¡Cómo! ¿Ninguna figura en el césped de enfrente?

—Ni una.

—¿Lo jurarías?

—Ciertamente que sí. Pero hay una cosa más.

—¿Qué?

—Pues que una de las ventanas de la planta baja —a la izquierda de la puerta— está abierta.

—¿De verdad? ¡Dios mío! Debe de haber entrado —dijo Williams, con gran excitación; y corrió hacia la parte trasera del sofá donde Nisbet estaba sentado y, arrebatándole el cuadro, verificó el asunto por sí mismo.

Era completamente cierto. No había figura, y estaba la ventana abierta. Williams, tras un momento de asombro mudo, fue al escritorio y garabateó durante un rato. Luego le llevó dos papeles a Nisbet y le pidió primero que firmara uno —era su propia descripción del cuadro, que acabas de oír— y luego que leyera el otro, que era la declaración de Williams escrita la noche anterior.

—¿Qué puede significar todo esto? —dijo Nisbet.

—Exacto —dijo Williams—. Bueno, una cosa debo hacer, o tres, ahora que lo pienso. Debo averiguar por Garwood —este era su visitante de la noche anterior— qué vio, luego debo hacer que fotografíen la cosa antes de que vaya más lejos, y luego debo averiguar qué lugar es.

—Yo mismo puedo hacer la fotografía —dijo Nisbet—, y lo haré. Pero, ya sabes, parece muy probable que estemos asistiendo al desarrollo de una tragedia en alguna parte. La pregunta es, ¿ha sucedido ya, o va a suceder? Debes averiguar qué lugar es. Sí —dijo, mirando de nuevo el cuadro—, supongo que tienes razón: ha entrado. Y si no me equivoco, se va a armar la de San Quintín en una de las habitaciones de arriba.

—Te diré una cosa —dijo Williams—: llevaré el cuadro al viejo Green (este era el miembro más antiguo del colegio, que había sido administrador durante muchos años). Es muy probable que lo conozca. Tenemos propiedades en Essex y Sussex, y debe de haber recorrido los dos condados un montón de veces.

—Es muy probable que lo conozca —dijo Nisbet—; pero déjame primero tomar mi fotografía. Pero mira, creo que Green no está hoy.

No estuvo en la cena anoche, y creo que le oí decir que se iba a pasar el domingo fuera.

—Eso también es verdad —dijo Williams—; sé que se ha ido a Brighton. Bueno, si lo fotografías ahora, iré a ver a Garwood y conseguiré su declaración, y tú échale un ojo mientras no estoy. Empiezo a pensar que dos guineas no es un precio muy exorbitante ahora.

En poco tiempo había regresado, y trajo consigo al señor Garwood. La declaración de Garwood fue en el sentido de que la figura, cuando él la había visto, estaba separada del borde del cuadro, pero no había avanzado mucho por el césped. Recordaba una marca blanca en la espalda de su ropaje, pero no podría haber asegurado que fuera una cruz. Se redactó y firmó un documento a tal efecto, y Nisbet procedió a fotografiar el cuadro.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —dijo—. ¿Vas a sentarte a vigilarlo todo el día?

—Bueno, no, creo que no —dijo Williams—. Más bien imagino que se supone que debemos ver todo el asunto. Verás, entre el momento en que lo vi anoche y esta mañana hubo tiempo para que sucedieran muchas cosas, pero la criatura solo entró en la casa. Podría haber terminado fácilmente su asunto en ese tiempo y haber vuelto a su lugar; pero el hecho de que la ventana esté abierta, creo, debe significar que está ahí dentro ahora. Así que me siento bastante tranquilo al dejarlo. Y, además, tengo la idea de que no cambiaría mucho, si es que cambia, durante el día. Podríamos salir a dar un paseo esta tarde y volver para el té, o cuando oscurezca. Lo dejaré aquí sobre la mesa y cerraré la puerta con llave. Mi criado puede entrar, pero nadie más.

Los tres estuvieron de acuerdo en que sería un buen plan; y, además, que si pasaban la tarde juntos sería menos probable que hablaran del asunto con otras personas; pues cualquier rumor de una transacción como la que se estaba llevando a cabo atraería a toda la Sociedad Fasmatólogica sobre sus cabezas.

Podemos darles un respiro hasta las cinco.

A esa hora, o cerca de ella, los tres entraban por la escalera de Williams. Al principio se molestaron un poco al ver que la puerta de sus habitaciones no estaba cerrada con llave; pero en un momento recordaron que los domingos los criados venían a por las órdenes una hora más o menos antes que los días de semana. Sin embargo, les esperaba una sorpresa. Lo primero que vieron fue el cuadro apoyado contra una pila de libros sobre la mesa, como lo habían dejado, y lo segundo fue al criado de Williams, sentado en una silla enfrente, mirándolo con indisimulado horror. ¿Cómo era esto? El señor Filcher (el nombre no es invención mía) era un sirviente de considerable antigüedad, y establecía el estándar de etiqueta para todo su colegio y para varios vecinos, y nada podía ser más ajeno a su práctica que ser encontrado sentado en la silla de su señor, o aparentar prestar alguna atención particular a los muebles o cuadros de su señor. De hecho, él mismo parecía sentirlo. Se sobresaltó violentamente cuando los tres hombres entraron en la habitación, y se levantó con un esfuerzo notable. Luego dijo:

—Le pido perdón, señor, por tomarme la libertad de sentarme.

—En absoluto, Robert —interpuso el señor Williams—. Tenía la intención de preguntarle alguna vez qué pensaba de ese cuadro.

—Bueno, señor, por supuesto que no antepongo mi opinión a la suya, pero no es el cuadro que yo colgaría donde mi niña pudiera verlo, señor.

—¿No lo haría, Robert? ¿Por qué no?

—No, señor. Pues la pobrecilla, recuerdo una vez que vio una Biblia de Doré, con dibujos que no eran ni la mitad de lo que es este, y tuvimos que velarla tres o cuatro noches después, si me cree; y si llegara a ver a este esqueleto de aquí, o lo que sea, llevándose al pobre bebé, se pondría malísima. Ya sabe cómo son los niños; lo nerviosos que se ponen con cualquier cosita y todo eso. Pero lo que yo diría es que no parece un cuadro adecuado para dejarlo por ahí, señor, no donde cualquiera que sea propenso a

asustarse pueda encontrárselo. ¿Necesitará algo esta noche, señor? Gracias, señor.

Con estas palabras, el excelente hombre se fue a continuar la ronda de sus señores, y pueden estar seguros de que los caballeros a los que dejó no perdieron tiempo en reunirse alrededor del grabado. Allí estaba la casa, como antes, bajo la luna menguante y las nubes a la deriva. La ventana que había estado abierta estaba cerrada, y la figura estaba una vez más en el césped; pero esta vez no se arrastraba cautelosamente a cuatro patas. Ahora estaba erguida y avanzaba rápidamente, a grandes zancadas, hacia el frente del cuadro. La luna estaba detrás de ella, y el ropaje negro le caía sobre el rostro, de modo que solo se podían entrever indicios de él, y lo que era visible hizo que los espectadores estuvieran profundamente agradecidos de no poder ver más que una frente blanca y abovedada y unos pocos cabellos sueltos. La cabeza estaba inclinada, y los brazos estaban firmemente apretados sobre un objeto que se distinguía vagamente y que se identificó como un niño, ya fuera muerto o vivo no era posible decirlo. Solo las piernas de la aparición podían discernirse claramente, y eran horriblemente delgadas.

Desde las cinco hasta las siete, los tres compañeros se sentaron y observaron el cuadro por turnos. Pero nunca cambió. Finalmente acordaron que sería seguro dejarlo, y que volverían después de la cena en el Gran Comedor para esperar nuevos acontecimientos.

Cuando se reunieron de nuevo, en el momento más temprano posible, el grabado estaba allí, pero la figura había desaparecido, y la casa estaba tranquila bajo los rayos de la luna. No había más remedio que pasar la noche revisando nomenclátors y guías. Williams fue el afortunado al final, y quizás se lo merecía. A las 11:30 p.m. leyó en la Guía de Murray para Essex las siguientes líneas:

16 ½ millas, Anningley. La iglesia ha sido un interesante edificio de fecha normanda, pero fue extensamente clasicizado en el siglo pasado. Contiene la tumba de la familia Francis, cuya mansión,

Anningley Hall, una sólida casa de la época de la reina Ana, se encuentra inmediatamente más allá del cementerio en un parque de unas 80 acres. La familia está ahora extinta, habiendo desaparecido misteriosamente el último heredero en la infancia en el año 1802. El padre, el señor Arthur Francis, era conocido localmente como un talentoso grabador aficionado a la mezzotinta. Después de la desaparición de su hijo, vivió en completo retiro en la mansión, y fue encontrado muerto en su estudio en el tercer aniversario del desastre, habiendo acabado de completar un grabado de la casa, cuyas impresiones son de considerable rareza.

Esto parecía prometedor y, de hecho, el señor Green, a su regreso, identificó de inmediato la casa como Anningley Hall.

—¿Hay alguna clase de explicación para la figura, Green? —fue la pregunta que Williams, naturalmente, hizo.

—No lo sé, la verdad, Williams. Lo que se solía decir en el lugar cuando lo conocí por primera vez, que fue antes de venir aquí, era simplemente esto: el viejo Francis siempre fue muy duro con los cazadores furtivos, y cada vez que tenía la oportunidad, hacía que despidieran de la finca a un hombre del que sospechaba, y poco a poco se deshizo de todos menos de uno. Los terratenientes podían hacer muchas cosas entonces que ahora ni se atreverían a pensar. Bueno, este hombre que quedaba era lo que se encuentra a menudo en esa comarca: el último vestigio de una familia muy antigua. Creo que en un tiempo fueron Señores del Feudo. Recuerdo exactamente lo mismo en mi propia parroquia.

—¿Cómo el hombre de Tess, la de los d'Urberville? —intervino Williams.

—Sí, me imagino; no es un libro que yo haya podido leer nunca. Pero este tipo podía mostrar una hilera de tumbas en la iglesia que pertenecían a sus antepasados, y todo eso contribuyó a amargarlo un poco; pero Francis, decían, nunca pudo atraparlo, siempre se mantenía justo en el lado correcto de la ley, hasta que una noche los guardas lo encontraron en plena faena en un bosque justo al final de

la finca. Podría mostrarte el lugar ahora; linda con unas tierras que solían pertenecer a un tío mío. Y te puedes imaginar el escándalo que se armó; y este hombre, Gawdy (ese era el nombre, claro, Gawdy; pensé que lo recordaría, Gawdy), tuvo la mala suerte, ipobre diablo!, de disparar a un guarda. Bueno, eso era lo que Francis quería, y los grandes jurados —ya sabes cómo serían entonces— y el pobre Gawdy fue ahorcado en un santiamén; y me han enseñado el lugar donde fue enterrado, en el lado norte de la iglesia, ya sabes cómo es en esa parte del mundo: a cualquiera que haya sido ahorcado o se haya quitado la vida, lo entierran en ese lado. Y la idea era que algún amigo de Gawdy —no un pariente, porque no tenía ninguno, ipobre diablo!, era el último de su estirpe: una especie de spes ultima gentis — debió de planear apoderarse del hijo de Francis y acabar también con su linaje. No lo sé, es algo bastante insólito para un cazador furtivo de Essex, pero, sabes, ahora diría que parece más bien como si el viejo Gawdy hubiera hecho el trabajo él mismo. ¡Bu! ¡Odio pensar en ello! ¡Toma un poco de whisky, Williams!

Los hechos fueron comunicados por Williams a Dennistoun, y por él a una compañía mixta, de la cual yo era uno, y el saduceo profesor de Ofiología otro. Lamento decir que este último, cuando se le preguntó qué pensaba de ello, solo comentó: «Oh, esa gente de Bridgeford dirá cualquier cosa», un sentimiento que recibió la acogida que merecía.

Solo me queda añadir que el cuadro se encuentra ahora en el Museo Ashleiano; que ha sido tratado con el fin de descubrir si se ha utilizado tinta simpática en él, pero sin efecto; que el señor Britnell no sabía nada de él, salvo que estaba seguro de que era poco común; y que, aunque ha sido cuidadosamente vigilado, nunca se ha sabido que vuelva a cambiar.

# EL FRESNO

Todo aquel que ha viajado por el este de Inglaterra conoce las casas de campo más pequeñas que la salpican: edificios más bien húmedos, generalmente de estilo italiano, rodeados de parques de unas ochenta a cien acres. Para mí, siempre han tenido una atracción muy fuerte: con su empalizada gris de roble hendido, los nobles árboles, los lagos con sus cañaverales y la línea de bosques lejanos. Además, me gusta el pórtico de columnas, quizás añadido a una casa de ladrillo rojo de la época de la reina Ana que ha sido revestida de estuco para armonizarla con el gusto «griego» de finales del siglo XVIII; el vestíbulo interior, que llega hasta el techo, el cual siempre debería estar provisto de una galería y un pequeño órgano. Me gusta también la biblioteca, donde se puede encontrar desde un salterio del siglo XIII hasta un Shakespeare en cuarto. Me gustan los cuadros, por supuesto; y quizás lo que más me gusta es imaginar cómo era la vida en una casa así cuando se construyó por primera vez, y en los tiempos de bonanza de la prosperidad de los terratenientes, y no menos ahora, cuando, si el dinero no es tan abundante, el gusto es más variado y la vida igual de interesante. Deseo tener una de estas casas, y suficiente dinero para mantenerla y recibir a mis amigos en ella con modestia.

Pero esto es una digresión. Tengo que hablarles de una curiosa serie de acontecimientos que ocurrieron en una casa como la que he intentado describir. Se trata de Castringham Hall, en Suffolk. Creo que se ha hecho mucho en el edificio desde el período de mi historia, pero las características esenciales que he esbozado siguen allí: el pórtico italiano, el bloque cuadrado de casa blanca, más antiguo por dentro que por fuera, el parque con su franja de bosques y el lago. El único rasgo que distinguía la casa de una veintena de otras ha desaparecido. Al mirarla desde el parque, se

veía a la derecha un gran y viejo fresno que crecía a menos de media docena de metros del muro, y que casi o del todo tocaba el edificio con sus ramas. Supongo que había estado allí desde que Castringham dejó de ser un lugar fortificado, y desde que el foso fue rellenado y se construyó la vivienda isabelina. En cualquier caso, había alcanzado casi sus dimensiones completas en el año 1690.

En ese año, el distrito en el que se encuentra la mansión fue escenario de varios juicios por brujería. Pasaré mucho tiempo, creo, antes de que llegemos a una estimación justa de la cantidad de razón sólida —si es que la hubo— que subyacía en el miedo universal a las brujas en los viejos tiempos. Si las personas acusadas de este delito realmente imaginaban que poseían un poder inusual de algún tipo; o si tenían la voluntad, al menos, si no el poder, de hacer daño a sus vecinos; o si todas las confesiones, de las que hay tantas, fueron extorsionadas por la mera crueldad de los cazadores de brujas; estas son preguntas que, me parece, aún no están resueltas. Y la presente narración me hace dudar. No puedo descartarla por completo como mera invención. El lector debe juzgar por sí mismo.

Castringham contribuyó con una víctima al auto de fe. Su nombre era señora Mothersole, y se diferenciaba de la bruja de pueblo común solo en que era algo más acomodada y ocupaba una posición más influyente. Varios granjeros reputados de la parroquia hicieron esfuerzos por salvarla. Hicieron todo lo posible por testificar sobre su carácter y mostraron una considerable ansiedad por el veredicto del jurado.

Pero lo que parece haber sido fatal para la mujer fue el testimonio del entonces propietario de Castringham Hall, Sir Matthew Fell. Declaró haberla observado en tres ocasiones diferentes desde su ventana, en luna llena, recogiendo ramitas «del fresno cercano a mi casa». Se había subido a las ramas, vestida solo con su camisón, y estaba cortando pequeñas ramitas con un cuchillo peculiarmente curvado, y mientras lo hacía parecía hablar sola. En cada ocasión, Sir Matthew había hecho todo lo posible por capturar a la mujer, pero

ella siempre se había alarmado por algún ruido accidental que él había hecho, y todo lo que pudo ver cuando bajó al jardín fue una liebre corriendo por el sendero en dirección al pueblo.

La tercera noche se había tomado la molestia de seguirla a toda velocidad, y había ido directamente a la casa de la señora Mothersole; pero tuvo que esperar un cuarto de hora golpeando su puerta, y entonces ella había salido muy malhumorada y, al parecer, muy somnolienta, como si acabara de levantarse de la cama; y él no tenía una buena explicación que ofrecer para su visita.

Principalmente sobre esta evidencia, aunque hubo muchas más de un tipo menos llamativo e inusual de otros feligreses, la señora Mothersole fue declarada culpable y condenada a muerte. Fue ahorcada una semana después del juicio, con otras cinco o seis criaturas desdichadas, en Bury St Edmunds.

Sir Matthew Fell, entonces sub-sheriff, estuvo presente en la ejecución. Era una mañana húmeda y lluviosa de marzo cuando el carro subió por la áspera colina de hierba a las afueras de Northgate, donde se alzaba la horca. Las otras víctimas estaban apáticas o abatidas por la miseria; pero la señora Mothersole era, tanto en la vida como en la muerte, de un temperamento muy diferente. Su «rabia venenosa», como la describe un reportero de la época, «obró de tal manera sobre los espectadores —sí, incluso sobre el verdugo— que todos los que la vieron afirmaron constantemente que presentaba el aspecto vivo de un diablo enloquecido. Sin embargo, no ofreció resistencia a los oficiales de la ley; solamente miró a los que le pusieron las manos encima con un aspecto tan funesto y venenoso que —como uno de ellos me aseguró después— el mero pensamiento de ello le royó interiormente la mente durante seis meses».

Sin embargo, todo lo que se dice que dijo fueron las palabras aparentemente sin sentido: «Habrá invitados en la mansión». Las cuales repitió más de una vez en voz baja.

Sir Matthew Fell no quedó indiferente ante el comportamiento de la mujer. Tuvo alguna conversación sobre el asunto con el vicario de su parroquia, con quien viajó de regreso a casa después de que terminaran los asuntos del tribunal. Su testimonio en el juicio no lo había dado de muy buena gana; no estaba especialmente contagiado por la manía de cazar brujas, pero declaró, entonces y después, que no podía dar otra versión del asunto que la que había dado, y que no podía haberse equivocado en absoluto en lo que vio. Toda la transacción le había resultado repugnante, pues era un hombre al que le gustaba estar en buenos términos con los que le rodeaban; pero vio un deber que cumplir en este asunto, y lo había cumplido. Esa parece haber sido la esencia de sus sentimientos, y el vicario lo aplaudió, como cualquier hombre razonable habría hecho.

Unas semanas después, cuando la luna de mayo estaba en su plenitud, el vicario y el terrateniente se encontraron de nuevo en el parque y caminaron juntos hacia la mansión. Lady Fell estaba con su madre, que se encontraba peligrosamente enferma, y Sir Matthew estaba solo en casa; así que el vicario, el señor Crome, fue fácilmente persuadido para tomar una cena tardía en la mansión.

Sir Matthew no fue muy buena compañía esa noche. La conversación versó principalmente sobre asuntos familiares y parroquiales, y, por azares del destino, Sir Matthew hizo un memorando por escrito de ciertos deseos o intenciones suyas con respecto a sus propiedades, que después resultó sumamente útil.

Cuando el señor Crome pensó en partir hacia su casa, alrededor de las nueve y media, Sir Matthew y él dieron un paseo preliminar por el sendero de grava en la parte trasera de la casa. El único incidente que llamó la atención del señor Crome fue este: estaban a la vista del fresno que describí como creciente cerca de las ventanas del edificio, cuando Sir Matthew se detuvo y dijo:

—¿Qué es eso que sube y baja por el tronco del fresno? No será una ardilla, ¿verdad? Ya estarán todas en sus nidos.

El vicario miró y vio a la criatura en movimiento, pero no pudo distinguir su color a la luz de la luna. El contorno nítido, sin embargo, visto por un instante, quedó grabado en su cerebro, y podría haber jurado, dijo, aunque sonara tonto, que, ardilla o no, tenía más de cuatro patas.

Aun así, no se pudo sacar mucho de la visión momentánea, y los dos hombres se separaron. Puede que se hayan vuelto a encontrar desde entonces, pero no fue hasta veinte años después.

Al día siguiente, Sir Matthew Fell no bajó a las seis de la mañana, como era su costumbre, ni a las siete, ni tampoco a las ocho. Ante esto, los criados fueron y llamaron a la puerta de su aposento. No necesito prolongar la descripción de sus ansiosas escuchas y renovados golpes en los paneles. La puerta fue abierta finalmente desde el exterior, y encontraron a su amo muerto y negro. Eso ya lo habrán adivinado. Que hubiera marcas de violencia no pareció evidente en ese momento; pero la ventana estaba abierta.

Uno de los hombres fue a buscar al párroco, y luego, por indicación de este, cabalgó para dar aviso al forense. El propio señor Crome fue tan rápido como pudo a la mansión, y fue conducido a la habitación donde yacía el muerto. Ha dejado algunas notas entre sus papeles que muestran cuán genuino era el respeto y el dolor que se sentía por Sir Matthew, y también hay este pasaje, que transcribo por la luz que arroja sobre el curso de los acontecimientos, y también sobre las creencias comunes de la época:

«No había ni el más mínimo rastro de que se hubiera forzado la entrada a la cámara; pero la ventana estaba abierta, como mi pobre amigo siempre la tenía en esta estación. Tomaba su bebida vespertina de cerveza ligera en un recipiente de plata de aproximadamente una pinta de medida, y esta noche no la había terminado. Esta bebida fue examinada por el médico de Bury, un tal señor Hodgkins, quien no pudo, sin embargo, como declaró después bajo juramento ante la investigación del forense, descubrir que hubiera en ella ninguna materia de tipo venenoso. Pues, como era natural, ante la gran hinchazón y negrura del cadáver, se habló entre

los vecinos de veneno. El cuerpo estaba muy desordenado tal como yacía en la cama, retorcido de una manera tan extrema que daba una conjetura demasiado probable de que mi digno amigo y patrón había expirado con gran dolor y agonía. Y lo que aún no se ha explicado, y para mí es argumento de algún designio horrible y artero en los perpetradores de este bárbaro asesinato, fue esto: que las mujeres a las que se confió el amortajamiento y lavado del cadáver, siendo ambas personas serias y muy respetadas en su luctuosa profesión, vinieron a mí con gran dolor y angustia tanto de mente como de cuerpo, diciendo, lo que en efecto se confirmó a primera vista, que tan pronto como tocaron el pecho del cadáver con sus manos desnudas, sintieron un dolor y una punzada más que ordinariamente violentos en las palmas, las cuales, junto con todo su antebrazo, en no mucho tiempo se hincharon tan desmesuradamente, continuando el dolor, que, como se demostró después, durante muchas semanas se vieron obligadas a abandonar el ejercicio de su oficio; y sin embargo, no se veía ninguna marca en la piel.

»Al oír esto, mandé llamar al médico, que todavía estaba en la casa, y realizamos una prueba tan cuidadosa como pudimos con la ayuda de una pequeña lente de aumento de cristal sobre el estado de la piel en esta parte del cuerpo; pero no pudimos detectar con el instrumento que teníamos ninguna materia de importancia más allá de un par de pequeñas punciones o pinchazos, que entonces concluimos eran los puntos por los que el veneno podría haber sido introducido, recordando aquel anillo del Papa Borgia, con otros especímenes conocidos del horrible arte de los envenenadores italianos del siglo pasado.

»Tanto hay que decir de los síntomas vistos en el cadáver. En cuanto a lo que he de añadir, es meramente mi propio experimento, y debe dejarse a la posteridad juzgar si hay algo de valor en él. Había sobre la mesa, junto a la cama, una Biblia de pequeño tamaño, en la que mi amigo —puntual tanto en asuntos de menor momento como en este más importante— solía leer diariamente, por la noche y al levantarse, una porción establecida. Y yo, tomándola —

no sin una lágrima debidamente pagada a aquel que del estudio de esta pobre prefiguración había pasado ahora a la contemplación de su gran Original—, se me ocurrió, como en tales momentos de impotencia somos propensos a aferrarnos a cualquier mínimo destello que prometa luz, hacer la prueba de esa vieja y por muchos considerada supersticiosa práctica de echar las suertes; de la cual un ejemplo principal, en el caso de su difunta Sagrada Majestad el Bendito Mártir Rey Carlos y mi Lord Falkland, era ahora muy comentado. Debo admitir que con mi prueba no obtuve mucha ayuda; sin embargo, como la causa y el origen de estos terribles sucesos podrán ser investigados en el futuro, anoto los resultados, por si se descubriera que señalaron el verdadero origen del mal a una inteligencia más rápida que la mía.

»Hice, pues, tres pruebas, abriendo el libro y colocando mi dedo sobre ciertas palabras: lo que en la primera dio estas palabras, de Lucas xiii. 7, Córdalo ; en la segunda, Isaías xiii. 20, Nunca más será habitada ; y en el tercer experimento, Job xxxix. 30, Sus crías también chupan la sangre .»

Esto es todo lo que necesita ser citado de los papeles del señor Crome. Sir Matthew Fell fue debidamente enterrado y puesto en la tierra, y su sermón fúnebre, predicado por el señor Crome el domingo siguiente, ha sido impreso bajo el título de La vía inescrutable; o, el peligro de Inglaterra y las malignas acciones del Anticristo , siendo la opinión del vicario, así como la más comúnmente sostenida en la vecindad, que el terrateniente fue víctima de un recrudescimiento del Complot Papista.

Su hijo, Sir Matthew el segundo, sucedió en el título y las propiedades. Y así termina el primer acto de la tragedia de Castringham. Es de mencionar, aunque el hecho no es sorprendente, que el nuevo baronet no ocupó la habitación en la que había muerto su padre. Ni, de hecho, durmió en ella nadie más que algún visitante ocasional durante toda su ocupación. Murió en 1735, y no encuentro que nada particular marcara su reinado, salvo una curiosamente

constante mortalidad entre su ganado y animales en general, que mostraba una tendencia a aumentar ligeramente con el tiempo.

Aquellos que estén interesados en los detalles encontrarán un relato estadístico en una carta a la *Gentleman's Magazine* de 1772, que extrae los hechos de los propios papeles del baronet. Finalmente, le puso fin con un expediente muy simple: encerrar todas sus bestias en cobertizos por la noche y no tener ovejas en su parque. Pues había notado que nunca era atacado nada que pasara la noche bajo techo. Después de eso, el desorden se limitó a las aves silvestres y a los animales de caza. Pero como no tenemos una buena descripción de los síntomas, y como la vigilancia nocturna fue completamente improductiva de cualquier pista, no me detendré en lo que los granjeros de Suffolk llamaban la «enfermedad de Castringham».

El segundo Sir Matthew murió en 1735, como dije, y fue debidamente sucedido por su hijo, Sir Richard. Fue en su tiempo cuando se construyó el gran banco familiar en el lado norte de la iglesia parroquial. Tan grandes eran las ideas del terrateniente que varias de las tumbas de ese lado no consagrado del edificio tuvieron que ser removidas para satisfacer sus requerimientos. Entre ellas estaba la de la señora Mothersole, cuya posición se conocía con precisión gracias a una nota en un plano de la iglesia y el cementerio, ambos hechos por el señor Crome.

Se suscitó cierto interés en el pueblo cuando se supo que la famosa bruja, que todavía era recordada por unos pocos, iba a ser exhumada. Y el sentimiento de sorpresa, y de hecho de inquietud, fue muy fuerte cuando se descubrió que, aunque su ataúd estaba bastante sano y sin romper, no había rastro alguno en su interior de cuerpo, huesos o polvo. De hecho, es un fenómeno curioso, pues en la época de su entierro no se soñaba con cosas como los ladrones de cadáveres, y es difícil concebir un motivo racional para robar un cuerpo si no es para los usos de la sala de disección.

El incidente revivió por un tiempo todas las historias de juicios de brujas y de las hazañas de las brujas, latentes durante cuarenta

años, y las órdenes de Sir Richard de que el ataúd fuera quemado fueron consideradas por muchos como bastante temerarias, aunque se llevaron a cabo debidamente.

Sir Richard fue un innovador pestilente, es cierto. Antes de su tiempo, la mansión había sido un magnífico bloque del más mellow ladrillo rojo; pero Sir Richard había viajado por Italia y se había contagiado del gusto italiano, y, teniendo más dinero que sus predecesores, decidió dejar un palacio italiano donde había encontrado una casa inglesa. Así que estuco y sillar enmascararon el ladrillo; se plantaron algunos mármoles romanos mediocres en el vestíbulo y los jardines; se erigió una reproducción del templo de la Sibila en Tívoli en la orilla opuesta del lago; y Castringham adquirió un aspecto completamente nuevo y, debo decir, menos atractivo. Pero fue muy admirado y sirvió de modelo a muchos de los terratenientes vecinos en años posteriores.

Una mañana (fue en 1754), Sir Richard se despertó después de una noche de malestar. Había hecho viento, y su chimenea había humeado persistentemente, y sin embargo hacía tanto frío que debía mantener el fuego encendido. También algo había traqueteado tanto en la ventana que ningún hombre podía tener un momento de paz. Además, tenía la perspectiva de que varios invitados de posición llegaran en el transcurso del día, quienes esperarían algún tipo de deporte, y las incursiones de la enfermedad (que continuaba entre su caza) habían sido últimamente tan graves que temía por su reputación como conservador de caza. Pero lo que realmente le afectaba más de cerca era el otro asunto de su noche de insomnio. Ciertamente no podría volver a dormir en esa habitación.

Ese fue el tema principal de sus meditaciones en el desayuno, y después de él comenzó un examen sistemático de las habitaciones para ver cuál se ajustaba mejor a sus ideas. Pasó mucho tiempo antes de que encontrara una. Esta tenía una ventana con orientación este y aquella con orientación norte; por esta puerta los criados pasarían constantemente, y no le gustaba el lecho de aquella. No, debía tener una habitación con vistas al oeste, para que el sol no lo

despertara temprano, y debía estar alejada del ajetreo de la casa. El ama de llaves estaba al límite de sus recursos.

—Bueno, Sir Richard —dijo ella—, sabe usted que solo hay una habitación así en la casa.

—¿Cuál puede ser esa? —dijo Sir Richard.

—Y esa es la de Sir Matthew, la Cámara Oeste.

—Bueno, póngame allí, pues allí yaceré esta noche —dijo su amo—. ¿Por dónde se va? Por aquí, seguro; —y se apresuró a salir.

—Oh, Sir Richard, pero nadie ha dormido allí en cuarenta años. Apenas se ha cambiado el aire desde que Sir Matthew murió allí.

Así habló ella, y corrió tras él con un susurro de faldas.

—Vamos, abra la puerta, señora Chiddock. Veré la cámara, al menos.

Así que se abrió, y, en efecto, el olor era muy cerrado y terroso. Sir Richard cruzó hacia la ventana y, con impaciencia, como era su costumbre, abrió de golpe las contraventanas y la ventana de par en par. Pues este extremo de la casa era uno que las reformas apenas habían tocado, cubierto como estaba por el gran fresno, y oculto a la vista por lo demás.

—Airéela, señora Chiddock, todo el día, y traslade los muebles de mi cama por la tarde. Ponga al obispo de Kilmore en mi antigua habitación.

—Con su permiso, Sir Richard —dijo una nueva voz, interrumpiendo este discurso—, ¿podría tener el favor de una entrevista de un momento?

Sir Richard se dio la vuelta y vio a un hombre de negro en el umbral, que hizo una reverencia.

—Debo pedirle indulgencia por esta intrusión, Sir Richard. Quizás apenas me recuerde. Mi nombre es William Crome, y mi abuelo fue vicario aquí en tiempos de su abuelo.

—Bueno, señor —dijo Sir Richard—, el nombre de Crome es siempre un pasaporte para Castringham. Me alegra renovar una amistad de dos generaciones. ¿En qué puedo servirle? Pues su hora de visita —y, si no me equivoco, su porte— muestra que tiene cierta prisa.

—No es más que la verdad, señor. Cabalgo de Norwich a Bury St Edmunds con toda la prisa que puedo, y he hecho una parada en mi camino para dejarle unos papeles que acabamos de encontrar al revisar lo que mi abuelo dejó a su muerte. Se cree que podría encontrar en ellos algunos asuntos de interés familiar.

—Es usted muy amable, señor Crome, y, si tiene la bondad de seguirme al salón y beber una copa de vino, echaremos un primer vistazo a esos papeles juntos. Y usted, señora Chiddock, como dije, ocúpese de airear esta cámara... Sí, aquí es donde murió mi abuelo... Sí, el árbol, quizás, hace que el lugar sea un poco húmedo... No, no deseo escuchar más. No ponga dificultades, se lo ruego. Tiene sus órdenes, váyase. ¿Me sigue, señor?

Fueron al estudio. El paquete que el joven señor Crome había traído —acababa de convertirse en miembro del Clare Hall en Cambridge, debo decir, y posteriormente publicó una respetable edición de Polieno— contenía, entre otras cosas, las notas que el viejo vicario había tomado con motivo de la muerte de Sir Matthew Fell. Y por primera vez, Sir Richard se enfrentó a las enigmáticas Sortes Biblicæ que han oído. Le divirtieron bastante.

—Bueno —dijo—, la Biblia de mi abuelo dio un consejo prudente: Córtalo . Si eso se refiere al fresno, puede estar seguro de que no lo descuidaré. Nunca se ha visto semejante nido de catarros y fiebres.

El salón contenía los libros de la familia, que, a la espera de la llegada de una colección que Sir Richard había hecho en Italia y de la construcción de una habitación adecuada para recibirlos, no eran muchos.

Sir Richard levantó la vista del papel hacia la estantería.

—Me pregunto —dice— si el viejo profeta seguirá ahí. Me parece verlo.

Cruzando la habitación, sacó una Biblia regordeta que, efectivamente, llevaba en la guarda la inscripción: «A Matthew Fell, de su afectuosa madrina, Anne Aldous, 2 de septiembre de 1659».

—No sería mala idea ponerlo a prueba de nuevo, señor Crome. Apostaría a que sacamos un par de nombres de las Crónicas. ¡Hum! ¿Qué tenemos aquí? «Me buscarás por la mañana, y ya no estaré». ¡Vaya, vaya! Su abuelo habría hecho un buen augurio de eso, ¿eh? ¡No más profetas para mí! Todos van a una. Y ahora, señor Crome, le estoy infinitamente agradecido por su paquete. Temo que esté impaciente por continuar. Permítame, por favor... otra copa.

Así, con ofrecimientos de hospitalidad, que eran genuinos (pues Sir Richard tenía buena opinión del porte y los modales del joven), se despidieron.

Por la tarde llegaron los invitados: el obispo de Kilmore, Lady Mary Hervey, Sir William Kentfield, etc. Cena a las cinco, vino, cartas, cena tardía y dispersión a las camas.

A la mañana siguiente, Sir Richard no está dispuesto a tomar su escopeta con el resto. Habla con el obispo de Kilmore. Este prelado, a diferencia de muchos de los obispos irlandeses de su época, había visitado su diócesis y, de hecho, había residido allí durante un tiempo considerable. Esta mañana, mientras los dos caminaban por la terraza y hablaban de las reformas y mejoras en la casa, el obispo dijo, señalando la ventana de la Habitación Oeste:

—Nunca conseguiría que uno de mis feligreses irlandeses ocupara esa habitación, Sir Richard.

—¿Por qué es eso, mi señor? Es, de hecho, la mía.

—Bueno, nuestros campesinos irlandeses siempre sostienen que trae la peor de las suertes dormir cerca de un fresno, y usted tiene un magnífico fresno a no más de dos metros de la ventana de su cámara. Quizás —continuó el obispo, con una sonrisa— ya le ha

dado un toque de su cualidad, pues no parece, si se me permite decirlo, tan fresco después de su noche de descanso como a sus amigos les gustaría verlo.

—Eso, o alguna otra cosa, es cierto, me costó el sueño de las doce a las cuatro, mi señor. Pero el árbol se va a talar mañana, así que no oiré mucho más de él.

—Aplaudo su determinación. Difícilmente puede ser saludable tener el aire que se respira filtrado, por así decirlo, a través de todo ese follaje.

—Su señoría tiene razón en eso, creo. Pero no tenía la ventana abierta anoche. Fue más bien el ruido que hubo —sin duda de las ramitas rozando el cristal— lo que me mantuvo con los ojos abiertos.

—No creo que pueda ser eso, Sir Richard. Aquí, lo ve desde este punto. Ninguna de estas ramas más cercanas puede siquiera tocar su ventana a menos que hubiera un vendaval, y no hubo nada de eso anoche. Pasan a un pie de los cristales.

—No, señor, es cierto. ¿Qué será entonces, me pregunto, lo que arañó y susurró tanto... ay, y cubrió el polvo de mi alféizar con líneas y marcas?

Finalmente, acordaron que las ratas debían haber subido por la hiedra. Esa fue la idea del obispo, y Sir Richard la aceptó de inmediato.

Así pasó el día tranquilamente, y llegó la noche, y la compañía se dispersó a sus habitaciones, y desearon a Sir Richard una mejor noche.

Y ahora estamos en su dormitorio, con la luz apagada y el terrateniente en la cama. La habitación está sobre la cocina, y la noche afuera es tranquila y cálida, así que la ventana está abierta.

Hay muy poca luz alrededor de la cama, pero hay un extraño movimiento allí; parece como si Sir Richard estuviera moviendo la cabeza rápidamente de un lado a otro con solo el más mínimo sonido posible. Y ahora adivinarías, tan engañosa es la penumbra,

que tiene varias cabezas, redondas y parduscas, que se mueven hacia adelante y hacia atrás, incluso tan abajo como su pecho. Es una ilusión horrible. ¿No es nada más? ¡Ahí! algo cae de la cama con un suave golpe, como un gatito, y sale por la ventana en un instante; otro... cuatro... y después de eso vuelve a haber quietud.

«Me buscarás por la mañana, y ya no estaré».

Como con Sir Matthew, así con Sir Richard: imuerto y negro en su cama!

Un grupo pálido y silencioso de invitados y sirvientes se reunió bajo la ventana cuando se supo la noticia. Envenenadores italianos, emisarios papistas, aire infectado... todas estas y más conjeturas se aventuraron, y el obispo de Kilmore miró el árbol, en la horquilla de cuyas ramas inferiores un gato blanco estaba agazapado, mirando hacia el hueco que los años habían carcomido en el tronco. Observaba algo dentro del árbol con gran interés.

De repente, se levantó y se asomó al agujero. Entonces, un trozo del borde sobre el que estaba cedió, y se deslizó hacia adentro. Todos levantaron la vista al oír el ruido de la caída.

La mayoría de nosotros sabe que un gato puede llorar; pero pocos de nosotros hemos oído, espero, un alarido como el que salió del tronco del gran fresno. Hubo dos o tres gritos —los testigos no están seguros de cuántos— y luego un ruido leve y ahogado de alguna conmoción o lucha fue todo lo que se oyó. Pero Lady Mary Hervey se desmayó por completo, y el ama de llaves se tapó los oídos y huyó hasta que cayó en la terraza.

El obispo de Kilmore y Sir William Kentfield se quedaron. Sin embargo, incluso ellos se sintieron intimidados, aunque solo fuera por el grito de un gato; y Sir William tragó saliva una o dos veces antes de poder decir:

—Hay algo más de lo que sabemos en ese árbol, mi señor. Estoy a favor de una búsqueda inmediata.

Y así se acordó. Se trajo una escalera, y uno de los jardineros subió y, mirando hacia el hueco, no pudo detectar nada más que unos tenues indicios de algo que se movía. Consiguieron una linterna y la bajaron con una cuerda.

—Debemos llegar al fondo de esto. Doy mi vida por ello, mi señor, pero el secreto de estas terribles muertes está ahí.

Subió de nuevo el jardinero con la linterna, y la bajó por el agujero con cautela. Vieron la luz amarilla en su rostro mientras se inclinaba, y vieron su rostro golpeado por un terror y una aversión increíbles antes de que gritara con una voz espantosa y cayera hacia atrás de la escalera —donde, afortunadamente, fue atrapado por dos de los hombres—, dejando caer la linterna dentro del árbol.

Estaba desmayado, y pasó algún tiempo antes de que se le pudiera sacar alguna palabra.

Para entonces tenían otra cosa que mirar. La linterna debió de romperse en el fondo, y la luz que contenía prendió en hojas secas y basura que había allí, pues en pocos minutos comenzó a salir un humo denso, y luego llamas; y, para abreviar, el árbol estaba en llamas.

Los espectadores formaron un círculo a varios metros de distancia, y Sir William y el obispo enviaron a hombres a buscar las armas y herramientas que pudieran; pues, claramente, lo que fuera que usara el árbol como su guarida sería forzado a salir por el fuego.

Y así fue. Primero, en la horquilla, vieron un cuerpo redondo cubierto de fuego —del tamaño de la cabeza de un hombre— aparecer muy de repente, luego parecer colapsar y caer hacia atrás. Esto, cinco o seis veces; luego una bola similar saltó en el aire y cayó sobre la hierba, donde después de un momento yació inmóvil. El obispo se acercó tanto como se atrevió y vio... ¡qué sino los restos de una araña enorme, venosa y chamuscada! Y, a medida que el fuego ardía más abajo, cuerpos más terribles como este comenzaron a brotar del tronco, y se vio que estaban cubiertos de un pelo grisáceo.

Todo ese día el fresno ardió, y hasta que se deshizo en pedazos los hombres permanecieron a su alrededor, y de vez en cuando mataban a las bestias mientras salían disparadas. Finalmente, hubo un largo intervalo en el que no apareció ninguna, y se acercaron cautelosamente y examinaron las raíces del árbol.

«Encontraron», dice el obispo de Kilmore, «debajo de él un lugar hueco y redondeado en la tierra, en el que había dos o tres cuerpos de estas criaturas que claramente habían sido asfixiadas por el humo; y, lo que para mí es más curioso, al lado de esta guarida, contra el muro, estaba agazapada la anatomía o esqueleto de un ser humano, con la piel seca sobre los huesos, con algunos restos de pelo negro, que fue declarado por quienes lo examinaron como indudablemente el cuerpo de una mujer, y claramente muerta desde hacía un período de cincuenta años».

## NÚMERO 13

Entre las ciudades de Jutlandia, Viborg ocupa con justicia un lugar destacado. Es sede de un obispado; tiene una catedral hermosa pero casi enteramente nueva, un jardín encantador, un lago de gran belleza y muchas cigüeñas. Cerca de allí se encuentra Hald, considerado una de las cosas más bonitas de Dinamarca; y muy próximo está Finderup, donde Marsk Stig asesinó al rey Erik Glipping el día de Santa Cecilia, en el año 1286. Cincuenta y seis golpes de mazas de hierro de cabeza cuadrada se encontraron en el cráneo de Erik cuando se abrió su tumba en el siglo XVII. Pero no estoy escribiendo una guía de viajes.

Hay buenos hoteles en Viborg —el Preisler y el Phœnix son todo lo que se puede desear—. Pero mi primo, cuyas experiencias he de contarles ahora, se alojó en el León de Oro la primera vez que visitó Viborg. No ha vuelto allí desde entonces, y las siguientes páginas quizás expliquen la razón de su abstención.

El León de Oro es una de las poquísimas casas de la ciudad que no fueron destruidas en el gran incendio de 1726, que prácticamente demolió la catedral, la Sognekirke, el Raadhuus y tantas otras cosas antiguas e interesantes. Es una gran casa de ladrillo rojo —es decir, la fachada es de ladrillo, con piñones escalonados en los hastiales y un texto sobre la puerta; pero el patio al que entra el ómnibus es de madera y yeso en blanco y negro.

El sol declinaba en los cielos cuando mi primo se acercó a la puerta, y la luz incidía de lleno en la imponente fachada de la casa. Quedó encantado con el aspecto anticuado del lugar, y se prometió una estancia completamente satisfactoria y entretenida en una posada tan típica de la vieja Jutlandia.

No eran negocios en el sentido ordinario de la palabra lo que había traído al señor Anderson a Viborg. Estaba inmerso en algunas investigaciones sobre la historia eclesiástica de Dinamarca, y había llegado a su conocimiento que en el Rigsarkiv de Viborg había documentos, salvados del incendio, relativos a los últimos días del catolicismo romano en el país. Se proponía, por tanto, pasar un tiempo considerable —quizás hasta una quincena o tres semanas— examinando y copiando estos documentos, y esperaba que el León de Oro pudiera darle una habitación de tamaño suficiente para servirle a la vez de dormitorio y de estudio. Sus deseos fueron explicados al posadero y, tras pensarlo un poco, este último sugirió que quizás lo mejor sería que el caballero echara un vistazo a una o dos de las habitaciones más grandes y eligiera una para sí. Parecía una buena idea.

El último piso fue pronto rechazado por implicar demasiadas subidas de escaleras después de la jornada de trabajo; el segundo piso no contenía ninguna habitación de las dimensiones exactas

requeridas; pero en el primer piso había una elección entre dos o tres habitaciones que, en cuanto a tamaño, se ajustarían admirablemente.

El posadero estaba firmemente a favor del número 17, pero el señor Anderson señaló que sus ventanas solo daban al muro desnudo de la casa de al lado, y que sería muy oscuro por la tarde. El número 12 o el número 14 serían mejores, pues ambos daban a la calle, y la brillante luz de la tarde y la bonita vista le compensarían con creces el ruido adicional.

Finalmente, se eligió el número 12. Al igual que sus vecinas, tenía tres ventanas, todas en un lado de la habitación; era bastante alta e inusualmente larga. No había, por supuesto, chimenea, pero la estufa era elegante y bastante antigua —una estructura de hierro fundido, en cuyo costado había una representación de Abraham sacrificando a Isaac, y la inscripción «1 Bog Mose, Cap. 22» encima—. Nada más en la habitación era notable; el único cuadro interesante era un viejo grabado coloreado de la ciudad, de hacia 1820.

Se acercaba la hora de la cena, pero cuando Anderson, refrescado por las abluciones ordinarias, descendió la escalera, todavía faltaban unos minutos para que sonara la campana. Los dedicó a examinar la lista de sus compañeros de hospedaje. Como es habitual en Dinamarca, sus nombres estaban expuestos en una gran pizarra, dividida en columnas y filas, con los números de las habitaciones pintados al principio de cada fila. La lista no era emocionante. Había un abogado, o Sagfører, un alemán y algunos viajeros de comercio de Copenhague. El único punto que sugería algún motivo de reflexión era la ausencia de un número 13 en el recuento de las habitaciones, e incluso esto era algo que Anderson ya había notado media docena de veces en su experiencia con hoteles daneses. No pudo evitar preguntarse si la objeción a ese número en particular, tan común como es, estaba tan extendida y era tan fuerte como para dificultar el alquiler de una habitación así etiquetada, y resolvió preguntar al posadero si él y sus colegas de profesión se habían

encontrado realmente con muchos clientes que se negaran a alojarse en la decimotercera habitación.

No tuvo nada que contarme (estoy relatando la historia tal como la oí de él) sobre lo que pasó en la cena, y la noche, que pasó deshaciendo las maletas y ordenando su ropa, libros y papeles, no fue más memorable. Hacia las once, resolvió acostarse, pero para él, como para mucha otra gente hoy en día, un preliminar casi necesario para irse a la cama, si quería dormir, era leer unas pocas páginas impresas, y ahora recordó que el libro en particular que había estado leyendo en el tren, y que era el único que le satisfaría en ese preciso momento, estaba en el bolsillo de su abrigo, colgado entonces de una percha fuera del comedor.

Bajar corriendo a cogerlo fue obra de un momento y, como los pasillos no estaban en absoluto oscuros, no le fue difícil encontrar el camino de vuelta a su propia puerta. O eso pensaba él; pero cuando llegó y giró el pomo, la puerta se negó a abrir por completo, y oyó el sonido de un movimiento apresurado hacia ella desde dentro. Se había equivocado de puerta, por supuesto. ¿Estaba su habitación a la derecha o a la izquierda? Miró el número: era el 13. Su habitación estaría a la izquierda; y así era. Y no fue hasta que llevaba unos minutos en la cama, había leído sus acostumbradas tres o cuatro páginas de su libro, apagado la luz y se había dado la vuelta para dormir, cuando se le ocurrió que, mientras que en la pizarra del hotel no había habido un número 13, sin duda había una habitación numerada como 13 en el hotel. Sintió un poco de pena por no haberla elegido para sí. Quizás podría haberle hecho un pequeño servicio al posadero ocupándola, y haberle dado la oportunidad de decir que un caballero inglés de buena cuna había vivido en ella durante tres semanas y le había gustado mucho. Pero probablemente se usaba como habitación de servicio o algo por el estilo. Después de todo, lo más probable es que no fuera tan grande ni tan buena como la suya. Y miró somnolientamente la habitación, que era bastante perceptible en la penumbra de la farola de la calle. Era un efecto curioso, pensó. Las habitaciones suelen parecer más grandes en la penumbra que a plena luz, pero esta parecía haberse

contraído en longitud y haber crecido proporcionalmente en altura. Bueno, bueno, el sueño era más importante que estas vagas cavilaciones, y se durmió.

Al día siguiente de su llegada, Anderson acometió el Rigsarkiv de Viborg. Fue, como cabría esperar en Dinamarca, amablemente recibido, y el acceso a todo lo que deseaba ver se le facilitó al máximo. Los documentos que se le presentaron eran mucho más numerosos e interesantes de lo que había previsto. Además de los papeles oficiales, había un gran fajo de correspondencia relativa al obispo Jörgen Friis, el último católico romano que ocupó la sede, y en estos surgían muchos detalles divertidos y, como se suele decir, «íntimos» de la vida privada y el carácter individual. Se hablaba mucho de una casa propiedad del obispo, pero no habitada por él, en la ciudad. Su inquilino era, al parecer, un escándalo y un tropiezo para el partido reformista. Era una deshonra, escribían, para la ciudad; practicaba artes secretas y malvadas, y había vendido su alma al enemigo. Era propio de la grosera corrupción y superstición de la Iglesia babilónica que semejante víbora y sanguinario Troldmand fuera patrocinado y albergado por el obispo. El obispo afrontó estos reproches con audacia; protestó su propio aborrecimiento de todas esas cosas como las artes secretas, y exigió a sus antagonistas que llevaran el asunto ante el tribunal apropiado —por supuesto, el tribunal eclesiástico— y lo investigaran a fondo. Nadie podría estar más dispuesto y deseoso que él mismo de condenar a Mag Nicolas Francken si las pruebas demostraban que había sido culpable de alguno de los crímenes que se le imputaban informalmente.

Anderson no tuvo tiempo de hacer más que echar un vistazo a la siguiente carta del líder protestante, Rasmus Nielsen, antes de que se cerrara el archivo por ese día, pero dedujo su tenor general, que venía a decir que los hombres cristianos ya no estaban obligados por las decisiones de los obispos de Roma, y que el tribunal del obispo no era, ni podía ser, un tribunal apto o competente para juzgar una causa tan grave y de tanto peso.

Al salir de la oficina, el señor Anderson fue acompañado por el anciano caballero que la presidía y, mientras caminaban, la conversación giró muy naturalmente hacia los papeles de los que acabo de hablar.

El señor Scavenius, el archivista de Viborg, aunque muy bien informado sobre el contenido general de los documentos a su cargo, no era un especialista en los del período de la Reforma. Estaba muy interesado en lo que Anderson tenía que contarle sobre ellos. Esperaba con gran placer, dijo, ver la publicación en la que el señor Anderson hablaba de plasmar su contenido. —Esta casa del obispo Friis —añadió— es un gran enigma para mí dónde pudo haber estado. He estudiado cuidadosamente la topografía de la antigua Viborg, pero es de lo más desafortunado: del antiguo catastro de las propiedades del obispo que se hizo en 1560, y del que tenemos la mayor parte en el Arkiv , falta precisamente el fragmento que tenía la lista de las propiedades de la ciudad. No importa. Quizás algún día logre encontrarla.

Después de hacer algo de ejercicio —no recuerdo exactamente cómo ni dónde—, Anderson regresó al León de Oro, a su cena, a su solitario y a su cama. De camino a su habitación, se le ocurrió que había olvidado hablar con el posadero sobre la omisión del número 13 en el tablero del hotel, y también que sería mejor asegurarse de que el número 13 existía realmente antes de hacer cualquier referencia al asunto.

La decisión no fue difícil de tomar. Allí estaba la puerta con su número, tan claro como el agua, y evidentemente se estaba realizando algún tipo de trabajo en su interior, pues al acercarse a la puerta pudo oír pasos y voces, o una voz, dentro. Durante los pocos segundos en que se detuvo para asegurarse del número, los pasos cesaron, aparentemente muy cerca de la puerta, y se sobresaltó un poco al oír una rápida respiración sibilante, como de una persona en fuerte excitación. Continuó hacia su propia habitación, y de nuevo le sorprendió lo mucho más pequeña que parecía ahora de lo que le había parecido cuando la eligió. Fue una ligera decepción, pero solo

ligera. Si realmente la encontraba no lo suficientemente grande, podría cambiarse muy fácilmente a otra. Mientras tanto, quería algo —si no recuerdo mal, era un pañuelo— de su maleta, que había sido colocada por el mozo sobre un caballete o taburete muy inadecuado contra la pared, en el extremo más alejado de la habitación desde su cama. Aquí ocurrió algo muy curioso: la maleta no se veía. Había sido movida por criados oficiosos; sin duda, el contenido había sido puesto en el armario. No, nada de eso estaba allí. Esto era fastidioso. Descartó de inmediato la idea de un robo. Tales cosas rara vez ocurren en Dinamarca, pero ciertamente se había cometido alguna estupidez (lo cual no es tan infrecuente), y habría que hablarle seriamente a la stuepige. Fuera lo que fuera lo que quería, no era tan necesario para su comodidad como para no poder esperar hasta la mañana, y por lo tanto decidió no tocar la campanilla y molestar a los criados. Fue a la ventana —la ventana de la derecha— y miró a la calle tranquila. Había un edificio alto enfrente, con grandes extensiones de pared desnuda; ningún transeúnte; una noche oscura; y muy poco que ver de ninguna clase.

La luz estaba detrás de él, y podía ver su propia sombra claramente proyectada en la pared de enfrente. También la sombra del hombre barbudo del número 11, a la izquierda, que pasó de un lado a otro en mangas de camisa una o dos veces, y se le vio primero cepillándose el pelo y más tarde en camisón. También la sombra del ocupante del número 13, a la derecha. Esto podría ser más interesante. El número 13 estaba, como él, apoyado en los codos en el alféizar de la ventana, mirando a la calle. Parecía ser un hombre alto y delgado —¿o era por casualidad una mujer?—; al menos, era alguien que se cubría la cabeza con algún tipo de paño antes de acostarse y, pensó, debía de poseer una pantalla de lámpara roja, y la lámpara debía de parpadear mucho. Había un claro juego de sube y baja de una luz roja y apagada en la pared de enfrente. Se asomó un poco para ver si podía distinguir algo más de la figura, pero más allá de un pliegue de algún material ligero, quizás blanco, en el alféizar de la ventana, no pudo ver nada.

Ahora se oyó un paso lejano en la calle, y su aproximación pareció devolver al número 13 a la conciencia de su posición expuesta, pues muy rápida y súbitamente se apartó de la ventana, y su luz roja se apagó. Anderson, que había estado fumando un cigarrillo, dejó la colilla en el alféizar de la ventana y se fue a la cama.

A la mañana siguiente fue despertado por la stuepige con agua caliente, etc. Se desperezó y, después de pensar en las palabras danesas correctas, dijo tan claramente como pudo:

—No debe mover mi maleta. ¿Dónde está?

Como no es infrecuente, la criada se rió y se fue sin dar una respuesta clara.

Anderson, bastante irritado, se sentó en la cama con la intención de llamarla de nuevo, pero se quedó sentado, mirando fijamente al frente. Allí estaba su maleta sobre su caballete, exactamente donde había visto al mozo ponerla cuando llegó por primera vez. Esto fue un rudo golpe para un hombre que se enorgullecía de su precisión de observación. Cómo pudo haberse escapado la noche anterior, no pretendía entenderlo; en cualquier caso, allí estaba ahora.

La luz del día mostró más que la maleta; dejó ver las verdaderas proporciones de la habitación con sus tres ventanas, y satisfizo a su inquilino de que su elección, después de todo, no había sido mala. Cuando estaba casi vestido, se acercó a la del medio de las tres ventanas para mirar el tiempo que hacía. Otro sobresalto le esperaba. ¡Qué extrañamente poco observador debió de haber sido la noche anterior! Podría haber jurado diez veces que había estado fumando en la ventana de la derecha justo antes de acostarse, y aquí estaba su colilla en el alféizar de la ventana del medio.

Se dispuso a bajar a desayunar. Un poco tarde, pero el número 13 iba más tarde: aquí estaban sus botas todavía fuera de su puerta; unas botas de caballero. Así que el número 13 era un hombre, no una mujer. Justo entonces vio el número en la puerta. Era el 14. Pensó que debía de haber pasado el número 13 sin notarlo. Tres errores estúpidos en doce horas eran demasiado para un hombre

metódico y de mente precisa, así que se dio la vuelta para asegurarse. El número siguiente al 14 era el 12, su propia habitación. No había ningún número 13 en absoluto.

Después de algunos minutos dedicados a una cuidadosa consideración de todo lo que había comido y bebido durante las últimas veinticuatro horas, Anderson decidió abandonar la cuestión. Si sus ojos o su cerebro le estaban fallando, tendría muchas oportunidades para cerciorarse de ello; si no, entonces evidentemente estaba siendo objeto de una experiencia muy interesante. En cualquier caso, el desarrollo de los acontecimientos sin duda merecería la pena ser observado.

Durante el día continuó su examen de la correspondencia episcopal que ya he resumido. Para su decepción, estaba incompleta. Solo se pudo encontrar otra carta que se refiriera al asunto de Mag Nicolas Francken. Era del obispo Jörgen Friis a Rasmus Nielsen. Decía:

«Aunque no estamos en lo más mínimo inclinados a asentir a vuestro juicio concerniente a nuestro tribunal, y estaremos preparados, si fuera menester, a oponernos a vos hasta el extremo en ese respecto, sin embargo, por cuanto nuestro fiel y bienamado Mag Nicolas Francken, contra quien habéis osado alegar ciertas acusaciones falsas y maliciosas, ha sido súbitamente apartado de entre nosotros, es evidente que la cuestión por esta vez decae. Mas por cuanto además alegáis que el Apóstol y Evangelista San Juan en su celestial Apocalipsis describe a la Santa Iglesia Romana bajo la apariencia y símbolo de la Mujer Escarlata, séavos sabido...», etc.

Por más que buscó, Anderson no pudo encontrar ninguna secuela a esta carta ni ninguna pista sobre la causa o la manera de la «desaparición» del casus belli. Solo pudo suponer que Francken había muerto repentinamente; y como solo había dos días entre la fecha de la última carta de Nielsen —cuando Francken evidentemente todavía existía— y la de la carta del obispo, la muerte debió de haber sido completamente inesperada.

Por la tarde hizo una breve visita a Hald, y tomó el té en Baekkelund; y no pudo notar, aunque se encontraba en un estado de ánimo algo nervioso, que hubiera ninguna indicación de un fallo de la vista o del cerebro como sus experiencias de la mañana le habían hecho temer.

En la cena se encontró al lado del posadero.

—¿Cuál —le preguntó, después de alguna conversación indiferente— es la razón por la que en la mayoría de los hoteles que uno visita en este país se omite el número trece de la lista de habitaciones? Veo que aquí no tienen ninguna.

El posadero pareció divertido.

—¡Pensar que se haya fijado en algo así! Lo he pensado un par de veces yo mismo, a decir verdad. Un hombre educado, he dicho, no tiene por qué tener estas nociones supersticiosas. Yo mismo me crié aquí en la escuela superior de Viborg, y nuestro viejo maestro siempre fue un hombre que se oponía a cualquier cosa de ese tipo. Ya hace muchos años que murió; era un hombre bien plantado, y tan listo con las manos como con la cabeza. Recuerdo a los chicos, un día de nieve...

Aquí se sumergió en sus recuerdos.

—Entonces, ¿no cree que haya ninguna objeción particular a tener un número 13? —dijo Anderson.

—¡Ah, claro! Bueno, verá usted, mi pobre padre me enseñó el negocio. Primero tuvo un hotel en Aarhus, y luego, cuando nacimos, se mudó aquí a Viborg, que era su lugar de origen, y tuvo el Phoenix hasta que murió. Eso fue en 1876. Luego yo empecé mi negocio en Silkeborg, y justo el año pasado me mudé a esta casa.

Siguieron más detalles sobre el estado de la casa y el negocio cuando lo tomó.

—Y cuando vino aquí, ¿había un número 13?

—No, no. Iba a contarle sobre eso. Verá, en un lugar como este, la clase comercial —los viajeros— es a la que tenemos que atender en general. ¿Y meterlos en el número 13? ¡Vaya, preferirían dormir en la calle, o incluso antes! Por lo que a mí respecta, no me importaría un comino el número de mi habitación, y así se lo he dicho a menudo; pero ellos insisten en que les trae mala suerte. Tienen montones de historias entre ellos de hombres que han dormido en un número 13 y nunca han vuelto a ser los mismos, o han perdido a sus mejores clientes, o... una cosa y otra —dijo el posadero, después de buscar una frase más gráfica.

—Entonces, ¿para qué usa su número 13? —dijo Anderson, consciente mientras pronunciaba las palabras de una curiosa ansiedad bastante desproporcionada a la importancia de la pregunta.

—¿Mi número 13? ¡Pero si no le digo que no existe tal cosa en la casa! Pensé que se habría dado cuenta. Si lo hubiera, estaría al lado de su propia habitación.

—Bueno, sí; solo que se me ocurrió pensar... es decir, anoche me pareció haber visto una puerta con el número trece en ese pasillo; y, la verdad, estoy casi seguro de que debo de haber tenido razón, porque la vi también la noche anterior.

Por supuesto, Herr Kristensen se rio de esta idea, como Anderson había esperado, y enfatizó con mucha reiteración el hecho de que no existía ni había existido antes que él un número 13 en aquel hotel.

Anderson se sintió en cierto modo aliviado por su certeza, pero seguía perplejo, y empezó a pensar que la mejor manera de asegurarse de si realmente había sido objeto de una ilusión o no era invitar al posadero a su habitación a fumar un cigarro más tarde por la noche. Unas fotografías de ciudades inglesas que llevaba consigo constituían una excusa suficientemente buena.

Herr Kristensen se sintió halagado por la invitación y la aceptó de muy buen grado. Hacia las diez debía hacer su aparición, pero antes Anderson tenía algunas cartas que escribir, y se retiró con el

propósito de hacerlo. Casi se sonrojó al confesárselo a sí mismo, pero no pudo negar que era un hecho que se estaba poniendo bastante nervioso con la cuestión de la existencia del número 13; tanto que se acercó a su habitación por el lado del número 11, para no verse obligado a pasar por la puerta, o por el lugar donde debería estar la puerta. Miró rápida y sospechosamente la habitación al entrar, pero no había nada, más allá de ese aire indefinible de ser más pequeña de lo habitual, que justificara ningún recelo. No había duda sobre la presencia o ausencia de su maleta esta noche. Él mismo había vaciado su contenido y la había alojado debajo de su cama. Con un cierto esfuerzo, apartó el pensamiento del número 13 de su mente y se sentó a escribir.

Sus vecinos estaban bastante tranquilos. De vez en cuando se abría una puerta en el pasillo y se arrojaba un par de botas, o un viajante de comercio pasaba tarareando para sí, y afuera, de vez en cuando, un carro retumbaba sobre los atroces adoquines, o un paso rápido se apresuraba por las losas.

Anderson terminó sus cartas, pidió whisky con soda y luego fue a la ventana y estudió la pared desnuda de enfrente y las sombras sobre ella.

Por lo que podía recordar, el número 14 había sido ocupado por el abogado, un hombre formal que hablaba poco en las comidas, generalmente ocupado en estudiar un pequeño fajo de papeles junto a su plato. Aparentemente, sin embargo, tenía la costumbre de dar rienda suelta a sus instintos cuando estaba solo. ¿Por qué si no estaría bailando? La sombra de la habitación de al lado mostraba evidentemente que lo estaba. Una y otra vez su delgada figura cruzaba la ventana, sus brazos se agitaban y una pierna flaca se levantaba con sorprendente agilidad. Parecía estar descalzo, y el suelo debía de estar bien puesto, pues ningún sonido delataba sus movimientos. El Sagfører Herr Anders Jensen, bailando a las diez de la noche en una habitación de hotel, parecía un tema adecuado para una pintura histórica de gran estilo; y los pensamientos de

Anderson, como los de Emily en los «Misterios de Udolfo», comenzaron a «disponerse en las siguientes líneas»:

Cuando a mi hotel regreso yo,  
a las diez, hora puntual,  
el mozo cree que enfermo estoy;  
mas me es del todo igual.  
Pero al cerrar mi habitación  
y las botas dejar afuera,  
bailo sin parangón.  
Y aunque el vecino protestara  
con gran furor,  
yo seguiría en mi danza entera,  
pues conozco la ley, señor,  
y su queja no tiene valor.

Si el posadero no hubiera llamado a la puerta en ese momento, es probable que se hubiera presentado al lector un poema bastante largo. A juzgar por su expresión de sorpresa cuando se encontró en la habitación, Herr Kristensen quedó impresionado, como Anderson lo había estado, por algo inusual en su aspecto. Pero no hizo ningún comentario. Las fotografías de Anderson le interesaron enormemente y sirvieron de texto para muchos discursos autobiográficos. Tampoco está del todo claro cómo la conversación podría haberse desviado hacia el canal deseado del número 13, si no fuera porque el abogado en ese momento empezó a cantar, y a cantar de una manera que no podía dejar ninguna duda en la mente de nadie de que estaba o extremadamente borracho o completamente loco. Era una voz aguda y delgada la que oyeron, y parecía seca, como por un largo desuso. No se distinguían palabras ni melodía. Subía hasta una altura sorprendente y descendía con un gemido desesperado, como el de un viento de invierno en una

chimenea hueca, o un órgano cuyo fuelle falla de repente. Era un sonido realmente horrible, y Anderson sintió que si hubiera estado solo, habría huido en busca de refugio y compañía a la habitación de algún viajante de comercio vecino.

El posadero se quedó boquiabierto.

—No lo entiendo —dijo al fin, secándose la frente—. Es espantoso. Lo he oído una vez antes, pero estaba seguro de que era un gato.

—¿Está loco? —dijo Anderson.

—Debe de estarlo; ¡y qué cosa más triste! Un cliente tan bueno, además, y con tanto éxito en su negocio, por lo que oigo, y una familia joven que criar.

Justo en ese momento llamaron a la puerta con impaciencia, y el que llamaba entró sin esperar a que le invitaran. Era el abogado, en déshabillé y muy despeinado; y parecía muy enfadado.

—Le pido perdón, señor —dijo—, pero le estaría muy agradecido si tuviera la amabilidad de cesar...

Aquí se detuvo, pues era evidente que ninguna de las dos personas que tenía delante era responsable del alboroto; y tras un momento de calma, este volvió a estallar con más furia que antes.

—Pero, ¿qué demonios significa esto? —exclamó el abogado—. ¿Dónde está? ¿Quién es? ¿Me estoy volviendo loco?

—Seguramente, Herr Jensen, ¿proviene de su habitación de al lado? ¿No hay un gato o algo atascado en la chimenea?

Esto fue lo mejor que se le ocurrió decir a Anderson, y se dio cuenta de su inutilidad mientras hablaba; pero cualquier cosa era mejor que quedarse escuchando esa horrible voz y mirando el rostro ancho y blanco del posadero, todo sudoroso y tembloroso mientras se aferraba a los brazos de su silla.

—Imposible —dijo el abogado—, imposible. No hay chimenea. Vine aquí porque estaba convencido de que el ruido provenía de aquí. Ciertamente estaba en la habitación de al lado de la mía.

—¿No había una puerta entre la suya y la mía? —dijo Anderson con avidez.

—No, señor —dijo Herr Jensen, con bastante brusquedad—. Al menos, no esta mañana.

—¡Ah! —dijo Anderson—. ¿Y esta noche tampoco?

—No estoy seguro —dijo el abogado con cierta vacilación.

De repente, la voz que lloraba o cantaba en la habitación de al lado se apagó, y se oyó al cantante reír para sí mismo de una manera cantarina. Los tres hombres se estremecieron de verdad al oírlo. Luego hubo un silencio.

—Vamos —dijo el abogado—, ¿qué tiene que decir, Herr Kristensen? ¿Qué significa esto?

—¡Santo cielo! —dijo Kristensen—. ¡Cómo podría saberlo! No sé más que ustedes, caballeros. Ruego no volver a oír semejante ruido jamás.

—Y yo también —dijo Herr Jensen, y añadió algo en voz baja. Anderson creyó que sonaban como las últimas palabras del Salterio, «omnis spiritus laudet Dominum» , pero no pudo estar seguro.

—Pero debemos hacer algo —dijo Anderson—, los tres. ¿Vamos a investigar en la habitación de al lado?

—Pero esa es la habitación de Herr Jensen —gimió el posadero—. Es inútil; él mismo ha venido de allí.

—No estoy tan seguro —dijo Jensen—. Creo que este caballero tiene razón: debemos ir a ver.

Las únicas armas de defensa que se pudieron reunir en el acto fueron un bastón y un paraguas. La expedición salió al pasillo, no sin temblores. Afuera reinaba un silencio sepulcral, pero una luz brillaba por debajo de la puerta de al lado. Anderson y Jensen se acercaron. Este último giró el pomo y dio un empujón repentino y vigoroso. En vano. La puerta se mantuvo firme.

—Herr Kristensen —dijo Jensen—, ¿quiere ir a buscar al criado más fuerte que tenga en el lugar? Debemos llegar al fondo de esto.

El posadero asintió y se apresuró a salir, contento de alejarse del lugar de los hechos. Jensen y Anderson se quedaron fuera mirando la puerta.

—Es el número 13, como ve —dijo este último.

—Sí; ahí está su puerta, y ahí está la mía —dijo Jensen.

—Mi habitación tiene tres ventanas durante el día —dijo Anderson, reprimiendo con dificultad una risa nerviosa.

—¡Por Júpiter, la mía también! —dijo el abogado, volviéndose y mirando a Anderson. Ahora estaba de espaldas a la puerta. En ese momento la puerta se abrió, y un brazo salió y se aferró a su hombro. Estaba vestido con un lino andrajoso y amarillento, y la piel desnuda, donde se podía ver, tenía largos pelos grises.

Anderson llegó justo a tiempo para apartar a Jensen de su alcance con un grito de asco y espanto, cuando la puerta se cerró de nuevo y se oyó una risa ahogada.

Jensen no había visto nada, pero cuando Anderson le contó apresuradamente el riesgo que había corrido, entró en un gran estado de agitación y sugirió que se retiraran de la empresa y se encerraran en una u otra de sus habitaciones.

Sin embargo, mientras desarrollaba este plan, el posadero y dos hombres robustos llegaron al lugar, todos con aspecto bastante serio y alarmado. Jensen los recibió con un torrente de descripciones y explicaciones, que no contribuyeron en absoluto a animarlos para la refriega.

Los hombres soltaron las palanquetas que habían traído y dijeron rotundamente que no iban a arriesgar sus gargantas en esa guarida del diablo. El posadero estaba miserablemente nervioso e indeciso, consciente de que si no se enfrentaba al peligro su hotel estaba arruinado, y muy reacio a enfrentarlo él mismo. Por suerte, a

Anderson se le ocurrió una forma de reagrupar a la fuerza desmoralizada.

—¿Es este —dijo— el coraje danés del que tanto he oído hablar? No es un alemán el que está ahí dentro, y si lo fuera, somos cinco contra uno.

Los dos criados y Jensen se sintieron espoleados a la acción por esto, y se abalanzaron sobre la puerta.

—¡Alto! —dijo Anderson—. No pierdan la cabeza. Usted quédese aquí fuera con la luz, posadero, y uno de ustedes dos derribe la puerta, y no entre cuando ceda.

Los hombres asintieron, y el más joven se adelantó, levantó su palanqueta y asestó un golpe tremendo en el panel superior. El resultado no fue en absoluto el que ninguno de ellos esperaba. No hubo crujido ni desgarró de madera, solo un sonido sordo, como si se hubiera golpeado la pared maciza. El hombre dejó caer su herramienta con un grito y empezó a frotarse el codo. Su grito atrajo sus miradas hacia él por un momento; luego Anderson volvió a mirar la puerta. Había desaparecido; la pared de yeso del pasillo lo miraba fijamente, con una considerable brecha donde la palanqueta la había golpeado. El número 13 había dejado de existir.

Por un breve espacio de tiempo permanecieron perfectamente inmóviles, contemplando la pared desnuda. Se oyó cantar a un gallo madrugador en el patio de abajo; y mientras Anderson miraba en dirección al sonido, vio a través de la ventana al final del largo pasillo que el cielo del este palidecía con el alba.

—Quizás —dijo el posadero, con vacilación—, ¿les gustaría a ustedes, caballeros, otra habitación para esta noche, una con dos camas?

Ni Jensen ni Anderson se opusieron a la sugerencia. Se sentían inclinados a ir en pareja después de su reciente experiencia. Resultó conveniente que, cuando cada uno de ellos fue a su habitación a recoger los artículos que necesitaba para la noche, el otro lo

acompañara y sostuviera la vela. Notaron que tanto el número 12 como el 14 tenían tres ventanas.

A la mañana siguiente, el mismo grupo se reunió de nuevo en el número 12. El posadero estaba naturalmente ansioso por evitar contratar ayuda externa, y sin embargo era imperativo que se aclarara el misterio que rodeaba esa parte de la casa. En consecuencia, se había inducido a los dos criados a asumir la función de carpinteros. Se retiraron los muebles y, a costa de unas cuantas tablas irremediadamente dañadas, se levantó la parte del suelo más cercana al número 14.

Supondrán naturalmente que se descubrió un esqueleto, digamos el de Mag Nicolas Francken. No fue así. Lo que encontraron, yaciendo entre las vigas que sostenían el suelo, fue una pequeña caja de cobre. En ella había un documento de vitela cuidadosamente doblado, con unas veinte líneas de escritura. Tanto Anderson como Jensen (que resultó ser un tanto paleógrafo) se emocionaron mucho con este descubrimiento, que prometía ofrecer la clave de estos extraordinarios fenómenos.

Poseo una copia de una obra astrológica que nunca he leído. Tiene, a modo de frontispicio, un grabado en madera de Hans Sebald Beham, que representa a varios sabios sentados alrededor de una mesa. Este detalle puede permitir a los conocedores identificar el libro. Yo mismo no recuerdo su título, y no está en este momento a mi alcance; pero sus guardas están cubiertas de escritura y, durante los diez años que he poseído el volumen, no he podido determinar en qué sentido debe leerse esta escritura, y mucho menos en qué lengua está. No muy distinta era la posición de Anderson y Jensen después del prolongado examen al que sometieron el documento de la caja de cobre.

Después de dos días de contemplación, Jensen, que era el espíritu más audaz de los dos, se aventuró a conjeturar que el idioma era latín o danés antiguo.

Anderson no se aventuró a hacer ninguna suposición, y estuvo muy dispuesto a entregar la caja y el pergamino a la Sociedad Histórica de Viborg para que los colocaran en su museo.

Toda la historia me la contó él unos meses más tarde, mientras estábamos sentados en un bosque cerca de Upsala, después de una visita a la biblioteca de allí, donde nosotros —o, más bien, yo— nos habíamos leído del contrato por el cual Daniel Salthenius (más tarde profesor de hebreo en Königsberg) se vendió a Satanás. Anderson no estaba realmente divertido.

—¡Joven idiota! —dijo, refiriéndose a Salthenius, que solo era un estudiante de primer año cuando cometió esa indiscreción—, ¿cómo sabía él con qué compañía se estaba relacionando?

Y cuando sugerí las consideraciones habituales, solo gruñó. Esa misma tarde me contó lo que han leído; pero se negó a sacar ninguna conclusión de ello, y a asentir a ninguna de las que yo saqué por él.

## **EL CONDE MAGNUS**

Por qué medios llegaron a mis manos los papeles a partir de los cuales he elaborado una historia coherente es el último punto que el lector conocerá en estas páginas. Pero es necesario anteponer a mis extractos de ellos una declaración de la forma en que los poseo.

Consisten, pues, en parte, en una serie de recopilaciones para un libro de viajes, un volumen como los que eran un producto común en los años cuarenta y cincuenta. El Diario de una residencia en Jutlandia y las islas danesas de Horace Marryat es un buen ejemplo

de la clase a la que aludo. Estos libros solían tratar de algún distrito desconocido del continente. Estaban ilustrados con grabados en madera o planchas de acero. Daban detalles sobre el alojamiento en hoteles y los medios de comunicación, como los que ahora esperamos encontrar en cualquier guía de viajes bien regulada, y trataban en gran medida de conversaciones relatadas con extranjeros inteligentes, posaderos pintorescos y campesinos gárrulos. En una palabra, eran amenos.

Comenzados con la idea de proporcionar material para un libro de este tipo, mis papeles, a medida que avanzaban, asumieron el carácter de un registro de una única experiencia personal, y este registro se continuó hasta la víspera misma, casi, de su terminación.

El escritor era un tal señor Wraxall. Para mi conocimiento de él, tengo que depender enteramente de la evidencia que sus escritos proporcionan, y de estos deduzco que era un hombre de mediana edad, poseedor de algunos medios privados, y muy solo en el mundo. No tenía, al parecer, una residencia fija en Inglaterra, sino que era un habitante de hoteles y pensiones. Es probable que albergara la idea de establecerse en algún momento futuro que nunca llegó; y creo que también es probable que el incendio del Pantehnicon a principios de los setenta debió de destruir mucho de lo que habría arrojado luz sobre sus antecedentes, pues se refiere una o dos veces a propiedades suyas que estaban almacenadas en ese establecimiento.

Es evidente, además, que el señor Wraxall había publicado un libro, y que trataba de unas vacaciones que una vez tomó en Bretaña. Más que esto no puedo decir sobre su obra, porque una búsqueda diligente en obras bibliográficas me ha convencido de que debió de aparecer de forma anónima o bajo seudónimo.

En cuanto a su carácter, no es difícil formarse una opinión superficial. Debió de ser un hombre inteligente y culto. Parece que estuvo cerca de ser miembro de su colegio en Oxford —Brasenose, a juzgar por el Calendar—. Su defecto principal era, con bastante claridad, el de una excesiva curiosidad, posiblemente un buen

defecto en un viajero, ciertamente un defecto por el que este viajero pagó bastante caro al final.

En la que resultó ser su última expedición, estaba planeando otro libro. Escandinavia, una región no muy conocida por los ingleses hace cuarenta años, le había parecido un campo interesante. Debió de toparse con algunos libros antiguos de historia o memorias suecas, y se le ocurrió la idea de que había lugar para un libro que describiera los viajes por Suecia, intercalado con episodios de la historia de algunas de las grandes familias suecas. Consiguió, por tanto, cartas de presentación para algunas personas de calidad en Suecia, y partió hacia allí a principios del verano de 1863.

De sus viajes por el norte no es necesario hablar, ni de su residencia de algunas semanas en Estocolmo. Solo necesito mencionar que algún sabio residente allí le puso sobre la pista de una importante colección de papeles familiares pertenecientes a los propietarios de una antigua casa señorial en Vestergothland, y obtuvo para él permiso para examinarlos.

La casa señorial, o herrgård, en cuestión, se llamará Råbäck (pronunciado algo así como Roebeck), aunque ese no es su nombre. Es uno de los mejores edificios de su tipo en todo el país, y el grabado de ella en la Suecia antigua et moderna de Dahlenberg, grabado en 1694, la muestra muy parecida a como el turista puede verla hoy. Fue construida poco después de 1600 y es, a grandes rasgos, muy parecida a una casa inglesa de ese período en cuanto a material —ladrillo rojo con revestimientos de piedra— y estilo. El hombre que la construyó era un vástago de la gran casa de De la Gardie, y sus descendientes todavía la poseen. De la Gardie es el nombre con el que los designaré cuando sea necesario mencionarlos.

Recibieron al señor Wraxall con gran amabilidad y cortesía, y le insistieron en que se quedara en la casa mientras duraran sus investigaciones. Pero, prefiriendo ser independiente y desconfiando de su capacidad para conversar en sueco, se instaló en la posada del pueblo, que resultó ser bastante cómoda, al menos durante los

meses de verano. Este arreglo implicaría un corto paseo diario de ida y vuelta a la casa señorial de algo menos de una milla. La casa misma se encontraba en un parque, y estaba protegida —diríamos, invadida— por grandes árboles viejos. Cerca de ella se encontraba el jardín amurallado, y luego se entraba en un espeso bosque que bordeaba uno de los pequeños lagos que salpican todo el país. Luego venía el muro de la propiedad, y se subía por una colina empinada —un promontorio de roca ligeramente cubierto de tierra— y en la cima de este se alzaba la iglesia, cercada por altos y oscuros árboles. Era un edificio curioso para los ojos ingleses. La nave y las naves laterales eran bajas y estaban llenas de bancos y galerías. En la galería occidental se encontraba el hermoso órgano antiguo, alegremente pintado y con tubos de plata. El techo era plano y había sido adornado por un artista del siglo XVII con un extraño y espantoso «Juicio Final», lleno de llamas lívidas, ciudades en ruinas, barcos en llamas, almas que lloraban y demonios sonrientes y morenos. Hermosas coronas de latón colgaban del techo; el púlpito era como una casa de muñecas cubierta de pequeños querubines y santos de madera pintada; un soporte con tres relojes de arena estaba articulado al atril del predicador. Espectáculos como estos pueden verse en muchas iglesias de Suecia hoy en día, pero lo que distinguía a esta era una adición al edificio original. En el extremo oriental de la nave norte, el constructor de la casa señorial había erigido un mausoleo para él y su familia. Era un edificio octogonal bastante grande, iluminado por una serie de ventanas ovales, y tenía un techo abovedado, rematado por una especie de objeto con forma de calabaza que se elevaba en una aguja, una forma en la que los arquitectos suecos se deleitaban enormemente. El techo era de cobre por fuera y estaba pintado de negro, mientras que las paredes, al igual que las de la iglesia, eran de un blanco deslumbrante. A este mausoleo no se podía acceder desde la iglesia. Tenía un portal y escalones propios en el lado norte.

Más allá del cementerio pasa el camino hacia el pueblo, y no más de tres o cuatro minutos te llevan a la puerta de la posada.

El primer día de su estancia en Råbäck, el señor Wraxall encontró la puerta de la iglesia abierta, y tomó esas notas del interior que he resumido. Sin embargo, no pudo entrar en el mausoleo. Mirando por el ojo de la cerradura, apenas pudo discernir que había hermosas efigies de mármol y sarcófagos de cobre, y una gran cantidad de ornamentos heráldicos, lo que le hizo desear enormemente pasar algún tiempo investigando.

Los papeles que había venido a examinar en la casa señorial resultaron ser justo del tipo que necesitaba para su libro. Había correspondencia familiar, diarios y libros de contabilidad de los primeros propietarios de la finca, muy cuidadosamente llevados y claramente escritos, llenos de detalles divertidos y pintorescos. El primer De la Gardie aparecía en ellos como un hombre fuerte y capaz. Poco después de la construcción de la mansión hubo un período de angustia en el distrito, y los campesinos se levantaron y atacaron varios châteaux e hicieron algunos daños. El propietario de Råbäck tomó un papel principal en la represión de los disturbios, y había referencias a ejecuciones de cabecillas y severos castigos infligidos sin miramientos.

El retrato de este Magnus de la Gardie era uno de los mejores de la casa, y el señor Wraxall lo estudió con no poco interés después de su jornada de trabajo. No da una descripción detallada de él, pero deduzco que el rostro le impresionó más por su poder que por su belleza o bondad; de hecho, escribe que el conde Magnus era un hombre casi fenomenalmente feo.

Ese día, el señor Wraxall cenó con la familia y regresó a pie en la tarde tardía pero aún luminosa.

«Debo recordar», escribe, «preguntarle al sacristán si puede dejarme entrar en el mausoleo de la iglesia. Evidentemente, él mismo tiene acceso, porque lo vi esta noche de pie en los escalones y, según me pareció, cerrando o abriendo la puerta con llave».

Encuentro que temprano al día siguiente, el señor Wraxall tuvo una conversación con su posadero. Que la anotara con tanto detalle

como lo hace me sorprendió al principio; pero pronto me di cuenta de que los papeles que estaba leyendo eran, al menos en su comienzo, los materiales para el libro que estaba meditando, y que iba a ser una de esas producciones cuasi-periodísticas que admiten la introducción de una mezcla de materia conversacional.

Su objetivo, dice, era averiguar si alguna tradición del conde Magnus de la Gardie perduraba en los escenarios de la actividad de aquel caballero, y si la estimación popular de él era favorable o no. Descubrió que el conde decididamente no era un favorito. Si sus arrendatarios llegaban tarde a su trabajo en los días que le debían como Señor del Feudo, se les ponía en el potro de madera, o se les azotaba y marcaba en el patio de la casa señorial. Hubo uno o dos casos de hombres que habían ocupado tierras que invadían el dominio del señor, y cuyas casas habían sido misteriosamente quemadas en una noche de invierno, con toda la familia dentro. Pero lo que parecía obsesionar más la mente del posadero —pues volvió al tema más de una vez— era que el conde había estado en la Peregrinación Negra, y había traído algo o a alguien de vuelta con él.

Naturalmente, se preguntarán, como hizo el señor Wraxall, qué pudo haber sido la Peregrinación Negra. Pero su curiosidad sobre el punto debe permanecer insatisfecha por el momento, tal como lo hizo la suya. El posadero era evidentemente reacio a dar una respuesta completa, o de hecho cualquier respuesta, sobre el punto y, siendo llamado por un momento, salió trotando con obvia presteza, solo asomando la cabeza por la puerta unos minutos después para decir que lo habían llamado a Skara, y que no volvería hasta la noche.

Así que el señor Wraxall tuvo que irse insatisfecho a su jornada de trabajo en la casa señorial. Los papeles en los que estaba ocupado en ese momento pronto desviaron sus pensamientos a otro canal, pues tuvo que ocuparse de ojear la correspondencia entre Sophia Albertina en Estocolmo y su prima casada Ulrica Leonora en Råbäck en los años 1705-1710. Las cartas eran de un interés excepcional por la luz que arrojaban sobre la cultura de ese período en Suecia,

como puede atestiguar cualquiera que haya leído la edición completa de ellas en las publicaciones de la Comisión de Manuscritos Históricos de Suecia.

Por la tarde había terminado con estos, y después de devolver las cajas en las que se guardaban a sus lugares en el estante, procedió, muy naturalmente, a tomar algunos de los volúmenes más cercanos a ellos, para determinar cuál de ellos sería mejor su principal tema de investigación al día siguiente. El estante que había elegido estaba ocupado en su mayoría por una colección de libros de contabilidad escritos por el primer conde Magnus. Pero uno de ellos no era un libro de contabilidad, sino un libro de tratados alquímicos y de otro tipo, escrito por otra mano del siglo XVI. No estando muy familiarizado con la literatura alquímica, el señor Wraxall dedica mucho espacio que podría haberse ahorrado en enumerar los nombres y comienzos de los diversos tratados: El libro del Fénix , El libro de las Treinta Palabras , El libro del Sapo , El libro de Miriam , Turba philosophorum , etc.; y luego anuncia con gran pompa su deleite al encontrar, en una hoja originalmente dejada en blanco cerca de la mitad del libro, una escritura del propio conde Magnus titulada «Liber nigræ peregrinationis» . Es cierto que solo había unas pocas líneas escritas, pero había más que suficiente para mostrar que el posadero esa mañana se había estado refiriendo a una creencia al menos tan antigua como la época del conde Magnus, y probablemente compartida por él. Esta es la traducción al español de lo que estaba escrito:

«Si algún hombre desea obtener una larga vida, si quisiera obtener un mensajero fiel y ver la sangre de sus enemigos, es necesario que primero vaya a la ciudad de Corazín, y allí salute al príncipe...» Aquí había un borrón de una palabra, no muy bien hecho, de modo que el señor Wraxall se sintió bastante seguro de que tenía razón al leerlo como aëris («del aire»). Pero no había más del texto copiado, solo una línea en latín: Quære reliqua hujus materie inter secretiora . (Busca el resto de esta materia entre las cosas más privadas.)

No se podía negar que esto arrojaba una luz bastante lúgubre sobre los gustos y creencias del conde; pero para el señor Wraxall, separado de él por casi tres siglos, el pensamiento de que podría haber añadido a su vigor general la alquimia, y a la alquimia algo parecido a la magia, solo lo convertía en una figura más pintoresca; y cuando, después de una contemplación bastante prolongada de su retrato en el salón, el señor Wraxall emprendió el camino de regreso, su mente estaba llena del pensamiento del conde Magnus. No tenía ojos para su entorno, ninguna percepción de los aromas vespertinos de los bosques o de la luz del atardecer sobre el lago; y cuando de repente se detuvo en seco, se asombró al encontrarse ya en la puerta del cementerio, y a pocos minutos de su cena. Sus ojos se posaron en el mausoleo.

—Ah —dijo—, conde Magnus, ahí está usted. Me encantaría verlo.

«Como muchos hombres solitarios», escribe, «tengo la costumbre de hablar solo en voz alta; y, a diferencia de algunas de las partículas griegas y latinas, no espero una respuesta. Ciertamente, y quizás afortunadamente en este caso, no hubo ni voz ni nadie que atendiera; solo la mujer que, supongo, estaba limpiando la iglesia, dejó caer algún objeto metálico al suelo, cuyo estrépito me sobresaltó. El conde Magnus, creo, duerme profundamente».

Esa misma noche, el posadero, que había oído decir al señor Wraxall que deseaba ver al sacristán o diácono (como se le llamaría en Suecia) de la parroquia, le presentó a dicho funcionario en el salón de la posada. Pronto se acordó una visita a la tumba de los De la Gardie para el día siguiente, y siguió una pequeña conversación general.

El señor Wraxall, recordando que una de las funciones de los diáconos escandinavos es enseñar a los candidatos a la Confirmación, pensó que refrescaría su propia memoria sobre un punto bíblico.

—¿Puede decirme algo —dijo— sobre Corazín?

El diácono pareció sorprendido, pero le recordó de buen grado cómo aquella aldea había sido denunciada una vez.

—Por supuesto —dijo el señor Wraxall—; supongo que ahora es una completa ruina, ¿no?

—Así lo supongo —replicó el diácono—. He oído decir a algunos de nuestros viejos sacerdotes que el Anticristo nacerá allí; y hay cuentos...

—¡Ah! ¿qué cuentos son esos? —intervino el señor Wraxall.

—Cuentos, iba a decir, que he olvidado —dijo el diácono; y poco después dio las buenas noches.

El posadero estaba ahora solo, y a merced del señor Wraxall; y aquel inquisidor no estaba dispuesto a perdonarlo.

—Herr Nielsen —dijo—, he descubierto algo sobre la Peregrinación Negra. Más le vale que me cuente lo que sabe. ¿Qué trajo el conde de vuelta con él?

Los suecos son habitualmente lentos para responder, quizás, o quizás el posadero era una excepción. No estoy seguro; pero el señor Wraxall anota que el posadero pasó al menos un minuto mirándolo antes de decir nada. Luego se acercó mucho a su huésped y, con un gran esfuerzo, habló:

—Señor Wraxall, puedo contarle esta pequeña historia, y nada más, ni una más. No debe preguntar nada cuando haya terminado. En tiempos de mi abuelo, es decir, hace noventa y dos años, hubo dos hombres que dijeron: «El conde está muerto; no nos importa. Iremos esta noche y cazaremos libremente en su bosque», el largo bosque en la colina que ha visto detrás de Råbäck. Bueno, los que los oyeron decir esto, dijeron: «No, no vayáis; estamos seguros de que os encontraréis con personas caminando que no deberían estar caminando. Deberían estar descansando, no caminando». Estos hombres se rieron. No había guardabosques para cuidar el bosque, porque nadie quería vivir allí. La familia no estaba aquí en la casa. Estos hombres podían hacer lo que quisieran.

»Muy bien, van al bosque esa noche. Mi abuelo estaba sentado aquí en esta habitación. Era verano, y una noche clara. Con la ventana abierta, podía ver hasta el bosque, y oír.

»Así que se sentó allí, y dos o tres hombres con él, y escucharon. Al principio no oyen nada en absoluto; luego oyen a alguien —¿sabe lo lejos que está?— oyen a alguien gritar, como si le retorcieran la parte más íntima de su alma. Todos en la habitación se agarraron unos a otros, y se quedaron así durante tres cuartos de hora. Luego oyen a alguien más, solo a unos trescientos codos de distancia. Le oyen reír a carcajadas: no fue uno de esos dos hombres el que rio, y, de hecho, todos ellos han dicho que no fue ningún hombre en absoluto. Después de eso, oyen cerrarse una gran puerta.

»Luego, cuando apenas clareaba con el sol, todos fueron a ver al sacerdote. Le dijeron:

»—Padre, póngase su sotana y su gorguera, y venga a enterrar a estos hombres, Anders Bjornsen y Hans Thorbjorn.

»Entenderá que estaban seguros de que estos hombres estaban muertos. Así que fueron al bosque; mi abuelo nunca lo olvidó. Dijo que todos parecían hombres muertos. El sacerdote también, estaba blanco de miedo. Dijo cuando acudieron a él:

»—Oí un grito en la noche, y oí una risa después. Si no puedo olvidar eso, no podré volver a dormir.

»Así que fueron al bosque, y encontraron a estos hombres en el linde del bosque. Hans Thorbjorn estaba de pie con la espalda contra un árbol, y todo el tiempo empujaba con las manos, empujando algo lejos de él que no estaba allí. Así que no estaba muerto. Y se lo llevaron, y lo llevaron a la casa de Nykjoping, y murió antes del invierno; pero siguió empujando con las manos. También estaba allí Anders Bjornsen; pero estaba muerto. Y le digo esto sobre Anders Bjornsen, que una vez fue un hombre hermoso, pero ahora su rostro no estaba allí, porque la carne de él había sido succionada de los huesos. ¿Entiende eso? Mi abuelo no lo olvidó. Y lo pusieron en el féretro que trajeron, y le pusieron un paño sobre la

cabeza, y el sacerdote caminó delante; y empezaron a cantar el salmo de los muertos tan bien como pudieron. Así, mientras cantaban el final del primer verso, uno se cayó, el que llevaba la cabecera del féretro, y los otros miraron hacia atrás, y vieron que el paño se había caído, y los ojos de Anders Bjornsen miraban hacia arriba, porque no había nada que los cerrara. Y esto no lo pudieron soportar. Por lo tanto, el sacerdote le puso el paño encima, y mandó traer una pala, y lo enterraron en ese lugar.

Al día siguiente, el señor Wraxall anota que el diácono pasó a buscarlo poco después de su desayuno, y lo llevó a la iglesia y al mausoleo. Notó que la llave de este último estaba colgada de un clavo justo al lado del púlpito, y se le ocurrió que, como la puerta de la iglesia parecía dejarse abierta por regla general, no le sería difícil hacer una segunda y más privada visita a los monumentos si resultaba haber más interés entre ellos del que podía digerir a la primera. El edificio, cuando entró, no le pareció poco imponente. Los monumentos, en su mayoría grandes construcciones de los siglos XVII y XVIII, eran dignos aunque exuberantes, y los epitafios y la heráldica eran copiosos. El espacio central de la sala abovedada estaba ocupado por tres sarcófagos de cobre, cubiertos de ornamentos finamente grabados. Dos de ellos tenían, como es común en Dinamarca y Suecia, un gran crucifijo de metal en la tapa. El tercero, el del conde Magnus, al parecer, tenía en su lugar una efigie de cuerpo entero grabada sobre él, y alrededor del borde había varias bandas de ornamentos similares que representaban diversas escenas. Una era una batalla, con cañones arrojando humo, ciudades amuralladas y tropas de piqueros. Otra mostraba una ejecución. En una tercera, entre árboles, había un hombre corriendo a toda velocidad, con el pelo al viento y las manos extendidas. Tras él seguía una forma extraña; sería difícil decir si el artista había tenido la intención de que fuera un hombre y no pudo dar la similitud requerida, o si fue hecho intencionadamente tan monstruoso como parecía. En vista de la habilidad con la que se hizo el resto del dibujo, el señor Wraxall se inclinó a adoptar esta última idea. La figura era indebidamente corta, y estaba en su mayor parte

envuelta en una prenda con capucha que barría el suelo. La única parte de la forma que sobresalía de ese refugio no tenía forma de mano ni de brazo. El señor Wraxall la compara con el tentáculo de un pulpo, y continúa: «Al ver esto, me dije: “Esto, entonces, que evidentemente es una representación alegórica de algún tipo —un demonio persiguiendo a un alma acosada—, puede ser el origen de la historia del conde Magnus y su misterioso compañero. Veamos cómo se representa al cazador: sin duda será un demonio tocando su cuerno”». Pero, como resultó, no había tal figura sensacional, solo la apariencia de un hombre encapuchado en una colina, que estaba apoyado en un bastón y observaba la caza con un interés que el grabador había intentado expresar en su actitud.

El señor Wraxall notó los candados de acero finamente trabajados y macizos —tres en total— que aseguraban el sarcófago. Uno de ellos, vio, estaba suelto y yacía en el pavimento. Y luego, no queriendo retrasar más al diácono ni malgastar su propio tiempo de trabajo, se dirigió a la casa señorial.

«Es curioso», anota, «cómo, al volver sobre un camino familiar, los pensamientos de uno lo absorben hasta la exclusión absoluta de los objetos circundantes. Esta noche, por segunda vez, no me había dado cuenta en absoluto de a dónde iba (había planeado una visita privada al panteón para copiar los epitafios), cuando de repente, por así decirlo, desperté a la conciencia y me encontré (como antes) entrando por la puerta del cementerio y, creo, cantando o entonando algunas palabras como: “¿Estás despierto, conde Magnus? ¿Estás dormido, conde Magnus?”, y luego algo más que no he logrado recordar. Me pareció que debí de haber estado comportándome de esta manera absurda durante algún tiempo».

Encontró la llave del mausoleo donde esperaba encontrarla, y copió la mayor parte de lo que quería; de hecho, se quedó hasta que la luz comenzó a faltarle.

«Debo de haberme equivocado», escribe, «al decir que uno de los candados del sarcófago de mi conde estaba desabrochado; esta noche veo que dos están sueltos. Los recogí ambos y los coloqué

con cuidado en el alféizar de la ventana, después de intentar cerrarlos sin éxito. El que queda sigue firme y, aunque supongo que es un candado de resorte, no puedo adivinar cómo se abre. Si hubiera logrado deshacerlo, casi me temo que me habría tomado la libertad de abrir el sarcófago. Es extraño el interés que siento por la personalidad de este, me temo, algo feroz y sombrío viejo noble».

El día siguiente fue, como resultó, el último de la estancia del señor Wraxall en Råbäck. Recibió cartas relacionadas con ciertas inversiones que hacían deseable que regresara a Inglaterra; su trabajo entre los papeles estaba prácticamente hecho, y viajar era lento. Decidió, por lo tanto, despedirse, dar algunos toques finales a sus notas y marcharse.

Estos toques finales y despedidas, como resultó, tomaron más tiempo del que había esperado. La hospitalaria familia insistió en que se quedara a cenar con ellos —cenaban a las tres— y eran casi las seis y media cuando salió por las puertas de hierro de Råbäck. Se detuvo en cada paso de su paseo junto al lago, decidido a empaparse, ahora que lo pisaba por última vez, del sentimiento del lugar y la hora. Y cuando llegó a la cima de la colina del cementerio, se demoró muchos minutos, contemplando la ilimitada perspectiva de bosques cercanos y lejanos, todos oscuros bajo un cielo de un verde líquido. Cuando finalmente se dispuso a irse, se le ocurrió que seguramente debía despedirse del conde Magnus, así como del resto de los De la Gardie. La iglesia estaba a solo veinte metros, y sabía dónde colgaba la llave del mausoleo. No tardó mucho en encontrarse de pie sobre el gran ataúd de cobre y, como de costumbre, hablando solo en voz alta. «Puede que hayas sido un poco granuja en tu tiempo, Magnus», decía, «pero a pesar de todo me gustaría verte, o, más bien...».

«Justo en ese instante», dice, «sentí un golpe en el pie. Lo retiré apresuradamente, y algo cayó al pavimento con un estrépito. Era el tercero, el último de los tres candados que habían sujetado el sarcófago. Me agaché a recogerlo y —el cielo es mi testigo de que estoy escribiendo solo la pura verdad—, antes de que me hubiera

levantado, se oyó un sonido de bisagras de metal chirriando, y vi distintamente cómo la tapa se desplazaba hacia arriba. Puede que me haya comportado como un cobarde, pero por mi vida que no pude quedarme ni un momento. Estuve fuera de ese espantoso edificio en menos tiempo del que puedo escribir —casi tan rápido como podría haber dicho— las palabras; y lo que me asusta aún más, no pude girar la llave en la cerradura. Mientras estoy aquí sentado en mi habitación anotando estos hechos, me pregunto (no fue hace ni veinte minutos) si ese ruido de metal chirriante continuó, y no puedo decir si lo hizo o no. Solo sé que hubo algo más de lo que he escrito que me alarmó, pero si fue sonido o visión no soy capaz de recordarlo. ¿Qué es esto que he hecho?». ».

¡Pobre señor Wraxall! Empezó su viaje a Inglaterra al día siguiente, como había planeado, y llegó a Inglaterra sano y salvo; y sin embargo, como deduzco por su caligrafía alterada y sus anotaciones inconexas, como un hombre destrozado. Uno de varios pequeños cuadernos que me han llegado con sus papeles da, no una clave, sino una especie de indicio de sus experiencias. Gran parte de su viaje lo hizo en barcaza por el canal, y encuentro no menos de seis penosos intentos de enumerar y describir a sus compañeros de viaje. Las entradas son de este tipo:

24. Pastor de pueblo en Escania. Típico abrigo negro y sombrero negro blando.
25. Viajante de comercio de Estocolmo yendo a Trollhättan. Capa negra, sombrero marrón.
26. Hombre con larga capa negra, sombrero de ala ancha, muy anticuado.

Esta entrada está tachada, y se añade una nota: «Quizás idéntico al n.º 13. Todavía no le he visto la cara». Al referirme al n.º 13, encuentro que es un sacerdote romano con sotana.

El resultado neto del recuento es siempre el mismo. Veintiocho personas aparecen en la enumeración, siendo una siempre un hombre con una larga capa negra y un sombrero de ala ancha, y

otra una «figura baja con capa oscura y capucha». Por otro lado, siempre se anota que solo veintiséis pasajeros aparecen en las comidas, y que el hombre de la capa quizás esté ausente, y la figura baja ciertamente está ausente.

Al llegar a Inglaterra, parece que el señor Wraxall desembarcó en Harwich, y que resolvió de inmediato ponerse fuera del alcance de alguna persona o personas que nunca especifica, pero a las que evidentemente había llegado a considerar como sus perseguidores. En consecuencia, tomó un vehículo —era un coche de caballos cerrado—, sin fiarse del ferrocarril, y condujo a través del campo hasta el pueblo de Belchamp St Paul. Eran alrededor de las nueve de una noche de agosto con luna cuando se acercó al lugar. Estaba sentado hacia adelante, mirando por la ventana los campos y matorrales —poco más había que ver— que pasaban corriendo a su lado. De repente, llegó a un cruce de caminos. En la esquina, dos figuras estaban de pie, inmóviles; ambas llevaban capas oscuras; la más alta llevaba un sombrero, la más baja una capucha. No tuvo tiempo de ver sus rostros, ni hicieron ningún movimiento que pudiera discernir. Sin embargo, el caballo se encabritó violentamente y se lanzó al galope, y el señor Wraxall se hundió en su asiento con algo parecido a la desesperación. Los había visto antes.

Llegado a Belchamp St Paul, tuvo la suerte de encontrar un alojamiento amueblado decente, y durante las siguientes veinticuatro horas vivió, comparativamente hablando, en paz. Sus últimas notas fueron escritas este día. Son demasiado inconexas y exclamatorias para ser dadas aquí en su totalidad, pero su sustancia es bastante clara. Está esperando una visita de sus perseguidores —cómo o cuándo no lo sabe— y su grito constante es «¿Qué he hecho?» y «¿No hay esperanza?». Los médicos, sabe, lo llamarían loco, los policías se reirían de él. El párroco está ausente. ¿Qué puede hacer sino cerrar su puerta con llave y clamar a Dios?

La gente todavía recordaba el año pasado en Belchamp St Paul cómo un extraño caballero llegó una tarde de agosto hace años; y cómo a la mañana siguiente, pero una, fue encontrado muerto, y

hubo una investigación; y el jurado que vio el cuerpo se desmayó, siete de ellos lo hicieron, y ninguno de ellos quiso hablar de lo que vieron, y el veredicto fue visitación de Dios; y cómo la gente que regentaba la casa se mudó esa misma semana, y se fue de esa parte. Pero no creo que sepan que alguna vez se haya arrojado, o se pudiera arrojar, algún destello de luz sobre el misterio. Sucedió que el año pasado la casita llegó a mis manos como parte de un legado. Había estado vacía desde 1863, y no parecía haber perspectivas de alquilarla; así que la hice derribar, y los papeles de los que les he dado un resumen fueron encontrados en un armario olvidado debajo de la ventana del mejor dormitorio.

## «¡OH, SILBA Y ACUDIRÉ, MI NIÑO!»

—Supongo que se marchará usted pronto, ahora que ha terminado el trimestre, profesor —dijo una persona que no está en la historia al profesor de Ontografía, poco después de que se sentaran uno al lado del otro en un banquete en el hospitalario salón del St James's College.

El profesor era joven, pulcro y preciso en el hablar.

—Sí —dijo—; mis amigos me han estado animando a empezar a jugar al golf este trimestre, y tengo la intención de ir a la costa este —de hecho, a Burnstow— (seguramente lo conoce) durante una semana o diez días, para mejorar mi juego. Espero salir mañana.

—Oh, Parkins —dijo su vecino del otro lado—, si va usted a Burnstow, me gustaría que echara un vistazo al emplazamiento de la

preceptoría de los Templarios, y me dijera si cree que merecería la pena hacer una excavación allí en verano.

Era, como podrán suponer, una persona de aficiones anticuarias quien dijo esto, pero, como solo aparece en este prólogo, no es necesario dar sus títulos.

—Por supuesto —dijo Parkins, el profesor—; si me describe dónde se encuentra el lugar, haré todo lo posible por darle una idea de la disposición del terreno cuando vuelva; o podría escribirle al respecto, si me dijera dónde es probable que se encuentre.

—No se moleste en hacer eso, gracias. Es solo que estoy pensando en llevar a mi familia en esa dirección durante las vacaciones largas, y se me ocurrió que, como muy pocas de las preceptorías inglesas han sido debidamente planificadas, podría tener la oportunidad de hacer algo útil en los días libres.

El profesor resopló un poco ante la idea de que planificar una preceptoría pudiera describirse como útil. Su vecino continuó:

—El sitio —dudo que haya algo que se vea sobre el suelo— debe de estar ahora muy cerca de la playa. El mar ha avanzado tremendamente, como sabe, a lo largo de ese trozo de costa. Yo diría, por el mapa, que debe de estar a unas tres cuartas partes de milla del Globe Inn, en el extremo norte del pueblo. ¿Dónde se va a alojar?

—Bueno, en el Globe Inn, de hecho —dijo Parkins—; he reservado una habitación allí. No pude conseguir sitio en ningún otro lugar; la mayoría de las casas de huéspedes parecen estar cerradas en invierno; y, aun así, me dicen que la única habitación de cierto tamaño que puedo tener es en realidad una con dos camas, y que no tienen un rincón donde guardar la otra cama, etc. Pero necesito una habitación bastante grande, porque llevo algunos libros y tengo la intención de trabajar un poco; y aunque no me hace mucha gracia tener una cama vacía —por no hablar de dos— en lo que puedo llamar por el momento mi estudio, supongo que podré apañármelas durante el corto tiempo que estaré allí.

—¿Llama usted a tener una cama extra en su habitación pasarlo mal, Parkins? —dijo una persona de modales bruscos enfrente—. Mire, bajaré y la ocuparé un tiempo; le hará compañía.

El profesor tembló, pero logró reír de manera cortés.

—Por supuesto, Rogers; no hay nada que me gustaría más. Pero me temo que lo encontraría bastante aburrido; usted no juega al golf, ¿verdad?

—¡No, gracias a Dios! —dijo el grosero señor Rogers.

—Bueno, verá, cuando no estoy escribiendo, lo más probable es que esté en el campo de golf, y eso, como digo, sería bastante aburrido para usted, me temo.

—¡Oh, no sé! Seguro que hay alguien que conozco en el lugar; pero, por supuesto, si no me quiere, dígalo, Parkins; no me ofenderé. La verdad, como siempre nos dice, nunca es ofensiva.

Parkins era, en efecto, escrupulosamente educado y estrictamente veraz. Es de temer que el señor Rogers a veces se aprovechara de su conocimiento de estas características. En el pecho de Parkins se libraba ahora un conflicto que por un momento o dos no le permitió responder. Pasado ese intervalo, dijo:

—Bueno, si quiere la verdad exacta, Rogers, estaba considerando si la habitación de la que hablo sería realmente lo suficientemente grande para alojarnos a ambos cómodamente; y también si (advierto, no habría dicho esto si no me hubiera presionado) no constituiría usted algo así como un impedimento para mi trabajo.

Rogers se rio a carcajadas.

—¡Bien hecho, Parkins! —dijo—. Está bien. Prometo no interrumpir su trabajo; no se preocupe por eso. No, no iré si no me quiere; pero pensé que sería perfecto para ahuyentar a los fantasmas. —Aquí se le pudo ver guiñar un ojo y dar un codazo a su vecino. También se pudo ver a Parkins sonrojarse—. Le pido perdón, Parkins —continuó Rogers—; no debería haber dicho eso. Olvidé que no le gusta la ligereza en estos temas.

—Bueno —dijo Parkins—, ya que ha mencionado el asunto, reconozco libremente que no me gusta hablar a la ligera de lo que usted llama fantasmas. Un hombre en mi posición —continuó, alzando un poco la voz— no puede, según veo, ser demasiado cuidadoso a la hora de aparentar sancionar las creencias actuales sobre tales temas. Como sabe, Rogers, o como debería saber; pues creo que nunca he ocultado mis puntos de vista...

—No, ciertamente no lo ha hecho, viejo amigo —interrumpió Rogers sotto voce .

—...sostengo que cualquier apariencia, cualquier concesión a la opinión de que tales cosas podrían existir es equivalente a una renuncia a todo lo que considero más sagrado. Pero me temo que no he logrado captar su atención.

—Su atención indivisa, fue lo que el doctor Blimber dijo en realidad —interrumpió Rogers, con toda la apariencia de un ferviente deseo de exactitud—. Pero le pido perdón, Parkins; le estoy interrumpiendo.[^4]

[^4]: El señor Rogers se equivocaba, vide *Dombey e hijo* , capítulo xii.

—No, en absoluto —dijo Parkins—. No recuerdo a Blimber; quizás fue antes de mi tiempo. Pero no necesito continuar. Estoy seguro de que sabe lo que quiero decir.

—Sí, sí —dijo Rogers, con bastante prisa—, exacto. Lo trataremos a fondo en Burnstow, o en algún otro lugar.

Al repetir el diálogo anterior, he intentado dar la impresión que me causó, que Parkins era un tanto apocado —quizás algo gallináceo en sus pequeñas manías; totalmente desprovisto, ¡ay!, del sentido del humor, pero al mismo tiempo intrépido y sincero en sus convicciones, y un hombre merecedor del mayor respeto—. Haya o no el lector deducido tanto, ese era el carácter que Parkins tenía.

Al día siguiente, Parkins logró, como había esperado, marcharse de su colegio y llegar a Burnstow. Fue bienvenido en el Globe Inn,

se instaló sin problemas en la gran habitación de dos camas de la que hemos oído hablar, y antes de retirarse a descansar pudo organizar sus materiales de trabajo en perfecto orden sobre una cómoda mesa que ocupaba el extremo exterior de la habitación, y estaba rodeada por tres lados por ventanas que daban al mar; es decir, la ventana central daba directamente al mar, y las de la izquierda y la derecha ofrecían vistas a lo largo de la costa hacia el norte y el sur, respectivamente. Al sur se veía el pueblo de Burnstow. Al norte no se veían casas, solo la playa y el bajo acantilado que la respaldaba. Inmediatamente enfrente había una franja —no considerable— de hierba agreste, salpicada de viejas anclas, cabrestantes y demás; luego un ancho sendero; luego la playa. Cualquiera que fuera la distancia original entre el Globe Inn y el mar, no más de sesenta yardas los separaban ahora.

El resto de la población de la posada era, por supuesto, golfista, e incluía pocos elementos que requieran una descripción especial. La figura más conspicua era, quizás, la de un ancien militaire , secretario de un club de Londres, y poseedor de una voz de increíble fuerza, y de opiniones de un tipo marcadamente protestante. Estas solían encontrar expresión después de su asistencia a los oficios del vicario, un hombre estimable con inclinaciones hacia un ritual pintoresco, que galantemente reprimía en la medida de lo posible por deferencia a la tradición de Anglia Oriental.

El profesor Parkins, una de cuyas principales características era el coraje, pasó la mayor parte del día siguiente a su llegada a Burnstow en lo que él había llamado mejorar su juego, en compañía de este coronel Wilson; y durante la tarde —¿si el proceso de mejora fue el culpable o no, no estoy seguro— el comportamiento del coronel asumió un cariz tan lúgubre que incluso Parkins se arredró ante la idea de volver a casa con él desde el campo de golf. Determinó, después de una breve y furtiva mirada a aquel bigote erizado y a aquellos rasgos encarnados, que sería más prudente permitir que las influencias del té y el tabaco hicieran lo que pudieran con el coronel antes de que la hora de la cena hiciera inevitable un encuentro.

«Podría volver a casa esta noche por la playa», reflexionó, «sí, y echar un vistazo —habrá suficiente luz para eso— a las ruinas de las que hablaba Disney. No sé exactamente dónde están, por cierto; pero supongo que difícilmente podré evitar tropezar con ellas».

Esto lo logró, debo decir, en el sentido más literal, pues al abrirse paso desde el campo de golf hasta la playa de guijarros, su pie se enganchó, en parte en una raíz de tojo y en parte en una piedra bastante grande, y se cayó. Cuando se levantó y examinó sus alrededores, se encontró en un terreno algo accidentado cubierto de pequeñas depresiones y montículos. Estos últimos, cuando se puso a examinarlos, resultaron ser simplemente masas de pedernales incrustados en mortero y cubiertos de césped. Debía, concluyó con toda razón, estar en el emplazamiento de la preceptoría que había prometido mirar. No parecía improbable que recompensara la pala del explorador; probablemente quedaban suficientes cimientos a no mucha profundidad para arrojar mucha luz sobre el plano general. Recordaba vagamente que los templarios, a quienes había pertenecido este lugar, solían construir iglesias redondas, y pensó que una serie particular de los montículos cerca de él parecían estar dispuestos en una forma algo circular. Pocas personas pueden resistir la tentación de intentar un poco de investigación aficionada en un departamento completamente ajeno al suyo, aunque solo sea por la satisfacción de mostrar cuán exitosos habrían sido si solo se lo hubieran tomado en serio. Nuestro profesor, sin embargo, si bien sentía algo de este mezquino deseo, también estaba verdaderamente ansioso por complacer al señor Disney. Así que midió con cuidado el área circular que había notado, y anotó sus dimensiones aproximadas en su cuaderno. Luego procedió a examinar una eminencia oblonga que yacía al este del centro del círculo, y que a su parecer parecía ser la base de una plataforma o altar. En un extremo de ella, el norte, faltaba un trozo de césped, quitado por algún muchacho u otra criatura feræ naturæ . Podría, pensó, ser conveniente sondear el suelo aquí en busca de evidencias de mampostería, y sacó su navaja y comenzó a raspar la tierra. Y ahora siguió otro pequeño descubrimiento: una porción de tierra se

hundió hacia adentro mientras raspaba, y dejó al descubierto una pequeña cavidad. Encendió una cerilla tras otra para ayudarlo a ver de qué naturaleza era el agujero, pero el viento era demasiado fuerte para todas ellas. Sin embargo, golpeando y rascando los lados con su navaja, pudo deducir que debía ser un agujero artificial en la mampostería. Era rectangular, y los lados, la parte superior y la inferior, si no estaban realmente enlucidos, eran lisos y regulares. Por supuesto, estaba vacío. ¡No! Al retirar la navaja, oyó un tintineo metálico, y cuando introdujo la mano, se encontró con un objeto cilíndrico que yacía en el suelo del agujero. Naturalmente, lo recogió, y cuando lo sacó a la luz, que se desvanecía rápidamente, pudo ver que también era obra del hombre: un tubo de metal de unas cuatro pulgadas de largo, y evidentemente de una antigüedad considerable.

Para cuando Parkins se aseguró de que no había nada más en este extraño receptáculo, era demasiado tarde y demasiado oscuro para que pensara en emprender ninguna otra búsqueda. Lo que había hecho había resultado tan inesperadamente interesante que decidió sacrificar un poco más de la luz del día de mañana a la arqueología. El objeto que ahora tenía a buen recaudo en su bolsillo tenía que tener, al menos, algún ligero valor, estaba seguro.

Desoladora y solemne era la vista a la que echó un último vistazo antes de emprender el regreso a casa. Una débil luz amarilla en el oeste mostraba el campo de golf, en el que todavía se veían algunas figuras moviéndose hacia la casa club, la achaparrada torre martello, las luces del pueblo de Aldsey, la pálida cinta de arena intersectada a intervalos por negros espigones de madera, el mar oscuro y susurrante. El viento era glacial desde el norte, pero lo tenía a su espalda cuando partió hacia el Globe. Rápidamente traqueteó y resonó a través de los guijarros y llegó a la arena, sobre la cual, salvo por los espigones que había que superar cada pocos metros, el caminar era bueno y silencioso. Una última mirada atrás, para medir la distancia que había recorrido desde que dejó la iglesia templaria en ruinas, le mostró la perspectiva de compañía en su paseo, en la forma de un personaje bastante indistinto, que parecía hacer grandes esfuerzos por alcanzarlo, pero que avanzaba poco o nada.

Quiero decir que había una apariencia de carrera en sus movimientos, pero que la distancia entre él y Parkins no parecía disminuir materialmente. Así, al menos, pensó Parkins, y decidió que era casi seguro que no lo conocía, y que sería absurdo esperar hasta que llegara. A pesar de todo, la compañía, empezó a pensar, sería realmente muy bienvenida en esa solitaria orilla, si tan solo se pudiera elegir al compañero. En sus días de ignorancia había leído sobre encuentros en tales lugares que incluso ahora apenas soportaría pensar. Sin embargo, siguió pensando en ellos hasta que llegó a casa, y particularmente en uno que cautiva la imaginación de la mayoría de la gente en algún momento de su infancia. «Ahora vi en mi sueño que Cristiano no había andado mucho cuando vio a un demonio inmundo que venía por el campo a su encuentro». «¿Qué haría yo ahora», pensó, «si mirara hacia atrás y viera una figura negra nítidamente definida contra el cielo amarillo, y viera que tenía cuernos y alas? Me pregunto si me quedaría quieto o correría. Por suerte, el caballero de atrás no es de ese tipo, y parece estar tan lejos ahora como cuando lo vi por primera vez. Bueno, a este paso, no cenará tan pronto como yo; y, ¡cielo santo!, falta menos de un cuarto de hora para la hora. ¡Debo correr!».

Parkins, de hecho, tuvo muy poco tiempo para vestirse. Cuando se encontró con el coronel en la cena, la Paz —o tanta de ella como aquel caballero podía manejar— reinaba una vez más en el pecho militar; ni fue ahuyentada en las horas de bridge que siguieron a la cena, pues Parkins era un jugador más que respetable. Cuando, por lo tanto, se retiró hacia las doce, sintió que había pasado la velada de una manera bastante satisfactoria, y que, incluso durante una quincena o tres semanas, la vida en el Globe sería soportable en condiciones similares —«especialmente», pensó, «si sigo mejorando mi juego».

Mientras caminaba por los pasillos, se encontró con el limpiabotas del Globe, que se detuvo y dijo:

—Perdone, señor, pero mientras le cepillaba el abrigo hace un momento, se le cayó algo del bolsillo. Lo puse en su cómoda, señor,

en su habitación, señor, un trozo de una pipa o algo así, señor. Gracias, señor. Lo encontrará en su cómoda, señor, sí, señor. Buenas noches, señor.

El discurso sirvió para recordarle a Parkins su pequeño descubrimiento de esa tarde. Fue con una curiosidad considerable que lo examinó a la luz de sus velas. Era de bronce, vio ahora, y tenía una forma muy parecida a la de un silbato para perros moderno; de hecho, era —sí, ciertamente lo era— ni más ni menos que un silbato. Se lo llevó a los labios, pero estaba completamente lleno de una arena o tierra fina y apelmazada, que no cedía a los golpes, sino que debía ser aflojada con un cuchillo. Ordenado como siempre en sus hábitos, Parkins limpió la tierra sobre un trozo de papel, y llevó este último a la ventana para vaciarlo. La noche era clara y brillante, como vio cuando abrió la ventana, y se detuvo un instante para mirar el mar y notar a un caminante tardío parado en la orilla frente a la posada. Luego cerró la ventana, un poco sorprendido por las altas horas que la gente mantenía en Burnstow, y llevó su silbato a la luz de nuevo. ¡Vaya, seguro que tenía marcas, y no solo marcas, sino letras! Un pequeño frotamiento hizo que la inscripción profundamente grabada fuera bastante legible, pero el profesor tuvo que confesar, después de una seria reflexión, que su significado era tan oscuro para él como la escritura en la pared para Baltasar. Había leyendas tanto en el anverso como en el reverso del silbato. Una decía así:

FLA FUR BIS FLE

La otra:

QUIS EST ISTE QUI VENIT

«Debería ser capaz de descifrarlo», pensó; «pero supongo que estoy un poco oxidado en mi latín. Ahora que lo pienso, no creo que sepa siquiera la palabra para un silbato. La larga parece bastante simple. Debería significar: “¿Quién es este que viene?”. Bueno, la mejor manera de averiguarlo es, evidentemente, silbar para llamarlo».

Sopló tentativamente y se detuvo de repente, sobresaltado y a la vez complacido por la nota que había provocado. Tenía una cualidad de distancia infinita, y, aunque suave, de alguna manera sintió que debía ser audible a millas a la redonda. Era un sonido, además, que parecía tener el poder (que muchos olores poseen) de formar imágenes en el cerebro. Vio con toda claridad por un momento una visión de una vasta y oscura extensión en la noche, con un viento fresco soplando, y en medio una figura solitaria —¿en qué ocupada?, no podría decirlo—. Quizás habría visto más si la imagen no se hubiera roto por el súbito embate de una ráfaga de viento contra su ventana, tan súbita que le hizo levantar la vista, justo a tiempo para ver el brillo blanco del ala de un ave marina en algún lugar fuera de los oscuros cristales.

El sonido del silbato lo había fascinado tanto que no pudo evitar probarlo una vez más, esta vez con más audacia. La nota fue poco o nada más fuerte que antes, y la repetición rompió la ilusión: no siguió ninguna imagen, como había medio esperado. «Pero, ¿qué es esto? ¡Dios mío! ¡Qué fuerza puede cobrar el viento en pocos minutos! ¡Qué ráfaga tan tremenda! ¡Ahí está! ¡Sabía que el pestillo de esa ventana no servía para nada! ¡Ah! Lo sabía, las dos velas apagadas. ¡Es suficiente para destrozar la habitación!».

Lo primero era cerrar la ventana. En lo que se tarda en contar hasta veinte, Parkins estuvo luchando con la pequeña ventana, y sintió casi como si estuviera empujando a un robusto ladrón, tan fuerte era la presión. Se aflojó de repente, y la ventana se cerró de golpe y se enganchó. Ahora a volver a encender las velas y ver qué daños, si los había, se habían producido. No, nada parecía estar mal; ni siquiera se había roto un cristal de la ventana. Pero el ruido evidentemente había despertado al menos a un miembro de la casa: se oía al coronel dar pisotones en calcetines en el piso de arriba, y gruñir.

Tan rápidamente como se había levantado, el viento no amainó de inmediato. Siguió, gimiendo y corriendo más allá de la casa, a veces elevándose a un grito tan desolado que, como dijo Parkins

desinteresadamente, podría haber hecho que la gente fantasiosa se sintiera bastante incómoda; incluso los poco imaginativos, pensó después de un cuarto de hora, podrían estar más felices sin él.

Si fue el viento, o la excitación del golf, o de las investigaciones en la preceptoría lo que mantuvo a Parkins despierto, no estaba seguro. Despierto permaneció, en cualquier caso, el tiempo suficiente para imaginar (como me temo que a menudo me pasa a mí en tales condiciones) que era víctima de toda clase de trastornos fatales: se quedaba contando los latidos de su corazón, convencido de que iba a dejar de funcionar en cualquier momento, y albergaba graves sospechas sobre sus pulmones, cerebro, hígado, etc., sospechas que estaba seguro se disiparían con el regreso de la luz del día, pero que hasta entonces se negaban a ser descartadas. Encontró un pequeño consuelo vicario en la idea de que alguien más estaba en el mismo barco. Un vecino cercano (en la oscuridad no era fácil determinar su dirección) también se revolvía y susurraba en su cama.

La siguiente etapa fue que Parkins cerró los ojos y decidió darle al sueño todas las oportunidades. Aquí de nuevo la sobreexcitación se manifestó de otra forma: la de crear imágenes. Experto crede , las imágenes acuden a los ojos cerrados de quien intenta dormir, y a menudo son tan poco de su agrado que debe abrir los ojos y dispersarlas.

La experiencia de Parkins en esta ocasión fue muy angustiosa. Descubrió que la imagen que se le presentaba era continua. Cuando abría los ojos, por supuesto, desaparecía; pero cuando los volvía a cerrar, se formaba de nuevo y se desarrollaba otra vez, ni más rápida ni más lenta que antes. Lo que vio fue esto:

Una larga extensión de costa —guijarros bordeados por arena, e intersectados a cortos intervalos por espigones negros que descendían hasta el agua—, una escena, de hecho, tan parecida a la de su paseo de la tarde que, en ausencia de cualquier punto de referencia, no podía distinguirse de ella. La luz era oscura, transmitiendo una impresión de tormenta inminente, de tarde de finales de invierno y de una ligera lluvia fría. En este desolado

escenario, al principio no se veía ningún actor. Luego, en la distancia, apareció un objeto negro que subía y bajaba; un momento más, y era un hombre corriendo, saltando, trepando por los espigones, y cada pocos segundos mirando ansiosamente hacia atrás. Cuanto más se acercaba, más evidente era que no solo estaba ansioso, sino incluso terriblemente asustado, aunque no se distinguía su rostro. Además, estaba casi al límite de sus fuerzas. Siguió avanzando; cada obstáculo sucesivo parecía causarle más dificultad que el anterior. «¿Superará este próximo?», pensó Parkins; «parece un poco más alto que los otros». Sí; medio trepando, medio lanzándose, lo superó, y cayó hecho un ovillo al otro lado (el lado más cercano al espectador). Allí, como si realmente no pudiera levantarse de nuevo, permaneció agazapado bajo el espigón, mirando hacia arriba con una actitud de dolorosa ansiedad.

Hasta ahora no se había mostrado ninguna causa para el miedo del corredor; pero ahora empezó a verse, muy arriba en la orilla, un pequeño parpadeo de algo de color claro que se movía de un lado a otro con gran rapidez e irregularidad. Creciendo rápidamente de tamaño, también se reveló como una figura con ropajes pálidos y ondeantes, mal definidos. Había algo en su movimiento que hizo que Parkins se sintiera muy reacio a verla de cerca. Se detenía, levantaba los brazos, se inclinaba hacia la arena, luego corría agachada por la playa hasta la orilla y volvía; y luego, irguiéndose de nuevo, continuaba su curso hacia adelante a una velocidad que era sorprendente y aterradora. Llegó el momento en que el perseguidor revoloteaba de izquierda a derecha a solo unos metros más allá del espigón donde el corredor yacía escondido. Después de dos o tres tanteos infructuosos de un lado a otro, se detuvo, se irguió, con los brazos en alto, y luego se lanzó directamente hacia el espigón.

Fue en este punto cuando Parkins siempre fallaba en su resolución de mantener los ojos cerrados. Con muchos recelos sobre un incipiente fallo de la vista, un cerebro sobrecargado de trabajo, un exceso de tabaco, etc., finalmente se resignó a encender la vela, sacar un libro y pasar la noche en vela, en lugar de ser atormentado por este persistente panorama, que veía con bastante claridad que

solo podía ser un reflejo mórbido de su paseo y sus pensamientos de ese mismo día.

El raspar de la cerilla en la caja y el resplandor de la luz debieron de asustar a algunas criaturas de la noche —ratas o lo que fuera— que oyó correr por el suelo desde el lado de su cama con mucho susurro. ¡Cielo santo, la cerilla se ha apagado! ¡Qué tontería! Pero la segunda ardió mejor, y debidamente se provuyó de una vela y un libro, sobre los cuales Parkins se inclinó hasta que un sueño saludable se apoderó de él, y eso en no mucho tiempo. Por primera vez en su vida ordenada y prudente, olvidó apagar la vela, y cuando lo llamaron a la mañana siguiente a las ocho, todavía había un parpadeo en el casquillo y un triste desorden de grasa derretida en la parte superior de la mesita.

Después del desayuno, estaba en su habitación, dando los toques finales a su atuendo de golf —la fortuna le había asignado de nuevo al coronel como compañero— cuando entró una de las criadas.

—Oh, por favor —dijo ella—, ¿le gustaría alguna manta extra en su cama, señor?

—¡Ah, gracias! —dijo Parkins—. Sí, creo que me gustaría una. Parece que va a hacer más frío.

En muy poco tiempo, la criada volvió con la manta.

—¿En qué cama la pongo, señor? —preguntó.

—¿Cómo? Pues en esa, en la que dormí anoche —dijo, señalándola.

—¡Oh, sí! Perdona, señor, pero parecía que había probado las dos; al menos, tuvimos que hacer las dos esta mañana.

—¿De verdad? ¡Qué absurdo! —dijo Parkins—. Ciertamente no toqué la otra, excepto para dejar algunas cosas sobre ella. ¿Realmente parecía que se había dormido en ella?

—¡Oh, sí, señor! —dijo la criada—. ¡Vaya, si todas las cosas estaban arrugadas y tiradas por todas partes, si me perdona, señor,

como si alguien no hubiera pasado más que una noche muy mala, señor!

—¡Cielo santo! —dijo Parkins—. Bueno, puede que la haya desordenado más de lo que pensaba al deshacer las maletas. Siento mucho haberle dado el trabajo extra, de verdad. Espero pronto a un amigo mío, por cierto, un caballero de Cambridge, que vendrá a ocuparla una o dos noches. Eso estará bien, supongo, ¿no?

—Oh, sí, por supuesto, señor. Gracias, señor. No es ninguna molestia, de verdad —dijo la criada, y se fue a reírse con sus colegas.

Parkins partió, con la firme determinación de mejorar su juego.

Me complace poder informar que tuvo tanto éxito en esta empresa que el coronel, que se había estado quejando un poco ante la perspectiva de un segundo día de juego en su compañía, se volvió bastante hablador a medida que avanzaba la mañana; y su voz retumbaba sobre las llanuras, como también han dicho algunos de nuestros poetas menores, «como un gran bordón en la torre de una catedral».

—Extraordinario viento, ese, el que tuvimos anoche —dijo—. En mi antiguo hogar habríamos dicho que alguien había estado silbando para llamarlo.

—¡De verdad! —dijo Parkins—. ¿Sigue vigente una superstición de ese tipo en su región?

—No sé si llamarlo superstición —dijo el coronel—. Creen en ello en toda Dinamarca y Noruega, así como en la costa de Yorkshire; y mi experiencia es, fíjese, que generalmente hay algo de verdad en lo que esta gente del campo sostiene, y ha sostenido durante generaciones. Pero es su turno (o lo que fuera: el lector aficionado al golf tendrá que imaginar las digresiones apropiadas en los intervalos adecuados).

Cuando se reanudó la conversación, Parkins dijo, con una ligera vacilación:

—A propósito de lo que decía hace un momento, coronel, creo que debería decirle que mis propias opiniones sobre tales temas son muy firmes. Soy, de hecho, un convencido incrédulo en lo que se llama lo «sobrenatural».

—¡Cómo! —dijo el coronel—, ¿quiere decir que no cree en la segunda vista, ni en los fantasmas, ni en nada de eso?

—En absolutamente nada de ese tipo —respondió Parkins con firmeza.

—Bueno —dijo el coronel—, pero me parece que, a ese paso, señor, usted debe de ser poco mejor que un saduceo.

Parkins estuvo a punto de responder que, en su opinión, los saduceos eran las personas más sensatas de las que había leído en el Antiguo Testamento; pero, sintiendo alguna duda sobre si se hacía mucha mención de ellos en esa obra, prefirió tomarse la acusación a risa.

—Quizás lo sea —dijo—; pero... ¡Aquí, dame mi cleek , muchacho! Disculpe un momento, coronel. —Un breve intervalo—. Ahora, en cuanto a silbar para llamar al viento, permítame darle mi teoría al respecto. Las leyes que gobiernan los vientos no se conocen en absoluto a la perfección; para los pescadores y gente así, por supuesto, no se conocen en absoluto. Un hombre o una mujer de hábitos excéntricos, quizás, o un extraño, es visto repetidamente en la playa a una hora inusual, y se le oye silbar. Poco después se levanta un viento violento; un hombre que pudiera leer el cielo perfectamente o que poseyera un barómetro podría haber predicho que lo haría. La gente sencilla de un pueblo de pescadores no tiene barómetros, y solo unas pocas reglas rudimentarias para profetizar el tiempo. ¿Qué hay de más natural que el personaje excéntrico que postulé sea considerado como el que ha levantado el viento, o que él o ella se aferre ávidamente a la reputación de ser capaz de hacerlo? Ahora, tome el viento de anoche: resulta que yo mismo estaba silbando. Soplé un silbato dos veces, y el viento pareció venir

absolutamente en respuesta a mi llamada. Si alguien me hubiera visto...

La audiencia se había mostrado un poco inquieta bajo esta arenga, y Parkins, me temo, había caído un poco en el tono de un conferenciante; pero en la última frase el coronel se detuvo.

—¿Estaba silbando? —dijo—. ¿Y qué clase de silbato usó? Juegue este golpe primero. —Intervalo.

—Sobre ese silbato que preguntaba, coronel. Es uno bastante curioso. Lo tengo en mi... No, veo que lo he dejado en mi habitación. De hecho, lo encontré ayer.

Y entonces Parkins narró la manera en que descubrió el silbato, al oír lo cual el coronel gruñó, y opinó que, en el lugar de Parkins, él mismo tendría cuidado al usar algo que había pertenecido a un atajo de papistas, de quienes, hablando en general, se podía afirmar que nunca se sabía de lo que no hubieran sido capaces. De este tema divagó a las enormidades del vicario, quien había anunciado el domingo anterior que el viernes sería la fiesta de Santo Tomás Apóstol, y que habría servicio a las once en la iglesia. Este y otros procedimientos similares constituían, en opinión del coronel, una fuerte presunción de que el vicario era un papista encubierto, si no un jesuita; y Parkins, que no podía seguir muy fácilmente al coronel en este terreno, no discrepó con él. De hecho, se llevaron tan bien por la mañana que no se habló por ninguna de las partes de separarse después del almuerzo.

Ambos continuaron jugando bien durante la tarde, o, al menos, lo suficientemente bien como para hacerles olvidar todo lo demás hasta que la luz comenzó a fallarles. No fue hasta entonces que Parkins recordó que había tenido la intención de investigar un poco más en la preceptoría; pero no era de gran importancia, reflexionó. Un día era tan bueno como otro; bien podría volver a casa con el coronel.

Al doblar la esquina de la casa, el coronel casi fue derribado por un muchacho que se abalanzó sobre él a toda velocidad, y luego, en

lugar de huir, se quedó colgado de él, jadeando. Las primeras palabras del guerrero fueron, naturalmente, de reproche y execración, pero muy rápidamente discernió que el muchacho estaba casi sin habla por el susto. Las preguntas fueron inútiles al principio. Cuando el muchacho recuperó el aliento, empezó a aullar, y seguía aferrado a las piernas del coronel. Finalmente fue desprendido, pero continuó aullando.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Qué has estado haciendo? ¿Qué has visto? —dijeron los dos hombres.

—¡Ay, que lo vi saludarme desde la ventana! —gimió el muchacho—, y no me gusta.

—¿Qué ventana? —dijo el irritado coronel—. Vamos, contrólate, muchacho.

—La ventana de delante, la del hotel —dijo el muchacho.

En este punto, Parkins era partidario de enviar al muchacho a casa, pero el coronel se negó; quería llegar al fondo del asunto, dijo; era muy peligroso darle a un muchacho un susto como el que este había tenido, y si resultaba que la gente había estado gastando bromas, lo pagarían de alguna manera. Y mediante una serie de preguntas, sacó en claro esta historia: El muchacho había estado jugando en la hierba frente al Globe con otros; luego se habían ido a casa a merendar, y él ya se iba, cuando casualmente miró hacia la ventana de delante y lo vio saludándole. Parecía ser una figura de algún tipo, de blanco hasta donde él sabía, no pudo verle la cara; pero le saludó, y no era algo bueno, por no decir que no era una persona buena. ¿Había luz en la habitación? No, no se le ocurrió mirar si había luz. ¿Cuál era la ventana? ¿Era la de arriba o la segunda? Era la segunda, la ventana grande que tiene dos pequeñas a los lados.

—Muy bien, muchacho —dijo el coronel, después de unas cuantas preguntas más—. Vete corriendo a casa ahora. Supongo que era alguien tratando de asustarte. La próxima vez, como un valiente muchacho inglés, simplemente tira una piedra... bueno, no, eso no

exactamente, pero ve y habla con el camarero, o con el señor Simpson, el posadero, y... sí... y dile que yo te aconsejé que lo hicieras.

El rostro del joven expresó parte de la duda que sentía sobre la probabilidad de que el señor Simpson prestara un oído favorable a su queja, pero el coronel no pareció percibirlo, y continuó:

—Y aquí tienes seis peniques... no, veo que es un chelín... y vete a casa, y no pienses más en ello.

El joven se apresuró a marcharse con agitados agradecimientos, y el coronel y Parkins rodearon la parte delantera del Globe y reconocieron el terreno. Solo había una ventana que respondiera a la descripción que habían oído.

—Bueno, esto es curioso —dijo Parkins—; evidentemente, era de mi ventana de la que hablaba el muchacho. ¿Quiere subir un momento, coronel Wilson? Deberíamos poder ver si alguien se ha estado tomando libertades en mi habitación.

Pronto estuvieron en el pasillo, y Parkins hizo ademán de abrir la puerta. Luego se detuvo y buscó en sus bolsillos.

—Esto es más serio de lo que pensaba —fue su siguiente comentario—. Recuerdo ahora que antes de salir esta mañana, cerré la puerta con llave. Ahora está cerrada, y, lo que es más, aquí está la llave. —Y la levantó—. Ahora —continuó—, si los criados tienen la costumbre de entrar en la habitación de uno durante el día cuando uno está ausente, solo puedo decir que... bueno, que no lo apruebo en absoluto. —Consciente de un clímax algo débil, se ocupó en abrir la puerta (que en efecto estaba cerrada con llave) y en encender las velas—. No —dijo—, nada parece estar alterado.

—Excepto su cama —intervino el coronel.

—Disculpe, esa no es mi cama —dijo Parkins—. No uso esa. Pero sí que parece como si alguien hubiera estado gastando bromas con ella.

Ciertamente lo parecía: la ropa de cama estaba amontonada y retorcida en la más tortuosa confusión. Parkins reflexionó.

—Debe ser eso —dijo al fin—: desordené la ropa anoche al deshacer la maleta, y no la han hecho desde entonces. Quizás entraron a hacerla, y ese muchacho los vio por la ventana; y luego los llamaron y cerraron la puerta con llave al salir. Sí, creo que debe ser eso.

—Bueno, llame y pregunte —dijo el coronel, y esto le pareció práctico a Parkins.

La criada apareció y, para abreviar, declaró que había hecho la cama por la mañana cuando el caballero estaba en la habitación, y no había vuelto desde entonces. No, no tenía ninguna otra llave. El señor Simpson guardaba las llaves; él podría decirle al caballero si alguien había subido.

Esto era un enigma. La investigación demostró que no se había sustraído nada de valor, y Parkins recordaba la disposición de los pequeños objetos sobre las mesas y demás lo suficientemente bien como para estar bastante seguro de que no se habían gastado bromas con ellos. El señor y la señora Simpson, además, coincidieron en que ninguno de los dos había dado la llave duplicada de la habitación a ninguna persona durante el día. Tampoco pudo Parkins, hombre ecuánime como era, detectar nada en el comportamiento del amo, la ama o la criada que indicara culpabilidad. Estaba mucho más inclinado a pensar que el muchacho había estado engañando al coronel.

Este último estuvo inusualmente silencioso y pensativo en la cena y durante toda la noche. Cuando se despidió de Parkins, murmuró en un tono bajo y ronco:

—Ya sabe dónde estoy si me necesita durante la noche.

—Vaya, sí, gracias, coronel Wilson, creo que sí; pero no hay muchas perspectivas de que lo moleste, espero. Por cierto —añadió—, ¿le enseñé ese viejo silbato del que hablé? Creo que no. Bueno, aquí está.

El coronel lo examinó con cautela a la luz de la vela.

—¿Puede descifrar algo de la inscripción? —preguntó Parkins, mientras lo recuperaba.

—No, no con esta luz. ¿Qué piensa hacer con él?

—Oh, bueno, cuando vuelva a Cambridge se lo presentaré a algunos de los arqueólogos de allí, y veré qué piensan de él; y muy probablemente, si consideran que merece la pena, podría donarlo a uno de los museos.

—¡Mmm! —dijo el coronel—. Bueno, puede que tenga razón. Todo lo que sé es que, si fuera mío, lo tiraría directamente al mar. No sirve de nada hablar, soy muy consciente, pero supongo que con usted es un caso de vivir para aprender. Eso espero, estoy seguro, y le deseo buenas noches.

Se dio la vuelta, dejando a Parkins a punto de hablar al pie de la escalera, y pronto cada uno estuvo en su propio dormitorio.

Por algún desafortunado accidente, no había ni persianas ni cortinas en las ventanas de la habitación del profesor. La noche anterior había pensado poco en esto, pero esta noche parecía haber todas las perspectivas de que una luna brillante se alzara para brillar directamente sobre su cama, y probablemente despertarlo más tarde. Cuando se dio cuenta de esto, se molestó bastante, pero, con un ingenio que solo puedo envidiar, logró improvisar, con la ayuda de una manta de viaje, unos impermeables, y un bastón y un paraguas, una pantalla que, si se mantenía unida, evitaría por completo que la luz de la luna diera en su cama. Y poco después estaba cómodamente en esa cama. Cuando hubo leído una obra algo densa el tiempo suficiente para producir un decidido deseo de dormir, echó una mirada somnolienta por la habitación, apagó la vela y se dejó caer sobre la almohada.

Debió de dormir profundamente durante una hora o más, cuando un súbito estrépito lo despertó de la manera más inoportuna. En un momento se dio cuenta de lo que había sucedido: su pantalla cuidadosamente construida se había venido abajo, y una luna muy

brillante y helada brillaba directamente sobre su rostro. Esto era muy molesto. ¿Podría levantarse y reconstruir la pantalla? ¿O podría arreglárselas para dormir si no lo hacía?

Durante algunos minutos yació y reflexionó sobre las posibilidades; luego se dio la vuelta bruscamente y, con los ojos abiertos, escuchó sin aliento. Había habido un movimiento, estaba seguro, en la cama vacía del lado opuesto de la habitación. Mañana la haría mover, pues debía de haber ratas o algo jugando en ella. Ahora estaba tranquila. ¡No! La conmoción comenzó de nuevo. Hubo un susurro y una sacudida: seguramente más de lo que cualquier rata podría causar.

Puedo imaginar algo del desconcierto y el horror del profesor, pues yo mismo, en un sueño de hace treinta años, he visto suceder lo mismo; pero el lector difícilmente, quizás, imaginará cuán espantoso fue para él ver una figura sentarse de repente en lo que sabía que era una cama vacía. Saltó de su propia cama de un brinco y se lanzó hacia la ventana, donde yacía su única arma, el bastón con el que había sostenido su pantalla. Esto fue, como resultó, lo peor que pudo haber hecho, porque el personaje de la cama vacía, con un movimiento súbito y suave, se deslizó de la cama y adoptó una posición, con los brazos extendidos, entre las dos camas y frente a la puerta. Parkins lo observaba con una horrible perplejidad. De alguna manera, la idea de pasar a su lado y escapar por la puerta le resultaba intolerable; no habría soportado —no sabía por qué— tocarlo; y en cuanto a que lo tocara a él, preferiría lanzarse por la ventana antes de que eso sucediera. Por el momento, estaba en una franja de sombra oscura, y no había visto cómo era su rostro. Ahora empezó a moverse, en una postura encorvada, y de repente el espectador se dio cuenta, con algo de horror y algo de alivio, de que debía de ser ciego, pues parecía tantear a su alrededor con sus brazos cubiertos de una manera torpe y aleatoria. Girándose a medias de él, de repente se percató de la cama que acababa de dejar, y se lanzó hacia ella, y se inclinó y palpó sobre las almohadas de una manera que hizo que Parkins se estremeciera como nunca en su vida había pensado que fuera posible. En muy pocos momentos

pareció saber que la cama estaba vacía, y entonces, avanzando hacia la zona de luz y de cara a la ventana, mostró por primera vez qué clase de cosa era.

Parkins, a quien no le gusta nada que le pregunten al respecto, una vez describió algo de ello en mi presencia, y deduje que lo que principalmente recuerda es un rostro horrible, intensamente horrible, de lino arrugado. Qué expresión leyó en él, no pudo o no quiso decirlo, pero que el miedo a ello casi lo enloqueció, es cierto.

Pero no tuvo tiempo de observarlo por mucho tiempo. Con formidable rapidez se movió hacia el centro de la habitación y, mientras tanteaba y se agitaba, una esquina de sus ropajes rozó el rostro de Parkins. No pudo, aunque sabía cuán peligroso era un sonido, no pudo reprimir un grito de asco, y esto le dio al buscador una pista instantánea. Saltó hacia él en el acto, y al momento siguiente estaba a medio camino por la ventana hacia atrás, lanzando un grito tras otro a pleno pulmón, y el rostro de lino se apretaba contra el suyo. En este, casi el último segundo posible, llegó la liberación, como habrán adivinado: el coronel abrió la puerta de golpe, y llegó justo a tiempo para ver el espantoso grupo en la ventana. Cuando alcanzó a las figuras, solo quedaba una. Parkins se desplomó hacia adelante en la habitación, desmayado, y ante él, en el suelo, yacía un montón revuelto de ropa de cama.

El coronel Wilson no hizo preguntas, sino que se ocupó de mantener a todos los demás fuera de la habitación y de volver a acostar a Parkins; y él mismo, envuelto en una manta, ocupó la otra cama durante el resto de la noche. A primera hora del día siguiente llegó Rogers, más bienvenido de lo que habría sido un día antes, y los tres mantuvieron una larguísima consulta en la habitación del profesor. Al final de la misma, el coronel salió por la puerta del hotel llevando un pequeño objeto entre el pulgar y el índice, que arrojó al mar tan lejos como un brazo muy musculoso pudo enviarlo. Más tarde, el humo de una hoguera ascendió desde las dependencias traseras del Globe.

Exactamente qué explicación se improvisó para el personal y los visitantes del hotel, debo confesar que no lo recuerdo. El profesor fue de alguna manera absuelto de la fácil sospecha de delirium tremens , y el hotel de la reputación de ser una casa encantada.

No hay mucha duda sobre lo que le habría sucedido a Parkins si el coronel no hubiera intervenido cuando lo hizo. O se habría caído por la ventana o habría perdido el juicio. Pero no es tan evidente qué más podría haber hecho la criatura que acudió en respuesta al silbato, aparte de asustar. Parecía no haber absolutamente nada material en ella, salvo la ropa de cama con la que se había hecho un cuerpo. El coronel, que recordaba un suceso no muy diferente en la India, opinaba que si Parkins se hubiera enfrentado a ella, realmente podría haber hecho muy poco, y que su único poder era el de asustar. Todo el asunto, dijo, servía para confirmar su opinión sobre la Iglesia de Roma.

Realmente no hay mucho más que contar, pero, como pueden imaginar, las opiniones del profesor sobre ciertos puntos son menos tajantes de lo que solían ser. Sus nervios también han sufrido: todavía no puede ver una sobrepelliz colgada en una puerta sin inmutarse, y el espectáculo de un espantapájaros en un campo al atardecer de un día de invierno le ha costado más de una noche de insomnio.

# EL TESORO DEL ABAD THOMAS

## I

Verum usque in præsentem diem multa garrunt inter se Canonici de abscondito quodam istius Abbatis Thomæ thesauro, quem sæpe, quanquam adhuc incassum, quæsiverunt Steinfeldenses. Ipsum enim Thomam adhuc florida in ætate existentem ingentem auri massam circa monasterium defodisse perhibent; de quo multoties interrogatus ubi esset, cum risu respondere solitus erat: "Job, Johannes, et Zacharias vel vobis vel posteris indicabunt"; idemque aliquando adiciere se inventuris minime invisurum. Inter alia huius Abbatis opera, hoc memoria præcipue dignum iudico quod fenestram magnam in orientali parte alæ australis in ecclesia sua imaginibus optime in vitro depictis impleverit: id quod et ipsius effigies et insignia ibidem posita demonstrant. Domum quoque Abbatialem fere totam restauravit: puteo in atrio ipsius effosso et lapidibus marmoreis pulchre cælatis exornato. Decessit autem, morte aliquantulum subitanea percussus, ætatis suæ anno lxxiido, incarnationis vero Dominiæ mdxxix.

—Supongo que tendré que traducir esto —se dijo el anticuario, mientras terminaba de copiar las líneas anteriores de ese libro bastante raro y excesivamente prolijo, el Sertum Steinfeldense Norbertinum .[^5]—. Bueno, da lo mismo hacerlo ahora que después —y, en consecuencia, la siguiente traducción se produjo muy rápidamente:

[^5]: Relato de la abadía premonstratense de Steinfeld, en el Eifel, con vidas de los abades, publicado en Colonia en 1712 por Christian Albert Erhard, un residente de la zona. El epíteto Norbertinum se debe a que San Norberto fue el fundador de la Orden Premonstratense.

Hasta el día de hoy, mucho se cuchichea entre los Canónigos acerca de un cierto tesoro oculto de este abad Tomás, que los de Steinfeld han buscado a menudo, aunque hasta ahora en vano. La historia cuenta que Tomás, estando aún en el vigor de la vida, ocultó una grandísima cantidad de oro en algún lugar del monasterio. A menudo se le preguntaba dónde estaba, y siempre respondía, con una risa: «Job, Juan y Zacarías os lo dirán a vosotros o a vuestros sucesores». A veces añadía que no guardaría ningún rencor a quienes lo encontraran. Entre otras obras llevadas a cabo por este abad, considero especialmente digno de mención que llenó la gran ventana del extremo este de la nave sur de su iglesia con figuras admirablemente pintadas en vidrio, como atestiguan su efigie y sus armas allí dispuestas. También restauró casi por completo la casa del abad, y excavó un pozo en su patio, que adornó con hermosas tallas en mármol. Murió de forma un tanto repentina en el septuagésimo segundo año de su edad, el año de la encarnación de Nuestro Señor de 1529.

El objetivo que el anticuario tenía ante sí en ese momento era el de rastrear el paradero de las vidrieras de la iglesia abacial de Steinfeld. Poco después de la Revolución, una gran cantidad de vidrieras pintadas se abrió camino desde las abadías disueltas de Alemania y Bélgica hasta este país, y ahora pueden verse adornando varias de nuestras iglesias parroquiales, catedrales y capillas privadas. La abadía de Steinfeld se encontraba entre las más considerables de estas contribuyentes involuntarias a nuestras posesiones artísticas (estoy citando el preámbulo algo pesado del libro que escribió el anticuario), y la mayor parte del vidrio de esa institución puede identificarse sin mucha dificultad con la ayuda, ya sea de las numerosas inscripciones en las que se menciona el lugar,

o de los temas de las ventanas, en las que se representaban varios ciclos o narrativas bien definidas.

El pasaje con el que comencé mi historia había puesto al anticuario sobre la pista de otra identificación. En una capilla privada —no importa dónde— había visto tres grandes figuras, cada una ocupando un vano entero de una ventana, y evidentemente obra de un solo artista. Su estilo dejaba claro que ese artista había sido un alemán del siglo XVI; pero hasta ahora la localización más exacta de ellas había sido un enigma. Representaban —¿se sorprenderá al oírlo?— a JOB PATRIARCA, JOHANNES EVANGELISTA, ZACHARIAS PROPHETA, y cada uno de ellos sostenía un libro o un rollo, inscrito con una sentencia de sus escritos. Estas, por supuesto, el anticuario las había anotado, y le había llamado la atención la curiosa forma en que diferían de cualquier texto de la Vulgata que había podido examinar. Así, el rollo en la mano de Job estaba inscrito: Auro est locus in quo absconditur (en lugar de conflatatur );<sup>[^6]</sup> en el libro de Juan estaba: Habent in vestimentis suis scripturam quam nemo novit <sup>[^7]</sup> (en lugar de in vestimento scriptum , tomando las siguientes palabras de otro versículo); y Zacarías tenía: Super lapidem unum septem oculi sunt <sup>[^8]</sup> (que, única de las tres, presenta un texto inalterado).

<sup>[^6]</sup>: Hay un lugar para el oro donde se oculta.

<sup>[^7]</sup>: Tienen en sus vestiduras una escritura que ningún hombre conoce.

<sup>[^8]</sup>: Sobre una piedra hay siete ojos.

Había sido una triste perplejidad para nuestro investigador pensar por qué estos tres personajes habían sido colocados juntos en una ventana. No había ningún vínculo de conexión entre ellos, ni histórico, ni simbólico, ni doctrinal, y solo podía suponer que debían de haber formado parte de una serie muy grande de Profetas y Apóstoles, que podría haber llenado, digamos, todas las ventanas del triforio de alguna espaciosa iglesia. Pero el pasaje del Sertum había alterado la situación al mostrar que los nombres de los

personajes reales representados en el vidrio ahora en la capilla de Lord D— habían estado constantemente en los labios del abad Tomás von Eschenhausen de Steinfeld, y que este abad había mandado poner una vidriera pintada, probablemente alrededor del año 1520, en la nave sur de la iglesia de su abadía. No era una conjetura muy descabellada que las tres figuras pudieran haber formado parte de la ofrenda del abad Tomás; era una que, además, probablemente podría confirmarse o descartarse con otro examen cuidadoso del vidrio. Y, como el señor Somerton era un hombre ocioso, emprendió la peregrinación a la capilla privada sin mucha demora. Su conjetura se confirmó por completo. No solo el estilo y la técnica del vidrio encajaban perfectamente con la fecha y el lugar requeridos, sino que en otra ventana de la capilla encontró algunos vidrios, que se sabía que habían sido comprados junto con las figuras, que contenían las armas del abad Tomás von Eschenhausen.

A intervalos durante sus investigaciones, el señor Somerton había sido perseguido por el recuerdo del chismorreo sobre el tesoro oculto y, a medida que reflexionaba sobre el asunto, se le hizo cada vez más obvio que si el abad quería decir algo con la enigmática respuesta que daba a sus interrogadores, debía de haber querido decir que el secreto se encontraría en algún lugar de la ventana que había colocado en la iglesia de la abadía. Era innegable, además, que el primero de los textos curiosamente seleccionados en los rollos de la ventana podía interpretarse como una referencia a un tesoro oculto.

Cada rasgo, por lo tanto, o marca que pudiera ayudar a elucidar el enigma que, estaba seguro, el abad había planteado a la posteridad, lo anotó con escrupuloso cuidado y, regresando a su casa señorial de Berkshire, quemó muchas pestañas sobre sus calcos y bocetos. Después de dos o tres semanas, llegó un día en que el señor Somerton anunció a su criado que debía hacer las maletas, la suya y la de su señor, para un corto viaje al extranjero, adonde por el momento no lo seguiremos.

## II

El señor Gregory, rector de Parsbury, había salido a pasear antes del desayuno, siendo una hermosa mañana de otoño, hasta la cancela de la entrada de su casa, con la intención de encontrarse con el cartero y aspirar el aire fresco. Y no se vio defraudado en ninguno de los dos propósitos. Antes de que hubiera tenido tiempo de responder a más de diez u once de las preguntas misceláneas que le planteaban, en la alegría de sus corazones, sus pequeños vástagos que lo habían acompañado, se vio acercarse al cartero; y entre el correo de la mañana había una carta con matasellos y sello extranjeros (que se convirtieron de inmediato en objeto de una ávida competencia entre los jóvenes Gregorys), y estaba dirigida con una letra inculta, pero claramente inglesa.

Cuando el rector la abrió y miró la firma, se dio cuenta de que provenía del ayuda de cámara de confianza de su amigo y terrateniente, el señor Somerton. Decía así:

HONORABLE SEÑOR:

Como estoy en una gran ansia por el Señor escribo por su Deseo para rogarle a Usted Señor si pudiera tener la bondad de Acercarse. El Señor Ha tenido un Feo Susto y guarda Cama. Nunca Lo he conocido así pero no es de extrañar y nada servirá sino Usted Señor. El Señor dice que mencione el Camino Corto Aquí es Conducir a Coblenza y tomar un Coche. Esperando Haberlo dejado todo Claro, pero estoy muy Confundido en Mí mismo con la Ansiedad y el no dormir por las noches. Si pudiera ser tan Atrevido Señor será un Placer ver un Rostro Honesto Británico entre todos Estos Extranjeros.

Soy Señor

Su obedte. Servidor

William Brown.

P.D.—El Pueblo pues Villa no lo Llamo. Se llama Steinfeld.

El lector debe imaginarse en detalle la sorpresa, la confusión y la prisa de los preparativos en los que la recepción de tal carta probablemente sumiría a una tranquila rectoría de Berkshire en el año de gracia de 1859. Baste decir que se cogió un tren a la ciudad en el transcurso del día, y que el señor Gregory pudo conseguir un camarote en el barco de Amberes y un asiento en el tren de Coblenza. Tampoco fue difícil organizar el tránsito desde ese centro hasta Steinfeld.

Como narrador de esta historia, me encuentro en una grave desventaja, ya que nunca he visitado Steinfeld, y ninguno de los dos actores principales del episodio (de quienes obtengo mi información) pudo darme más que una idea vaga y bastante lúgubre de su apariencia. Deduzco que es un lugar pequeño, con una gran iglesia despojada de sus antiguos accesorios; varios grandes edificios bastante ruinosos, en su mayoría del siglo XVII, rodean esta iglesia; pues la abadía, al igual que la mayoría de las del continente, fue reconstruida de manera lujosa por sus habitantes en ese período. No me ha parecido que valga la pena gastar dinero en una visita al lugar, pues aunque probablemente sea mucho más atractivo de lo que el señor Somerton o el señor Gregory pensaban, evidentemente hay poco, si es que hay algo, de interés de primer orden que ver, excepto, quizás, una cosa, que no me gustaría ver.

La posada donde se alojaban el caballero inglés y su criado es, o era, la única «posible» del pueblo. El señor Gregory fue llevado allí de inmediato por su cochero, y encontró al señor Brown esperando en la puerta. El señor Brown, un modelo en su hogar de Berkshire de la impasible raza de bigotudos conocidos como ayudas de cámara de confianza, estaba ahora manifiestamente fuera de su elemento, con un traje de tweed claro, ansioso, casi irritable, y claramente todo menos dueño de la situación. Su alivio al ver el «rostro honesto británico» de su rector fue inconmensurable, pero le faltaron palabras para describirlo. Solo pudo decir:

—Bueno, me alegro mucho, estoy seguro, señor, de verlo. Y también estoy seguro, señor, de que se alegrará el señor.

—¿Cómo está su señor, Brown? —intervino ansiosamente el señor Gregory.

—Creo que está mejor, señor, gracias; pero lo ha pasado fatal. Espero que ahora esté durmiendo algo, pero...

—¿Qué ha pasado? No pude entenderlo por su carta. ¿Fue un accidente de algún tipo?

—Bueno, señor, apenas sé si debería hablar de ello. El señor fue muy particular en que él fuera quien se lo contara. Pero no hay huesos rotos, eso es una cosa por la que estoy seguro de que deberíamos estar agradecidos...

—¿Qué dice el médico? —preguntó el señor Gregory.

Para entonces estaban fuera de la puerta del dormitorio del señor Somerton, hablando en voz baja. El señor Gregory, que casualmente estaba delante, estaba buscando el pomo y acertó a pasar los dedos por los paneles. Antes de que Brown pudiera responder, se oyó un grito terrible desde dentro de la habitación.

—En el nombre de Dios, ¿quién es? —fueron las primeras palabras que oyeron—. ¿Brown, es usted?

—Sí, señor, yo, señor, y el señor Gregory —se apresuró a responder Brown, y se oyó un gemido audible de alivio como respuesta.

Entraron en la habitación, que estaba a oscuras para protegerse del sol de la tarde, y el señor Gregory vio, con una sacudida de piedad, cuán demacrado, cuán húmedo de gotas de miedo, estaba el rostro habitualmente tranquilo de su amigo, quien, sentado en la cama con cortinas, extendió una mano temblorosa para darle la bienvenida.

—Mejor por verlo, mi querido Gregory —fue la respuesta a la primera pregunta del rector, y era palpablemente cierto.

Después de cinco minutos de conversación, el señor Somerton era más él mismo, informó Brown después, de lo que lo había sido en días. Pudo tomar una cena más que respetable, y habló con confianza de estar en condiciones de soportar un viaje a Coblenza en veinticuatro horas.

—Pero hay una cosa —dijo, con un retorno de agitación que al señor Gregory no le gustó ver— que debo rogarle que haga por mí, mi querido Gregory. No... —continuó, poniendo la mano sobre la de Gregory para anticiparse a cualquier interrupción—, no me pregunte qué es, ni por qué quiero que se haga. Todavía no estoy en condiciones de explicarlo; me haría retroceder, desharía todo el bien que me ha hecho al venir. La única palabra que diré al respecto es que no corre usted ningún riesgo al hacerlo, y que Brown puede y le mostrará mañana de qué se trata. Es simplemente volver a poner... guardar... algo... No; todavía no puedo hablar de ello. ¿Le importa llamar a Brown?

—Bueno, Somerton —dijo el señor Gregory, mientras cruzaba la habitación hacia la puerta—, no pediré ninguna explicación hasta que usted considere oportuno darla. Y si este pequeño asunto es tan fácil como usted lo presenta, con mucho gusto lo emprenderé por usted a primera hora de la mañana.

—Ah, estaba seguro de que lo haría, mi querido Gregory; estaba seguro de que podía confiar en usted. Le deberé más agradecimientos de los que puedo expresar. Ahora, aquí está Brown. Brown, una palabra con usted.

—¿Me voy? —intervino el señor Gregory.

—En absoluto. ¡Cielo santo, no! Brown, a primera hora de la mañana —(sé que no le importan las horas tempranas, Gregory)— debe llevar al rector a... allí, ya sabe (un asentimiento de Brown, que parecía grave y ansioso), y él y usted volverán a poner eso en su sitio. No tiene por qué alarmarse en lo más mínimo; es perfectamente seguro durante el día. Sabe a lo que me refiero. Yace en el escalón, ya sabe, donde... donde lo pusimos. (Brown tragó

saliva secamente una o dos veces y, al no poder hablar, asintió). Y... sí, eso es todo. Solo esta otra palabra, mi querido Gregory. Si puede arreglárselas para no interrogar a Brown sobre este asunto, le estaré aún más agradecido. Mañana por la tarde, a más tardar, si todo va bien, creo que podré contarle toda la historia de principio a fin. Y ahora le desearé buenas noches. Brown estará conmigo, duerme aquí, y si yo fuera usted, cerraría mi puerta con llave. Sí, sea particular en hacer eso. A ellos... a ellos les gusta, a la gente de aquí, y es mejor. Buenas noches, buenas noches.

Se despidieron con esto, y si el señor Gregory se despertó una o dos veces en las primeras horas de la madrugada e imaginó oír un torpe manoseo en la parte inferior de su puerta cerrada con llave, quizás no fue más de lo que un hombre tranquilo, repentinamente sumergido en una cama extraña y en el corazón de un misterio, podría razonablemente esperar. Ciertamente pensó, hasta el final de sus días, que había oído tal sonido dos o tres veces entre la medianoche y el amanecer.

Se levantó con el sol, y salió en compañía de Brown poco después. Por perplejo que fuera el servicio que se le había pedido que realizara para el señor Somerton, no era difícil ni alarmante, y en media hora desde que salió de la posada, había terminado. Qué era, no lo divulgaré todavía.

Más tarde por la mañana, el señor Somerton, ahora casi recuperado, pudo partir de Steinfeld; y esa misma tarde, ya fuera en Coblenza o en alguna etapa intermedia del viaje, no estoy seguro, se dispuso a la explicación prometida. Brown estaba presente, pero cuánto del asunto llegó a comprender realmente nunca lo diría, y soy incapaz de conjeturarlo.

### III

Esta fue la historia del señor Somerton:

—Saben ustedes a grandes rasgos, ambos, que esta expedición mía fue emprendida con el objetivo de rastrear algo en conexión con unas antiguas vidrieras pintadas en la capilla privada de Lord D—. Bueno, el punto de partida de todo el asunto yace en este pasaje de un viejo libro impreso, al que pediré su atención.

Y en este punto, el señor Somerton repasó cuidadosamente un terreno con el que ya estamos familiarizados.

—En mi segunda visita a la capilla —continuó—, mi propósito era tomar todas las notas que pudiera de las figuras, las letras, los rasguños de diamante en el vidrio e incluso las marcas aparentemente accidentales. El primer punto que abordé fue el de los rollos inscritos. No podía dudar de que el primero de ellos, el de Job —«Hay un lugar para el oro donde se oculta»—, con su alteración intencionada, debía referirse al tesoro; así que me apliqué con cierta confianza al siguiente, el de San Juan: «Tienen en sus vestiduras una escritura que ningún hombre conoce». La pregunta natural se les habrá ocurrido: ¿había una inscripción en las túnicas de las figuras? No pude ver ninguna; cada uno de los tres tenía un ancho borde negro en su manto, que constituía un rasgo conspicuo y bastante feo en la ventana. Me quedé perplejo, lo admito, y, de no ser por un curioso golpe de suerte, creo que habría dejado la búsqueda donde la habían dejado los canónigos de Steinfeld antes que yo. Pero sucedió que había mucho polvo en la superficie del vidrio, y Lord D—, que entró por casualidad, notó mis manos ennegrecidas e insistió amablemente en mandar a buscar un plumero para limpiar la ventana. Debí de haber, supongo, una parte áspera en el plumero; de todos modos, al pasar sobre el borde de

uno de los mantos, noté que dejaba un largo rasguño, y que al instante aparecía una mancha amarilla. Le pedí al hombre que detuviera su trabajo por un momento, y subí corriendo la escalera para examinar el lugar. La mancha amarilla estaba allí, sin duda, y lo que se había desprendido era un espeso pigmento negro, que evidentemente había sido aplicado con pincel después de que el vidrio hubiera sido cocido, y por lo tanto podía rasparse fácilmente sin hacer ningún daño. Raspé, en consecuencia, y apenas lo creerán —no, les hago una injusticia; ya lo habrán adivinado— que encontré bajo este pigmento negro dos o tres letras mayúsculas claramente formadas en esmalte amarillo sobre un fondo transparente. Por supuesto, apenas podía contener mi alegría.

»Le dije a Lord D— que había detectado una inscripción que pensé podría ser muy interesante, y le rogué que me permitiera descubrirla por completo. No puso ninguna dificultad al respecto, me dijo que hiciera exactamente lo que quisiera, y luego, teniendo un compromiso, se vio obligado —más bien para mi alivio, debo decir— a dejarme. Me puse a trabajar de inmediato, y encontré la tarea bastante fácil. El pigmento, desintegrado, por supuesto, por el tiempo, se desprendía casi con un toque, y no creo que me llevara un par de horas, en total, limpiar todos los bordes negros de las tres luces. Cada una de las figuras tenía, como decía la inscripción, «una escritura en sus vestiduras que nadie conocía».

»Este descubrimiento, por supuesto, hizo absolutamente cierto para mí que estaba en el camino correcto. Y ahora, ¿cuál era la inscripción? Mientras limpiaba el vidrio, casi me esforcé por no leer las letras, guardándome el gusto para cuando lo tuviera todo claro. Y cuando eso estuvo hecho, mi querido Gregory, te aseguro que casi podría haber llorado de pura decepción. Lo que leí no era más que el revoltijo de letras más desesperanzador que jamás se haya agitado en un sombrero. Aquí está:

Job. DREVICIOPEDMOOMSMVIVLISLCAVIBASBATAOVT

Sn Juan. RDIIEAMRLESIPVSPDSEEIRSETTAAESGIAVNNR

## Zacarías. FTCEAYRISIPVOLTPREHSIVALVCVTINAOAT

»Por más desolado que me sentí y debí de parecer durante los primeros minutos, mi decepción no duró mucho. Me di cuenta casi de inmediato de que estaba tratando con un cifrado o criptograma; y reflexioné que era probable que fuera de un tipo bastante simple, considerando su fecha temprana. Así que copié las letras con el más ansioso cuidado. Otro pequeño punto, puedo decirles, surgió en el proceso que confirmó mi creencia en el cifrado. Después de copiar las letras en la túnica de Job, las conté para asegurarme de que las tenía correctas. Había treinta y ocho; y, justo cuando terminaba de repasarlas, mi vista cayó sobre un rasguño hecho con una punta afilada en el borde. Era simplemente el número xxxviii en números romanos. Para abreviar, había una nota similar, como podría llamarla, en cada una de las otras luces; y eso me dejó claro que el pintor de vidrieras había recibido órdenes muy estrictas del abad Tomás sobre la inscripción, y se había esmerado en hacerla correcta.

»Bueno, después de ese descubrimiento pueden imaginar con qué minuciosidad repasé toda la superficie del vidrio en busca de más luz. Por supuesto, no descuidé la inscripción en el rollo de Zacarías —“Sobre una piedra hay siete ojos”—, pero muy rápidamente concluí que esto debía referirse a alguna marca en una piedra que solo podría encontrarse in situ, donde estaba oculto el tesoro. En resumen, tomé todas las notas y bocetos y calcos posibles, y luego volví a Parsbury para descifrar el criptograma con calma. ¡Oh, las agonías que pasé! Al principio me creí muy listo, pues estaba seguro de que la clave se encontraría en alguno de los viejos libros sobre escritura secreta. La Steganographia de Joaquín Tritemio, que fue un contemporáneo anterior del abad Tomás, parecía particularmente prometedora; así que conseguí esa y la Cryptographia de Selenio y el de Augmentis Scientiarum de Bacon y algunos más. Pero no pude dar con nada. Luego probé el principio de la “letra más frecuente”, tomando primero el latín y luego el alemán como base. Eso tampoco ayudó; si debería haberlo hecho o no, no estoy seguro. Y entonces volví a la ventana misma, y leí mis notas, esperando casi contra toda esperanza que el propio abad pudiera haber proporcionado en algún

lugar la clave que yo quería. No pude sacar nada en claro del color o el patrón de las túnicas. No había fondos de paisaje con objetos subsidiarios; no había nada en los doseles. El único recurso posible parecía estar en las actitudes de las figuras. "Job", leí: "rollo en la mano izquierda, dedo índice de la mano derecha extendido hacia arriba. Juan: sostiene un libro inscrito en la mano izquierda; con la mano derecha bendice, con dos dedos. Zacarías: rollo en la mano izquierda; mano derecha extendida hacia arriba, como Job, pero con tres dedos apuntando hacia arriba". En otras palabras, reflexioné, Job tiene un dedo extendido, Juan tiene dos, Zacarías tiene tres. ¿No podría haber una clave numérica oculta en eso? Mi querido Gregory —dijo el señor Somerton, poniendo la mano en la rodilla de su amigo—, esa era la clave. Al principio no conseguí que encajara, pero después de dos o tres intentos vi lo que se quería decir. Después de la primera letra de la inscripción, te saltas una letra, después de la siguiente te saltas dos, y después de esa, te saltas tres. Ahora mira el resultado que obtuve. He subrayado las letras que forman palabras:

DECEMILLIA AURI REPOSITA SUNT IN PUTE  
EO IN AT...

»¿Lo ves? "Decem millia auri reposita sunt in puteo in at..." (Diez mil [piezas] de oro están depositadas en un pozo en...), seguido de una palabra incompleta que empieza por at . Hasta ahí, todo bien. Intenté el mismo plan con las letras restantes; pero no funcionó, y se me ocurrió que quizás la colocación de puntos después de las tres últimas letras podría indicar alguna diferencia de procedimiento. Entonces pensé: "¿No había alguna alusión a un pozo en el relato del abad Tomás en ese libro, el 'Sertum' ?". Sí, la había: construyó un puteus in atrio (un pozo en el patio). Ahí, por supuesto, estaba mi palabra atrio . El siguiente paso fue copiar las letras restantes de la inscripción, omitiendo las que ya había usado. Eso dio lo que verán en esta hoja:

RVIIOPDOOSMVISCAVBSBTAOTDIEAMLSIVSPDEERSETAEGIANRF  
TCEAYRISIPVOLTPREHSIVALVCVTINA OAT

»Ahora, sabía cuáles eran las tres primeras letras que quería —a saber, rio — para completar la palabra atrio ; y, como verán, todas se encuentran en las primeras cinco letras. Me confundí un poco al principio por la aparición de dos íes, pero muy pronto vi que había que tomar una de cada dos letras en el resto de la inscripción. Pueden resolverlo ustedes mismos; el resultado, continuando donde terminó la primera “ronda”, es este:

» rio domus abbatialis de Steinfeld a me, Thoma, qui posui custodem super ea. Gare à qui la touche .

»Así que todo el secreto estaba revelado:

»“Diez mil piezas de oro están depositadas en el pozo del atrio de la casa abacial de Steinfeld por mí, Tomás, que he puesto un guardián sobre ellas. ¡Cuidado con quien las toque!”.

»Las últimas palabras, debo decir, son un lema que el abad Tomás había adoptado. Lo encontré con sus armas en otro trozo de vidrio en casa de Lord D—, y lo incorporó tal cual a su cifrado, aunque no encaja del todo en cuanto a la gramática.

»Bueno, ¿qué habría sido tentado a hacer cualquier ser humano, mi querido Gregory, en mi lugar? ¿Podría haber evitado partir, como hice yo, hacia Steinfeld, y rastrear el secreto literalmente hasta su origen? No creo que pudiera. En cualquier caso, yo no pude, y, como no necesito decirles, me encontré en Steinfeld tan pronto como los recursos de la civilización pudieron llevarme allí, y me instalé en la posada que vieron. Debo decirles que no estaba del todo libre de presagios: por un lado, de decepción; por otro, de peligro. Siempre existía la posibilidad de que el pozo del abad Tomás hubiera sido completamente borrado, o que alguien, ignorante de criptogramas y guiado solo por la suerte, se hubiera topado con el tesoro antes que yo. Y luego —hubo un temblor muy perceptible en la voz aquí—, no estaba del todo tranquilo, no me importa confesarlo, en cuanto al significado de las palabras sobre el guardián del tesoro. Pero, si no les importa, no diré más sobre eso hasta... hasta que sea necesario.

»En la primera oportunidad posible, Brown y yo empezamos a explorar el lugar. Naturalmente, me había presentado como interesado en los restos de la abadía, y no pudimos evitar hacer una visita a la iglesia, por impaciente que estuviera por estar en otro lugar. Aun así, me interesó ver las ventanas donde había estado el vidrio, y especialmente la del extremo este de la nave sur. En las tracerías de esa ventana me sorprendió ver algunos fragmentos y escudos de armas que quedaban: el escudo del abad Tomás estaba allí, y una pequeña figura con un rollo inscrito *Oculos habent, et non videbunt* (Tienen ojos, y no verán), lo cual, supongo, era una indirecta del abad a sus canónigos.

»Pero, por supuesto, el objetivo principal era encontrar la casa del abad. No hay un lugar prescrito para esto, hasta donde yo sé, en el plano de un monasterio; no se puede predecir de ella, como se puede de la sala capitular, que estará en el lado este del claustro, o, como del dormitorio, que comunicará con un transepto de la iglesia. Sentí que si hacía muchas preguntas podría despertar recuerdos persistentes del tesoro, y pensé que era mejor intentar descubrirlo por mí mismo primero. No fue una búsqueda muy larga ni difícil. Aquel patio de tres lados al sureste de la iglesia, con montones de edificios desiertos a su alrededor y un pavimento cubierto de hierba, que visteis esta mañana, era el lugar. Y me alegré mucho de ver que no se le daba ningún uso, y que no estaba ni muy lejos de nuestra posada ni a la vista de ningún edificio habitado; solo había huertos y prados en las laderas al este de la iglesia. Puedo decirles que esa hermosa piedra brillaba maravillosamente en el atardecer algo acuoso y amarillo que tuvimos el martes por la tarde.

»Luego, ¿qué hay del pozo? No había muchas dudas al respecto, como pueden atestiguar. Es realmente una cosa muy notable. Ese brocal es, creo, de mármol italiano, y la talla pensé que también debía ser italiana. Había relieves, quizás recuerden, de Eliezer y Rebeca, y de Jacob abriendo el pozo para Raquel, y temas similares; pero, a modo de desarmar sospechas, supongo, el abad se había abstenido cuidadosamente de cualquiera de sus inscripciones cínicas y alusivas.

»Examiné toda la estructura con el más vivo interés, por supuesto: un brocal cuadrado con una abertura en un lado; un arco sobre él, con una polea para que pasara la cuerda, evidentemente en muy buen estado todavía, pues se había usado en los últimos sesenta años, o quizás incluso más tarde, aunque no muy recientemente. Luego estaba la cuestión de la profundidad y el acceso al interior. Supongo que la profundidad era de unos sesenta a setenta pies; y en cuanto al otro punto, realmente parecía como si el abad hubiera querido guiar a los buscadores hasta la misma puerta de su tesoro, pues, como ustedes mismos comprobaron, había grandes bloques de piedra empotrados en la mampostería, que descendían en una escalera regular dando vueltas y más vueltas por el interior del pozo.

»Parecía casi demasiado bueno para ser verdad. Me pregunté si habría una trampa, si las piedras estarían dispuestas de tal manera que se volcaran al colocar un peso sobre ellas; pero probé varias con mi propio peso y con mi bastón, y todas parecían, y de hecho eran, perfectamente firmes. Por supuesto, resolví que Brown y yo haríamos un experimento esa misma noche.

»Estaba bien preparado. Sabiendo el tipo de lugar que tendría que explorar, había traído una cantidad suficiente de buena cuerda y cinchas para rodear mi cuerpo, y barras transversales para sujetarme, así como linternas, velas y palanquetas, todo lo cual cabía en un único bolso de viaje y no levantaría sospechas. Me aseguré de que mi cuerda sería lo suficientemente larga y de que la polea para el cubo estaba en buen estado de funcionamiento, y luego nos fuimos a casa a cenar.

»Tuve una pequeña y cautelosa conversación con el posadero, y deduje que no se sorprendería demasiado si salía a dar un paseo con mi criado alrededor de las nueve, para hacer (¡el cielo me perdone!) un boceto de la abadía a la luz de la luna. No hice preguntas sobre el pozo, y no es probable que las haga ahora. Me imagino que sé tanto sobre él como cualquiera en Steinfeld: al menos» —con un fuerte estremecimiento— «no quiero saber nada más.

»Ahora llegamos a la crisis y, aunque odio pensar en ello, estoy seguro, Gregory, de que será mejor para mí en todos los sentidos recordarlo tal como sucedió. Partimos, Brown y yo, alrededor de las nueve con nuestra bolsa, y no llamamos la atención; pues nos las arreglamos para salir por la parte trasera del patio de la posada a un callejón que nos llevó hasta el borde mismo del pueblo. En cinco minutos estábamos en el pozo, y durante un buen rato nos sentamos en el borde del brocal para asegurarnos de que nadie se movía ni nos espiaba. Todo lo que oímos fueron unos caballos paciando hierba fuera de la vista, más abajo en la ladera oriental. Estábamos perfectamente inadvertidos, y teníamos mucha luz de la espléndida luna llena para permitirnos colocar la cuerda correctamente sobre la polea. Luego me aseguré la cincha alrededor del cuerpo, bajo los brazos. Atamos el extremo de la cuerda muy firmemente a una anilla en la mampostería. Brown tomó la linterna encendida y me siguió; yo llevaba una palanqueta. Y así empezamos a descender con cautela, palpando cada escalón antes de poner el pie en él, y escudriñando las paredes en busca de alguna piedra marcada.

»Conté los escalones en voz baja mientras bajábamos, y llegamos hasta el trigésimo octavo antes de que notara algo irregular en la superficie de la mampostería. Incluso aquí no había ninguna marca, y empecé a sentirme muy desanimado, y a preguntarme si el criptograma del abad podría ser una elaborada broma. En el cuadragésimo noveno escalón, la escalera cesó. Fue con el corazón muy encogido que empecé a retroceder sobre mis pasos, y cuando volví al trigésimo octavo —Brown, con la linterna, estando un escalón o dos por encima de mí— escudriñé la pequeña irregularidad en la mampostería con todas mis fuerzas; pero no había vestigio de una marca.

»Entonces se me ocurrió que la textura de la superficie parecía un poco más lisa que el resto, o, al menos, de alguna manera diferente. Podría ser cemento y no piedra. Le di un buen golpe con mi barra de hierro. Hubo un sonido decididamente hueco, aunque eso podría ser el resultado de estar en un pozo. Pero hubo más. Un gran trozo de

cemento cayó a mis pies, y vi marcas en la piedra de debajo. ¡Había localizado al abad, mi querido Gregory; incluso ahora lo pienso con cierto orgullo! Bastaron unos pocos golpes más para quitar todo el cemento, y vi una losa de piedra de unos dos pies cuadrados, sobre la cual estaba grabada una cruz. Decepción de nuevo, pero solo por un momento. Fuiste tú, Brown, quien me tranquilizó con una observación casual. Dijiste, si no recuerdo mal:

»—Es una cruz rara: parece un montón de ojos.

»Te arrebaté la linterna de la mano y vi con un placer inexpressable que la cruz estaba compuesta por siete ojos, cuatro en línea vertical, tres en horizontal. El último de los rollos de la ventana se explicaba de la manera que había anticipado. Aquí estaba mi "piedra con los siete ojos". Hasta ahora, los datos del abad habían sido exactos y, al pensar en esto, la ansiedad por el "guardián" regresó a mí con fuerza renovada. Aun así, no iba a retroceder ahora.

»Sin darme tiempo a pensar, quité el cemento de alrededor de la piedra marcada, y luego la apalanqué por el lado derecho con mi palanqueta. Se movió de inmediato, y vi que no era más que una losa delgada y ligera, como la que yo mismo podría levantar fácilmente, y que obstruía la entrada a una cavidad. La saqué intacta y la puse en el escalón, pues podría ser muy importante para nosotros poder volver a colocarla. Luego esperé varios minutos en el escalón de justo arriba. No sé por qué, pero creo que para ver si alguna cosa espantosa salía corriendo. No pasó nada. A continuación, encendí una vela, y con mucho cuidado la coloqué dentro de la cavidad, con la idea de ver si había aire viciado, y de echar un vistazo a lo que había dentro. Había algo de aire viciado que casi extinguió la llama, pero en no mucho tiempo ardió con bastante firmeza. El agujero se adentraba un poco, y también a la derecha y a la izquierda de la entrada, y pude ver algunos objetos redondeados y de color claro en el interior, que podrían ser sacos. No servía de nada esperar. Me enfrenté a la cavidad y miré dentro. No había nada inmediatamente en la parte delantera del agujero. Metí el brazo y palpé a la derecha, con mucho cuidado...

»Solo deme un vaso de coñac, Brown. Continuaré en un momento, Gregory...

»Bueno, palpé a la derecha, y mis dedos tocaron algo curvo, que se sentía —sí— más o menos como cuero; algo húmedo era, y evidentemente parte de una cosa pesada y llena. No había nada, debo decir, que alarmara. Me volví más audaz, y metiendo ambas manos tan bien como pude, lo tiré hacia mí, y vino. Era pesado, pero se movió más fácilmente de lo que había esperado. Mientras lo tiraba hacia la entrada, mi codo izquierdo derribó y apagó la vela. Coloqué la cosa justo frente a la boca y empecé a sacarla. Justo entonces, Brown soltó una exclamación aguda y subió corriendo los escalones con la linterna. Él les dirá por qué en un momento. Sobresaltado como estaba, miré hacia él y lo vi detenerse un minuto en la parte superior y luego alejarse unos metros. Luego le oí llamar suavemente: "Todo bien, señor", y seguí sacando el gran saco, en completa oscuridad. Colgó por un instante en el borde del agujero, luego se deslizó hacia adelante sobre mi pecho y me rodeó el cuello con sus brazos.

»Mi querido Gregory, le estoy contando la pura verdad. Creo que ahora conozco el extremo del terror y la repulsión que un hombre puede soportar sin perder la razón. Apenas puedo contarle ahora el simple esquema de la experiencia. Fui consciente de un olor de moho de lo más horrible, y una especie de rostro frío presionado contra el mío, moviéndose lentamente sobre él, y de varias —no sé cuántas— piernas o brazos o tentáculos o algo que se aferraba a mi cuerpo. Grité, dice Brown, como una bestia, y caí hacia atrás del escalón en el que estaba, y la criatura se deslizó hacia abajo, supongo, sobre ese mismo escalón. Providencialmente, la cincha a mi alrededor se mantuvo firme. Brown no perdió la cabeza, y fue lo suficientemente fuerte como para subirme hasta arriba y sacarme por el borde con bastante prontitud. Cómo lo logró exactamente no lo sé, y creo que a él le resultaría difícil decírselo. Creo que se las arregló para esconder nuestros utensilios en el edificio abandonado cercano, y con mucha dificultad me llevó de vuelta a la posada. No estaba en condiciones de dar explicaciones, y Brown no sabe

alemán; pero a la mañana siguiente conté a la gente alguna historia de haber tenido una mala caída en las ruinas de la abadía, lo cual, supongo, creyeron. Y ahora, antes de continuar, me gustaría que escucharan cuáles fueron las experiencias de Brown durante esos pocos minutos. Cuénteles al rector, Brown, lo que me contó a mí.

—Bueno, señor —dijo Brown, hablando bajo y con nerviosismo—, fue así. El señor estaba ocupado abajo, frente al agujero, y yo sostenía la linterna y miraba, cuando oí caer algo al agua desde arriba, según pensé. Así que miré hacia arriba, y vi la cabeza de alguien mirándonos. Supongo que debí de decir algo, y levanté la luz y subí corriendo los escalones, y mi luz le dio de lleno en la cara. ¡Ese sí que era un rostro maligno, señor, si he visto alguno! Un hombre algo viejo, y el rostro muy hundido, y riendo, según me pareció. Y subí los escalones casi tan rápido como se lo estoy contando, y cuando estuve fuera en el suelo no había ni rastro de ninguna persona. No había habido tiempo para que nadie se escapara, y mucho menos un viejo, y me aseguré de que no estuviera agazapado junto al pozo, ni nada. Lo siguiente que oigo es al señor gritar algo horrible, y todo lo que veo es a él colgando de la cuerda, y, como dice el señor, cómo lo subí no podría decírselo.

—¿Oye eso, Gregory? —dijo el señor Somerton—. Ahora, ¿se le ocurre alguna explicación para ese incidente?

—Todo el asunto es tan espantoso y anormal que debo admitir que me desequilibra por completo; pero se me ocurrió la idea de que posiblemente la... bueno, la persona que puso la trampa podría haber venido a ver el éxito de su plan.

—Exacto, Gregory, exacto. No se me ocurre nada más... probable, diría yo, si tal palabra tuviera cabida en alguna parte de mi historia. Creo que debió de ser el abad... Bueno, no tengo mucho más que contarle. Pasé una noche miserable, con Brown velándome. Al día siguiente no estaba mejor; incapaz de levantarme; no había médico disponible; y, si lo hubiera habido, dudo que hubiera podido hacer mucho por mí. Hice que Brown le escribiera, y pasé una segunda noche terrible. Y, Gregory, de esto estoy seguro, y creo que me

afectó más que el primer susto, porque duró más: había alguien o algo vigilando fuera de mi puerta toda la noche. Casi me imagino que eran dos. No eran solo los débiles ruidos que oía de vez en cuando durante las horas oscuras, sino que estaba el olor, el espantoso olor a moho. Cada trapo que llevaba puesto esa primera noche me lo había quitado y había hecho que Brown se lo llevara. Creo que metió las cosas en la estufa de su habitación; y sin embargo, el olor estaba allí, tan intenso como lo había estado en el pozo; y, lo que es más, venía de fuera de la puerta. Pero con el primer destello del amanecer se desvaneció, y los sonidos cesaron también; y eso me convenció de que la cosa o las cosas eran criaturas de la oscuridad, y no podían soportar la luz del día; y por eso estaba seguro de que si alguien podía volver a poner la piedra, ella o ellas serían impotentes hasta que alguien más la quitara de nuevo. Tuve que esperar hasta que usted viniera para que se hiciera eso. Por supuesto, no podía enviar a Brown a hacerlo solo, y mucho menos podía decírselo a nadie que perteneciera al lugar.

»Bueno, ahí está mi historia; y, si no la cree, no puedo evitarlo. Pero creo que sí la cree.

—Ciertamente —dijo el señor Gregory—, no encuentro alternativa. ¡Debo creerla! Vi el pozo y la piedra yo mismo, y tuve un atisbo, me pareció, de los sacos o algo más en el agujero. Y, para serle franco, Somerton, creo que mi puerta también fue vigilada anoche.

—Me atrevería a decir que sí, Gregory; pero, gracias a Dios, eso ya pasó. Por cierto, ¿tiene algo que contar sobre su visita a ese espantoso lugar?

—Muy poco —fue la respuesta—. Brown y yo nos las arreglamos bastante bien para volver a colocar la losa en su sitio, y él la fijó muy firmemente con los hierros y las cuñas que usted le había pedido que consiguiera, y nos las ingeniamos para untar la superficie con barro de modo que parezca igual que el resto de la pared. Una cosa que sí noté en la talla del brocal, que creo que debió de escapársele a usted. Era una forma horrible y grotesca, quizás más parecida a un

sapo que a cualquier otra cosa, y había una cartela junto a ella con las dos palabras inscritas: "Depositum custodi" .[^9]

[^9]: «Guarda lo que te ha sido confiado».

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**